

LA CHICA MALA DEL PERIODISMO

Crónica ROJA en Bolivia

CECILIA Lanza
Editora

Friedrich Ebert Stiftung
Centro de Competencia en Comunicación para América Latina
Fundación para el periodismo

La chica mala del periodismo

Crónica ROJA en Bolivia

©Friedrich Ebert Stiftung (FES)

Telf. 591-2-2750005

ildis@fes-bol.org

www.fes-bolivien.org

Editora:

Cecilia Lanza

Autores:

Isabel Mercado

Alejandra Arrien del Carpio

Anahí Cazas Álvarez

Álvaro Irusta

Daniela Romero

Álvaro Cuéllar Vargas

Elvis Toro

Pablo Peralta

Dehymar Antezana

Katuska Vásquez

Berthy Vaca Justiniano

Cuidado de edición:

Claudia Dorado

Diseño:

Nelson Mora Murcia

Depósito legal:

Impreso en:

Creativa 2 488 588

La Paz, Bolivia, noviembre de 2010

Este texto puede ser reproducido previa autorización,
con un objetivo educativo y sin fines de lucro.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	5
Cecilia Lanza, editora	
INTRODUCCIÓN	9
Omar Rincón	
ME GUSTA LA CHICA MALA DEL PERIODISMO	25
Isabel Mercado	
EL FIN DE LA FIESTA	49
Alejandra Arrien del Carpio	
MÁS VALE MUERTO QUE VIVO	63
Anahí Cazas Álvarez	
AMORES QUE MATAN	71
Álvaro Irusta	
CSI-EL ALTO: NIÑOS QUE MATAN COMO EN LA TELE	83
Daniela Romero	
NARCOHISTORIAS	91
Álvaro Cuéllar Vargas	
SECUESTRO Y TORTURA EXPRESS	101
Elvis Toro	
MOLINA UBANO, ASESINATOS S.A.	111
Pablo Peralta	
VÍCTIMAS ASOCIADAS	119
Dehymar Antezana	
RATICIDA: UN PASAJE BARATO HACIA LA MUERTE	129
Katiuska Vásquez	
BALA POR BALAS	137
Berthy Vaca Justiniano	
BOLIVIANOS VENDEN A BOLIVIANOS	151

PRESENTACIÓN

El tema de la in/seguridad ciudadana fue central en las propuestas electorales de diciembre de 2009 en el país. Y es que cada vez es más evidente la percepción generalizada de que, después del tema de empleo —y relacionado con él—, se trata de uno de los asuntos públicos que debe ser atendido prioritariamente.

La “chica mala” del periodismo, tal como denomina Cecilia Lanza a la crónica roja, policial o periodismo amarillista o sensacionalista, se ocupa precisamente de este asunto. Pero, ¿cómo lo hace? ¿Desde qué perspectivas asume ese rol de contar los hechos que generalmente cercan la vida de sectores marginales y excluidos de la sociedad? ¿Por qué deberíamos ocuparnos ahora de este tan despreciado e híbrido género? ¿Qué tiene que ver con la responsabilidad social del periodismo y la posibilidad de construir sociedades más democráticas?

Y más: ¿realmente el periodismo sensacionalista sólo se restringe a este tipo de géneros? Habida cuenta de su estigma de irresponsabilidad y espectacularidad, ¿debe prescindir de una cierta mínima conducta ética para su desempeño? Son varias las preguntas que trata de responder la presente publicación, fruto de un productivo proceso de capacitación a periodistas de La Paz, El Alto, Cochabamba, Oruro y Santa Cruz, llevado adelante en la ciudad de La Paz en noviembre de 2009 por la Fundación Friedrich Ebert, su Centro de Competencia en Comunicación para América Latina (C3) y la Fundación para el Periodismo.

Este encuentro/entrenamiento produjo las once historias de crónica policial contadas, creemos, con apego a la ética, con calidad periodística y con protección de los derechos humanos, y que ustedes podrán justipreciar más adelante.

No son pocas las motivaciones que nos han llevado a emprender el reto. Sostenemos que la in/seguridad ciudadana, más allá de ser el relato cotidiano de la gente, la pesadilla de la que no pueden salir las autoridades o los “cinco minutos de fama” mediáticos de los sectores marginados del acceso a los grandes medios, representa también el tema/espacio —y, por qué no, la industria— que lleva a representar la

vivencia de miles de personas, de sus dramas, de sus desencuentros en la vida, el amor, el sexo, la violencia y la muerte que, por supuesto, son de dimensiones totalmente humanas y quizás por eso de tan amplia como cuestionada aceptación por múltiples sectores.

Creemos, asimismo, que los propios modos de expresión, información, socialización que encuentra lo popular en este tipo de géneros para tomar por asalto el espacio público —señalados en la parte introductoria de este libro y en el ensayo de Omar Rincón— nos llaman la atención sobre cierta democratización de lo mediático. No una democratización desde el lugar homogeneizador de lo culto o lo letrado, sino simplemente desde la posibilidad de escuchar voces distintas, actores diversos, realidades diferentes que hacen parte de la propia realidad nacional, y que exceden los límites de la política formal, la “buena” cultura o la vida de las élites que copan una gran parte de la sesgada agenda de los medios masivos. Sí un replanteo político que busca horizontes de análisis más densos.

Con ello, apostamos también al apremiante tránsito de un sensacionalismo irresponsable, una exaltación periodística de la sangre y la violencia, una estigmatización de lo popular como el lugar de la barbarie, hacia un periodismo policial que, con un enfoque de derechos, con calidad narrativa y aptitudes informativas, cuente los hechos cotidianos sin racismo, estereotipos o previas sentencias condenatorias. Una crónica roja que transgreda el espacio de la construcción de miedos y monstruos, y se descubra como mecanismo interpelatorio a la sociedad sobre las condiciones en las que habitan vastos sectores de la población que los obliga a vivir situaciones de la peor ficción de horror. Un periodismo rojo, ¡sí!, pero ético y responsable que —a través del tratamiento equilibrado de fuentes, de búsqueda de datos y de calidad expresiva— promueva también el ejercicio de derechos humanos, de justicia y democracia social para los sectores populares.

Estas son, pues, algunas de las coordenadas que han impulsado a la Fundación Ebert, al C3 y a la Fundación para el Periodismo a promover la iniciativa que ahora se presenta en las crónicas policiales escritas por periodistas nacionales que conforman este libro.

Desde hace bastante tiempo se ha planteado la necesidad de fortalecer las capacidades periodísticas, habida cuenta de que la calidad de la democracia también transita por los escenarios de la calidad periodística. En efecto, si el periodismo cualifica su ejercicio y potencializa éticamente su incuestionable poder socializador y constructor de imaginarios colectivos, podremos estar seguros también de una elevación de la participación y los debates ciudadanos, de la conciencia individual y grupal en torno a la edificación de bienestar colectivo y, sin duda, del reconocimiento de la diversidad y la pluralidad en democracia.

A partir de este desarrollo profesional y del manejo de géneros más cercanos a la realidad y a las emociones de las mayorías, se podrán narrar no solamente acontecimientos luctuosos y terribles, sino los mismos procesos históricos y políticos que devienen ahora en relatos anárquicos, descontextualizados, poco atractivos y hasta deformantes de lo que acontece en esta transformación estatal.

Agradecemos a las personas que hicieron posible la convocatoria y la realización del taller, así como la producción de la decena de crónicas y su publicación en el presente libro. Va en especial un reconocimiento a Omar Rincón, director del C3, por su gran aporte como guía e instructor del taller, y a la periodista boliviana Cecilia Lanza que, a través de su amplia y reconocida experiencia profesional en el tratamiento de la crónica policial, no dudó en cooperar en este proyecto como capacitadora y haciéndose cargo de la edición del libro.

Esperamos haber cumplido con nuestros objetivos y que la evaluación de lo que aquí se transmite sea positiva para efectos del bien común nacional.

La Paz, agosto de 2010

Kathrein Hölscher
Directora Fundación Friedrich Ebert Bolivia

Cecilia Quiroga San Martín
Coordinadora Proyecto de Comunicación
Fundación Friedrich Ebert Bolivia

Renán Estensoro
Director Fundación para el Periodismo

INTRODUCCIÓN

CECILIA Lanza
ciagalesa@hotmail.com

Cecilia Lanza Lobo (Cochabamba, 1968) es periodista. Estudió comunicación en la Universidad Católica de La Paz y obtuvo una maestría en literatura hispanoamericana en la Universidad Andina de Quito, Ecuador. Escribió en varios medios y publicó tres libros de crónica: *Mayo y después. Los últimos días de la dictadura* (1995); *Cuando cae la noche. Las voces de los otros* (2004); y el ensayo *Crónicas de la identidad. Jaime Sáenz, Carlos Monsiváis y Pedro Lemebel* (Abya Yala, Quito, 2005). Durante cinco años produjo y dirigió el programa de crónica televisiva *Contramano*, Mención 2006 de la Asociación de Periodistas de La Paz (Premio Nacional de Periodismo). Sus programas se difunden en varios países a través de Televisión América Latina (TAL). Es videoperiodista de www.vjmovement.com (Holanda) y blogger de *Americas Quarterly* (EE UU) Es subdirectora de *Pie Izquierdo*, primera revista de periodismo narrativo en Bolivia.

La chica mala del periodismo

La crónica roja es la chica mala del periodismo y como género femenino arrastra también una doble discriminación: aquella de la crónica misma como género “bastardo”, pues no termina de ser ni literatura ni periodismo, sino un híbrido poco claro, un género impuro del que derivaría también una suerte de discriminación estética, y aquella exclusión digamos política, porque la crónica roja se ocupa de los conflictos cotidianos de una marginalidad que no cabe en el horizonte temático de los asuntos “serios” que incumben al gran periodismo y a sus públicos. Pero como toda chica mala, la crónica roja atrae y seduce o, cuando menos, provoca sentimientos encontrados.

¿Es la crónica roja solamente sangre y sexo? ¿Son estos temas exclusivos del periodismo sensacionalista? ¿Qué es el periodismo sensacionalista? ¿Qué rasgos del periodismo sensacionalista comparten los medios tradicionales? ¿Qué cuerdas de la sensibilidad social toca la crónica roja que hace de éste un género ampliamente aceptado por sectores de la población no necesariamente populares? ¿Qué tiene el periodismo sensacionalista que los grandes diarios no son capaces de lograr? ¿Es el drama un patrimonio de los pobres? ¿Cuáles son los límites éticos a la hora de contar las tragedias? Y, finalmente, ¿para qué relatar la tragedia y el delito?

Esas fueron algunas de las interrogantes planteadas en el taller de siete días que realizamos con periodistas de distintos medios impresos —y uno televisivo— de La Paz, El Alto, Cochabamba, Oruro y Santa Cruz, con la intención de rescatar la crónica roja como género posible del periodismo boliviano, añadiendo, sin embargo, un adjetivo: “responsable”. Crónica roja responsable. ¿Por qué? Porque el trabajo de separar el maíz añublado del maíz bueno para sacar en limpio todas las posibilidades de este género que —lo sospechábamos desde un principio— es capaz de acomodarse perfectamente entre las páginas del mejor periodismo y de la literatura no es sólo una cuestión estética sino también ética. ¿Por qué?

Jugarse por algo

Por una parte, diríamos que nuestra aproximación a la crónica roja, además de tener un dejo moralista, arrastra aquello que Beatriz Gonzáles Stephan llamó “el complejo cultural de barbarie”¹, esa herencia colonial del proyecto de constitución de las naciones temerosa de contagiarse las malas costumbres de los bárbaros (todos

1 Beatriz Gonzáles Stephan (comp.), *Cultura y Tercer Mundo 2. Nuevas identidades ciudadanas*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1996.

aquellos que no se ajustaban a las definiciones asépticas de la modernidad). Porque el lugar de la crónica roja es el lugar popular del diario sensacionalista. Es el espacio de los intereses de un sector de la sociedad generalmente marginado —aunque paradójicamente mayoritario—, cuyo lenguaje suele ser el melodrama y la tragedia. Es un modo que, a decir de los estudiosos de la cultura, otorga así existencia a los marginados. Porque sólo llevando al espacio público-mediático su vida privada, los sujetos eternamente ninguneados son objeto de atención colectiva más allá de su entorno inmediato. “Cholliwood”, en alusión al despreciado mundo cholo que habita las páginas del periodismo sensacionalista, no es un nombre gratuito. Aunque efímera, la fama alcanzada supera cualquier escrúpulo.

Probablemente aquello mismo sienta mi amigo El Almas que desde ahora vivirá treinta años encerrado en Chonchocoro. Pienso en él y se me cuele la imagen de Penélope Cruz en la cocina limpiando como sea la sangre derramada en medio del cadáver. Porque El Almas, que es un poco tartamudo, casi como quien ha logrado algún reconocimiento público, me dice con una extraña mezcla de drama y lamento: “no sé si usted ha escuchado mi caso: ‘hijastro que mata a su madrastra con hacha, cuchillo y martillo’”. Y me relata el crimen, paso a paso, primero el martillo².

Se trata, por tanto, de un distanciamiento de la crónica roja como modo de relato de un espacio despreciado porque se reduce al mal gusto del populacho que ventila sus trapitos al sol del periodismo sensacionalista.

Diría más. Porque la feminidad de la crónica roja se refiere también a la masculinidad de los contenidos en los medios. Porque los medios ilustrados consideran temas serios, importantes y agendables aquéllos vinculados al poder de la política y de la economía. Los asuntos como la cultura, la sociedad, los derechos, los niños, las mujeres, los ancianos, la calle, la vida cotidiana, la (trans)sexualidad, etcétera, resultan muy femeninos, suaves, banales, poco importantes. De ahí que éstos queden relegados a los márgenes del periódico. Tanto así que mejor creamos un periódico propio para ese tipo de temas de segunda categoría, cuyo tratamiento sea menos riguroso, menos “serio”. Esto implica ciertamente una determinada consideración de la audiencia.

Por lo anterior, replantear el espacio de la crónica roja más allá de lo marginal y reconocer más bien un valor en sí mismo a ese lugar popular que encuentra y construye sus propios modos de expresión, de información y de socialización en los diarios llamados sensacionalistas es repolitizar la crónica roja, es despojarla de esa

2 Cecilia Lanza, *Los años del descalabro*, “Volver”, 2010.

banalización, criminalización y subestima con que se tratan los asuntos relativos a los sectores populares. Pero esa apuesta exige un compromiso personal. Y esa es, ciertamente, una cuestión ética.

El mea culpa

Por otra parte, cuando decimos crónica roja responsable, ¿estamos afirmando que ésta es irresponsable? Sin rodeos, sí. Con rodeos, diríamos que no toda, claro. Pero lo cierto es que la crónica roja tiene una mala fama bien ganada. Y esto tiene que ver con el ejercicio profesional, con la práctica periodística. Porque precisamente debido al modo prejuicioso de encarar la crónica roja como espacio popular subestimado, ésta se ha caracterizado por su banalización, ese modo desdeñoso y superficial de encarar los problemas de la gente (del pueblo), como si no importase prácticamente nada; por la inexistencia de un contexto, de una explicación que ubique el hecho más allá de lo inmediato para comprender en qué medida ese hecho particular es relevante para toda la colectividad; por la espectacularización que abusa del morbo y hace de las tragedias el alimento para el *rating*; por la estigmatización y/o criminalización de los personajes, como si el delito y la tragedia fuesen propios de la marginalidad y la pobreza; por la precariedad en su elaboración y la escasez de fuentes reducidas a la voz oficial.

Hasta aquí la mala reputación de la crónica roja. Pero la pregunta inmediata es si todas esas características son exclusivas de la prensa sensacionalista, pues ¿acaso no cumplen muchos medios estos “requisitos de mediocridad”?

La crisis del periodismo no es gratuita ni tiene sólo que ver con la competencia de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en la web, sino que la aceptación de aquellos nuevos medios y modos propios se debe, en buena medida, a la crisis de ese periodismo digamos tradicional que es ciertamente soso. Y es que el periodismo de siempre no afloja el corsé de la noticia que suelta datos pero no explica, apela a la entrevista como muletilla y, con gran esfuerzo, produce un reportaje. Deja de lado géneros como el perfil, la investigación o la crónica y manda las historias al suplemento dominical. Tiende a privilegiar las fuentes oficiales y no se molesta en buscar otras voces. Tampoco contextualiza, amplía, explica, compara, sino que se queda en el dato como última palabra. Finalmente, más que mal escrito, el periodismo tradicional es aburrido. Y sobre llovido mojado, porque los intereses propietarios de dichos periódicos han afectado seriamente su credibilidad.

La crisis de uno y el éxito de la otra nos llevan a pensar en las ventajas del periodismo de crónica roja sobre la llamada prensa ilustrada. Y es que, para comenzar, en el periodismo sensacionalista o de crónica roja hablamos de una nueva categoría de lectores (que además echa por tierra la idea de que la gente no lee como excusa

ante la crisis del periodismo ilustrado). Se trata de esa multitud opuesta a lo que Ángel Rama llamó “la ciudad letrada”³, es decir, “la ciudad iletrada”: una enorme comunidad poco o nada ilustrada que, sin embargo, lee los diarios sensacionalistas por la simple razón de que hablan el mismo idioma. Un lenguaje vinculado a la oralidad (como memoria atávica) y un tono atado al melodrama (como gesto de sobrevivencia). Un modo de comunicación por la vía narrativa. Porque en la crónica roja se cuentan historias. Es más, la noticia, es decir, la información, viene también en código cronicado, esto es, al modo del cuento, al modo de la literatura. Y si a esto sumamos el amor y la muerte (traducidos en violencia y sexo o desplegados en asuntos como la magia o el misterio) como temas centrales de la crónica roja, tenemos la respuesta al porqué de su gran aceptación. Porque el periodismo de crónica roja no sólo ha ampliado los públicos, sino que ha incluido a aquellos sectores de la sociedad en el consumo cultural, favoreciendo también el proceso de alfabetización. Finalmente, se ha democratizado la prensa.

Lo cierto es que el periodismo de crónica roja se ha ganado a pulso las ventajas que lo consideran hoy una competencia real en el mercado de los medios en términos de cantidad de lectores y, por tanto, de ventas. Esto ciertamente ha modificado en algo su mal prestigio y, aunque sin dejar del todo el menosprecio, ha pasado de llamarse “Cholliwood” a tener un nombre políticamente más correcto: “prensa popular”. Esta es una concesión que reconoce su capacidad de respuesta a las necesidades de los sectores populares.

Bolivia es un país de cultura popular. ¿Cómo no esperar entonces que la prensa popular esté hecha a su medida? Pero como en varios países de la región, el desarrollo de la crónica roja en Bolivia tuvo que pasar por el rito de paso del arrebato moralista de la sociedad tradicional en tránsito hacia la modernización del libre mercado. Tuvieron que pasar 10 años para que se instalara definitivamente en el mercado mediático boliviano.

La crónica roja en Bolivia

Otro de los nombres de la crónica roja es periodismo policial y periodismo policial hubo en Bolivia por lo menos desde la primera mitad del siglo XX, cuando la prensa era ya un asunto consolidado desde sus primeras apariciones⁴. Esta es, digamos, una herencia de la práctica misma del periodismo en el mundo, desde sus inicios. Porque en sociedades relativamente pequeñas y en desarrollo, conocer los

3 Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, EEUU: Ediciones del Norte, 1984.

4 Ramiro Duchén Condarco, *Aproximaciones a la prensa boliviana en sus inicios (1823-1855)*, Sindicato de Trabajadores de la Prensa de La Paz, Centro de Estudios de la Información y la Comunicación, La Paz: 1991, p.5

sucesos alejados de la legalidad, los crímenes, los robos, los asaltos, los atracos y demás era casi inevitable. En consecuencia, estos temas formaban parte central de la agenda periodística que tenía en la policía a una de sus principales fuentes. Y lo que se escribía entonces como periodismo policial es lo que hoy llamamos crónica roja. Aquéllos son textos que siguen la herencia de la crónica de la época que en América Latina lleva el sello de José Martí o Manuel Gutiérrez Nájera, que desde la literatura incorporaron al periodismo el cuidado por la palabra y la pasión por la escritura que finalmente parió un género propio: la crónica latinoamericana.

De ahí que las crónicas policiales de la época, como gran parte de las noticias mismas, tuviesen una prosa elegante al modo de literatura y fuesen relatos un poco más extensos que la nota informativa que conocemos hoy.

1. Rompiendo la abúlica monotonía del soñoliento otoño, en mayo de 1944, el Valle de la Concepción presentaba aspecto de habitual rutina; en la población reinaba la calma y el aburrimiento; en las desiertas calles no se veía a ninguno de sus pachorrudos vecinos, mientras yo esperaba en la intendencia policial la inesperada visita de algún chapaco de los que de vez en cuando aparecían con algún reclamo o demanda baladí. Cuando, en las primeras horas de aquel día se presenta un taimado chapaco, asustado y temeroso, para dar parte que: “como a una legua de la población, en los aledaños de la finca San Isidro de la conocida familia Zambrana y en las orillas del río Camacho, había descubierto ‘un bulto’ que parecía cadáver de mujer” (...) ⁵
2. El año 1938, era considerado en el país como de post guerra, pese a que hacían ya tres años que habían cesado las hostilidades en el Chaco; todavía quedaban muchos ciudadanos chilenos que a título de ‘contratados’ para las minas, por falta de brazos que fueron movilizados para marchar al frente de batalla, y otros que como ‘voluntarios’ ingresaron al país, instalándose en los Departamentos mineros de Oruro y Potosí. Los rezagados o sea aquellos que no retornaron a Chile al concluir la guerra, en su mayoría eran elementos de pésimos antecedentes que, posiblemente, tenían cuentas pendientes con la justicia y policía araucanas (...)

La mañana del 26 de febrero de 1938, amaneció lloviendo en Potosí, esta lluvia fue persistente, prolongándose casi durante todo el día, lo que impidió que Humberto Yutronic, empleado de la Casa Hochschild (entonces la más famosa de la capital minera), dueña y explotadora de la Mina Unificada del Cerro Rico, acompañado de un peón de apellido Huanca, pudiesen salir del Banco Central ubicado en la Plaza Principal, en pleno centro, llevando la considerable suma de Bs. 22.000, que recogieron en efectivo para pagar al personal de la empresa, con oficinas en la calle Millares, obligándolos a

5 Agustín Morales Durán, *Crónicas policiales de crímenes en Bolivia*, “¡Los celos, eternos celos!”, p. 193.

permanecer en el Banco hasta que amainara el aguacero (...). No anduvieron ni tres cuadras en dirección a la oficina central, cuando en la esquina Nogales fueron sorprendidos por dos sujetos que los habían estado esperando, atacándolos con la decidida intención de quitarles el dinero. Los empleados se resistieron todo lo que pudieron, defendiéndose y gritando pidiendo auxilio, pero los atracadores, maltratándolos a fuerza de golpes con la cacha de sus pistolas que esgrimían amenazadoramente y de bofetadas propinadas a diestra y siniestra, lograron despojarles las bolsas de dinero y emprendieron “las de Villadiego”, fugándose por las estrechas calles, silenciosas en esos momentos de medio día que ahuyentó a los viandantes por la lluvia. (...)”⁶

Ambos fragmentos corresponden a dos crónicas de Agustín Morales Durán que en 1987 escribió el único libro de crónica policial en Bolivia que se ajusta estrictamente al género de la crónica. El texto de Morales no sólo rescata otros relatos policiales escritos en periódicos de principios del siglo XX, sino que narra empapado del estilo finisecular. Pero, además, es importante advertir el cuidado en las exigencias informativas y de contextualización propios del periodismo, pues queda clara la importancia de los valores éticos y morales del periodista, siguiendo también principios fuertemente instalados a comienzos de siglo, cuando el periodista asumía un compromiso político con su oficio.

Por eso vale la pena la cita extensa. Porque el fin de aquellas crónicas —por lo menos en principio— no es el mero ejercicio literario, sino el compromiso con el oficio. Así lo expresa Morales Durán, aunque de manera solemne y algo añeja: “saber que los lectores, en especial policías y juristas, encuentren en su contenido orientaciones para apreciar aciertos que enorgullecen la labor policial y distinguir los errores en las pesquisas, a fin de no incurrir en desaciertos propios de una época superada (...). Quiero remarcar que no abrigamos intenciones morbosas al describir escenas muchas veces repugnantes, sino sólo nos guía el propósito de hacer conocer la criminalidad de nuestro medio, existente en tiempos en que todavía pervivían ciertas taras que la civilización hace ya rato debió sepultarlas bajo el empuje de principios morales y nuevas formas de conducta convivencial, respeto y solidaridad hacia nuestros semejantes.”⁷

Más de una década después de aquel texto de Morales Durán, que da cuenta de la práctica del llamado periodismo policial en las páginas de los diarios nacionales, a principios del año 1999, surgieron dos periódicos dedicados exclusivamente a la crónica roja y abiertamente sensacionalistas: *El Extra* y *Gente*. Hay que anotar, sin embargo, que en la década previa, 1980, hubo otros intentos (*La Quinta* del periódico *Última Hora* y las revistas *Alarma* y *Sucesos*). Estos, aunque efímeros, no fueron menos

6 Atraco a pagadores de la Casa Hochschild. Delincuentes chilenos en Potosí, pp.186 y 187.

7 Op. cit. p.8

importantes, porque advertían ya del interés tanto de los periodistas afanados en las potencialidades del género como de los dueños de medios, que por experiencias de otros países sabían de las ventajas comerciales del “periodismo popular”.

Fue exactamente eso lo que sucedió en Bolivia, pues ambos impresos surgieron como una suerte de brazo comercial de sus correspondientes hermanos mayores: *El Extra* nació bajo el ala de *La Razón*, y *Gente* lo hizo bajo el manto de *Los Tiempos*, dos de los diarios más importantes del país. Y es que el terreno estaba suficientemente abonado. Porque, como señala Erick Torrico, en 1985, Bolivia había abierto sus puertas al libre mercado, que en el ámbito mediático significó también la libre expresión vinculada a la propiedad de los medios. Torrico apunta así las condiciones económicas, socioculturales y de contenido que hicieron posible el surgimiento de *El Extra* y de *Gente*⁸:

1. El contexto económico del libre mercado atrajo capitales extranjeros y surgió también el interés privado y de políticos de contar con un medio de comunicación. Se conformaron entonces grupos multimedia (se apuntan aquí los apellidos de aquellos empresarios de medios como Garafulic, Rivero, Canelas, Kuljis, Fernández) que entraron a competir en el mercado mediático. Parte de esa lógica competitiva que ofrecía el libre mercado fue la creación de *El Extra* (*La Razón*) y *Gente* (*Los Tiempos*) que además aprovecharon un segmento de ese mercado que estaba vacante.
2. En el ámbito social se vivía el resquebrajamiento de la vieja moral. Las nuevas generaciones nacidas en democracia y en ese contexto mediático son más críticas a los antiguos valores religiosos y morales tradicionales. Hay algunas palabras clave: sexualidad, despolitización, nuevos conceptos pedagógicos e informativos, nuevas permisividades. En resumen, se vive una nueva sensibilidad en la sociedad y en los medios.
3. La apertura del mercado trajo también demasiada información. De allí que en términos de contenido surgió la necesidad de información ligera. Esto se vincula a un hecho incuestionable que es el surgimiento de nuevas audiencias, aquellas excluidas, marginadas del interés de los medios: los jóvenes y el sector urbano marginal que habían quedado fuera del ámbito de cobertura de la prensa “seria”. Los periódicos sensacionalistas apuntaron entonces a esa audiencia con temas que podrían interesarles, más allá de los “grandes temas” (política, economía) cuyo contenido fuera más “digerible”.

Lo cierto es que el periodismo sensacionalista se instaló en Bolivia siguiendo su buen olfato: en un país de cultura popular había llegado la hora de ocuparse de las necesidades de un segmento fundamental de la sociedad (y del mercado

8 Erick Torrico Villanueva, “El negocio sensacionalista en Bolivia: Una lógica empresarial que se impone”, en la revista *Diálogos de la Comunicación* 55, 1999, pp. 76-83.

mediático). Asimismo, se echaba por tierra un mito: en un país pobre, cuyo mercado es por tanto reducido, se lee poco. ¿Cómo era posible entonces que aquellos diarios sensacionalistas vendiesen mucho más que los grandes diarios?

La clave del éxito fue una suma de aciertos que se resume en la capacidad de entender las necesidades de comunicación, afectivas, de entretenimiento y de identidad de aquellos sectores sociales a los que *El Extra* y *Gente* se dirigieron con gran certeza. Los diarios sensacionalistas supieron combinar forma y fondo con maestría. Supieron titular con gran ingenio, combinando texto, foto y diseño. Supieron informar a sus públicos de modo claro, conciso e incluso entretenido, haciendo de la noticia una crónica más extensa. Supieron recoger la información y los asuntos que verdaderamente interesan a la comunidad porque les afectan de manera directa. Es decir, lograron sintonizar con sus audiencias. Se trata de una empatía en el lenguaje que hizo posible no sólo la pervivencia de estos medios hasta hoy, sino su crecimiento y su consolidación. Con *El Extra* y *Gente*, por primera vez en la historia del periodismo boliviano, “se daba continuidad institucional y profesionalismo al tratamiento y difusión de la información de tono sensacionalista”⁹.

Aunque sea brevemente, vale la pena mencionar la aparición de otros diarios populares en el país, como *La Voz* (de Cochabamba), que, sin embargo, ratifica los vicios del periodismo sensacionalista, incluyendo las más censurables faltas éticas que bordean el propio delito. No hacemos referencia aquí a ese periodismo. El camino es inverso. Rescatamos más bien las fortalezas de los diarios populares: formato, diseño, diagramación, contenido temático, titulación, suplementos. Pero, sobre todo, nos concentramos en su poder de llegada a la gente y en la crónica —roja— como forma narrativa ideal. Es allí donde trabajamos.

La apuesta

La revelación social del delito es una de las tareas de los medios, dice Bruno Paes. La pregunta es ¿para qué? Y la respuesta es precisa: “Cubrir la violencia no es sólo describir un comportamiento desviado. Debe ayudar a comprender el comportamiento de las masas. El crimen se transformó en una profesión, legitimada en determinados ambientes... Un periodista necesita comprender la complejidad de ese escenario”¹⁰. El objetivo, por tanto, no podría estar más claro.

La siguiente pregunta es ¿cómo? Y la respuesta nos plantea una doble apuesta. Por una parte, jugarse por el periodismo popular sin prejuicio. No sólo respetando su sintonía con la gente, sino buscando los modos de potenciar esa sintonía: entregando

9 Erick Torrico, *op. cit.*

10 *Más allá de víctimas y culpables*, Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung: Bogotá, 2008.

a la gente información de calidad, cierta, precisa, amplia, plural, respetuosa de los derechos fundamentales de las personas, pero, además, de modo más creativo, ameno y bien escrito, mejor. Por otra parte, apostar por la crónica —roja— como el modo mejor (más completo, más ameno, más eficaz) de contar los asuntos que interesan a las audiencias del periodismo popular. Para ello, asumimos el adjetivo “responsable” como “hacerse cargo de”. Hacerse cargo de la palabra en el sentido más amplio: aquél de la autoridad y de la autoría sobre el texto. La autoridad que otorga el conocimiento suficiente del tema, la investigación, la inmersión, la contrastación de fuentes, la contextualización, la precisión en la información; y la autoría que se hace responsable por lo que dice, con nombre y apellido.

Tinta roja

El ejercicio planteado en el taller se convirtió en un elogio de la crónica roja. Comenzamos provocando con un sujeto tan despreciable como seductor: Faúndes. Deslenguado, abusivo, inescrupuloso. Un personaje creado por el chileno Alberto Fuget y llevado a la pantalla por el cineasta peruano Francisco Lombardi en la película *Tinta roja* (2000). Director de las páginas policiales del diario *El Clamor*, Faúndes encarna los peores vicios del oficio periodístico, además de esa extraña combinación entre pasión literaria y morbo visceral. Una particular vocación que se regocija con la desgracia ajena. Pero, en medio de aquella práctica corrupta, surge una dramática certeza: los desdichados no se molestan por el *flash* que encandila su dolor. Esas lágrimas alentadas por la crueldad preguntona que estira las cuerdas de la memoria por el ser amado muerto a cuchillazos son, finalmente, el motivo de aquella efímera/perversa atención mediática. Los periódicos sensacionalistas se develan, así como las páginas sociales de la pobreza. No de los pobres. Prefiero así.

Sin embargo y a pesar de aquella ética casi caricaturesca del personaje Faúndes, que describe con ironía y hasta buen humor la práctica cotidiana del periodismo policial, lo suyo son lecciones de tiro: cómo dar en el blanco de las pasiones sin faltar a la veracidad de los hechos de la mano de una buena pluma. En el fondo, lo que se planea son dilemas éticos para el espectador. El golpe final se produce cuando la desgracia toca al mismo Faúndes, que termina protagonizando una crónica roja y prueba entonces de su propia medicina. Desde lo humano, Faúndes la rechaza profundamente; como periodista, la aprueba con resignación.

De allí que el inicio de este ejercicio de escritura comenzara con un revoltijo de preguntas y, sobre todo, de inquietudes muy personales que finalmente llevaron a cada uno de los talleristas a encarar sus proyectos. El resultado son estas crónicas de periodismo policial no sólo “responsables”, sino, ojalá, bien escritas.

Cada uno de los colegas participantes trabaja en algún medio, de modo que sacar tiempo al tiempo para escribir sus crónicas probablemente haya sido su mayor desafío.

De los once textos, cinco tienen como escenario la ciudad de La Paz, tres El Alto, uno Oruro, uno Cochabamba y otro Santa Cruz. Todos los temas son también fruto del debate colectivo. De allí su diversidad en varios sentidos. Por ejemplo, se trabajaron dos crónicas al modo de “grandes crímenes”: uno sucedido en La Paz y otro en Cochabamba. Ambos sucesos tuvieron repercusiones mediáticas extensas. Las crónicas que se presentan ahora están empapadas de esas historias y nos las cuentan como nadie.

Isabel Mercado relata la muerte de un joven de clase media acomodada de la zona Sur (residencial) de la ciudad de La Paz. Al modo de la ironía cruel de la crónica roja, el titular diría algo así como “Los ricos también lloran”. Y es que en el fondo el asunto es ése: el crimen no es patrimonio de los pobres. Crímenes suceden en todos los estratos sociales. La diferencia está precisamente en el tratamiento mediático que discrimina entre víctimas de clase A y víctimas sin categoría alguna. Los crímenes de la clase social alta son tratados en los grandes diarios; los de la gente pobre sólo caben en la crónica roja. Isabel Mercado trata el caso sin privilegios, de modo que a la hora de la muerte y los recovecos leguleyos —casi— todos los muertos son iguales y el llanto de las familias es el mismo. “La justicia es lenta, pero una buena historia con diversidad de fuentes y contexto puede ayudar a movilizar a la sociedad y, con suerte, a los operadores de justicia”, señala Isabel.

El otro es también un caso irresuelto. Es una novela en proceso que Katiuska Vásquez desmenuza con todo detalle. La historia es larga, casi tediosa, como el propio paso lento, lentísimo y pesado, de los trajines judiciales de un doble crimen protagonizado por un militar, Oficial de Ejército, que hartado de la retardación de justicia decide matar al asesino de su hijo. “Durante dos años, siete meses y 23 días (...) recorrió la Fiscalía y los tribunales buscando justicia”, escribe Katiuska, y recuerda que un proceso penal debe durar tres años, desde la denuncia hasta la sentencia final, pero que, en los hechos, los juicios duran hasta cinco años, es decir, 1.764 días. Sólo en Cochabamba, se tramitan cerca de 50 mil casos. De cada cien demandas, 20 quedan frustradas por artimañas legales o por retardación de justicia. Otras 20 están en lista de espera para un juicio que podría tardar hasta dos o más años en los que los juzgados, donde se registran 80 acefalías, se cuenta con bajo presupuesto y se tienen prohibidas las nuevas nominaciones por dilemas políticos, hasta el pleno funcionamiento de la Asamblea Legislativa Plurinacional. El caso que relata Katiuska, según refiere ella misma, marcó un hito y obligó a los juristas a “revisar la prescripción penal por retardación”.

El texto de Katuska aporta también las cifras del contexto boliviano en términos de inseguridad, con datos del último estudio sobre seguridad realizado por el Instituto Nacional de Estadística (INE) entre 2002 y 2004. Allí se lee que en Bolivia ocurren 18% de los crímenes que suceden en América Latina, después de Colombia (55%), Brasil (23%) y Paraguay (19%). Chile sobresale como el país con menos muertes (2%). En Bolivia, el homicidio es el delito más denunciado en las tres principales capitales: La Paz, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra. Cochabamba es la región con más muertes violentas. De las 164 tentativas de asesinato en el país, 86 ocurrieron en Cochabamba, 27 en La Paz y ocho en la capital cruceña. En cinco años, se denunciaron más de 40 mil tentativas de asesinato y homicidio en el país. Y los datos siguen. Los remito a su texto.

Completa este trío una historia que también sucede en el ámbito urbano. Se trata de un secuestro *express*, muy de moda. Las particularidades de la crónica son dos: el énfasis puesto en el relato mismo de la tortura y en el modo en que opera el atraco; y la demanda de la víctima sobreviviente, que busca del Estado el resarcimiento de daños siguiendo una lógica simple: si las personas víctimas de las dictaduras son recompensadas por el Estado, que tiene el deber de proteger a todos los ciudadanos, ¿por qué las víctimas de la violencia no podemos también pedir resarcimiento? La historia, ciertamente inconclusa, es una clara misión imposible.

El “caso Despot”, relatado por Isabel Mercado, contrasta con la crónica de Alejandra Arrien, que se ocupa de aquellos sujetos casi inservibles —no invisibles— para la sociedad: los indigentes. Esos seres que como almas en pena vagan por calles y plazuelas de la ciudad, cuya vida no hace demasiada falta a nadie y el rato menos pensado terminan en la morgue. Pero es justamente entonces cuando su cuerpo, ya no su vida, adquiere valor. Un valor casi macabro, porque será carne de cañón para los estudiantes de medicina del país. Visto de otro modo, es un servicio a la comunidad invaluable. Un contraste sorprendente entre los modos de comprender el valor de la vida y de la muerte para los de arriba y los de abajo. “Los detalles y lo que uno mira son fuentes silenciosas que sólo hay que describir,” dice Alejandra.

Añado al grupo de crónicas urbanas la historia que narra Daniela Romero acerca de una mujer de pollera, pobre, vendedora de dulces, cuyo verdadero negocio es alimentar la adicción a la cocaína de los jóvenes acomodados de la zona sur de la ciudad de La Paz. El dilema lo expresa ella misma así: “Existen historias de inseguridad, como las de la droga, en las que el negocio, el poder y la supervivencia están por encima de todo. Luego, juzgar moralmente no es tan fácil”. Su texto es otro de los que extiende el ámbito de cobertura de la crónica roja hacia los sectores de clase “bien”, contrariando el prejuicio.

Anahí Cazas también se ocupa de las mujeres con un tema casi insoslayable: la violencia intrafamiliar que viven siete de cada 10 mujeres en el mundo y que en Bolivia, muchas veces, termina con esas mismas mujeres encerradas en las cárceles, acusadas de homicidio. En el primer semestre del año 2009, sólo en La Paz, se registraron 17 asesinatos a mujeres por violencia intrafamiliar (datos del Centro de Información y Desarrollo de la Mujer). “Las huellas de la violencia y las lágrimas nunca faltan en la Unidad de Atención y Protección a la Víctima y Testigo del Ministerio Público de la ciudad de La Paz. De cien casos atendidos, 99 son por violencia doméstica y 60% corresponde a mujeres entre 20 a 35 años”, cuenta Anahí. En el fondo, se remueve un asunto cultural que perpetúa el abuso y alimenta el círculo vicioso: “¡Has querido hombre, ahora tienes que aguantarte!”, son las palabras que cambiaron la vida de Paulina y de muchas mujeres que escuchan esa frase que se repite de generación en generación”, se lee en ese relato casi intimista de la vida en la cárcel de Obrajes, con tres historias de mujeres que hicieron justicia por mano propia sin siquiera conocer el caso de Lorena Bobitt. Mero instinto de conservación. Una historia sin fin.

Es interminable porque si unas veces las mujeres golpeadas deciden devolver el abuso con la misma moneda y terminan en la cárcel, otras veces la vida que quieren zanjar es su propia vida. De ahí que el pasaje más barato hacia la muerte sea el raticida. Un veneno para matar ratas, porque es así como estas mujeres se sienten: degradadas. “Ni la muerte te quiere, yo no te quiero, nadie te quiere”, son las tres negaciones que Paulina escuchaba como eco en su cabeza todavía adolorida y sintiendo los efectos que le dejaron los retortijones de estómago. Había tomado raticida. Buscaba morir. Ni eso pudo. El dolor de cabeza aumentaba”. Así inicia Dehymar Antezana un relato que tiene como escenario la ciudad de Oruro. Esa experiencia lo lleva a la convicción de que “las historias deben ser narradas por el periodista con la crudeza que viven las víctimas, con la única finalidad de crear conciencia en la sociedad y no como una forma de hacer negocio para vender el periódico”, porque recordemos —dice— “el que no cae, resbala”.

La ciudad de El Alto es considerada una de las más peligrosas del país por sus elevados índices de delincuencia. Allí se denuncian 10 delitos cada día que deben ser atendidos por una débil Policía. Según el INE, en El Alto hay en promedio un policía por cada 750 personas, en una ciudad que bordea el millón de habitantes. Desde hace algunos años, el crimen más frecuente es el ahorcamiento a conductores de taxi y de minibús, a manos de los llamados “cogoteros” (de cogote, sinónimo de cuello). Sólo en el sindicato de choferes 29 de Mayo, durante los últimos cuatro años murieron 26 de sus miembros.

Dos de las tres crónicas de este libro que tienen lugar en El Alto se refieren a este tema. Cada una parte de un punto de vista ciertamente distinto pero la escena es

la misma: las víctimas ahorcadas o sobrevivientes y la organización de “cogoteros” y su *modus operandi* (Elvis Toro); y, por otra parte, la agrupación de familiares de víctimas creada para impulsar el juzgamiento de los asesinos ante la laxitud del sistema judicial (Pablo Peralta). Una misma historia policial, con iguales actores, es contada a dos voces, en dos crónicas de película. Resalto aquí la experiencia de escritura de Pablo Peralta, que dice: “Es difícil no establecer empatía y no sumarse a su lucha. Ver sus lágrimas, sentir su quebranto, sentir su dolor al referirse a sus familiares, te hacen sumarte de manera militante a su lucha. Después, tú también quieres que los culpables paguen. Pero, en periodismo, siempre se debe ser honesto con el lector e intentar/aspirar a realizar el trabajo con honestidad y precisión, porque en periodismo la verdad está en la precisión. Es cuestión de principios y de intentos constantes”.

El otro caso alteño es extraordinario. Niños que copian a los asesinos de la tele y matan al hermanastro de uno de ellos siguiendo paso a paso algún capítulo de la serie policial norteamericana CSI-Miami. Pero la influencia de la televisión resulta siendo finalmente una anécdota secundaria porque, en el fondo, está la violencia en las casas de la pobreza como pan de cada día. Un niño que reclama atención y sufre maltrato y discriminación por parte de su madrastra, muerto de celos por sus hermanastros, junto a su primo, decide asesinarlos, robar el dinero de la casa para comprarse un pollo frito, comer hasta el hartazgo y hacer de cuenta que nada sucedió. Pero a pesar de las cifras del maltrato infantil, este es un caso poco común en el contexto boliviano. No son muchos los casos de niños involucrados como autores de asesinatos de otros niños. Ésa es la relevancia del texto que pone sobre la mesa un problema prácticamente desconocido para la sociedad boliviana. “Toda historia tiene muchas explicaciones: no sólo es la televisión, sino también la familia, el Estado, la educación”, dice Álvaro.

Finalmente, el cruceño Berthy Vaca escribe sobre el tráfico de personas de Bolivia hacia Brasil, llevadas con engaños y sometidas a esclavitud en talleres de costura. Es el caso de una pareja que logra escapar y contar esta historia. Miles, no cientos, miles, no logran hacerlo. Las cifras son alarmantes. Se estima que 80% de los 200 mil ciudadanos bolivianos que viven en Sao Paulo (Brasil) lo hacen en situación de ilegalidad. En muchos casos, son los mismos traficantes que los llevaron los que retienen sus documentos de identidad para impedir su fuga. Se calcula que todos los días llegan a Sao Paulo entre ocho y 10 buses, cada uno con 45 pasajeros bolivianos, “cuyo destino ya está escrito: alimentar los talleres de costura clandestinos de esa metrópoli”, asegura Berthy y añade que “alrededor de 70% de la ropa con la que se visten los 10,2 millones de habitantes de Sao Paulo es fabricada por manos bolivianas”. Se trata de un asunto ciertamente muy complejo, porque va más allá del territorio nacional, de modo que Berthy tendrá un trabajo pendiente.

Por lo pronto, se consuela diciendo: “hay que gastar bastante la suela de los zapatos para armar una crónica desde diferentes ángulos, para persuadir al lector a ‘devorar’ un drama de carne y hueso”.

Las buenas historias

La crónica, no como una sucesión de hechos ordenados cronológicamente, sino como un modo de relato que combina varios géneros, que incluye la voz del autor, que implica inmersión, precisión, que se juega por la palabra y entrega historias reales con información cierta a través de vivencias personales de múltiples personajes, se escribe en Bolivia hace no mucho tiempo y es producto de voluntades individuales; no es un ejercicio cotidiano en los diarios del país.

Por ello, es relevante el interés de varios medios impresos que desde hace algún tiempo ya parecen haber puesto mayor interés en la formación profesional de sus periodistas. De allí que sea cada vez más frecuente la asistencia de esos colegas a diversos talleres de formación y, en particular, con el interés puesto en la crónica. Esto no sólo muestra una preocupación por la situación de competitividad de los diarios en tiempos cibernéticos, sino la necesidad de ampliar los registros y de trabajar nuevos modos de contar/abarcarse la realidad más allá de la noticia. Quizás porque a estas alturas quede claro que calcar la realidad juntando gran cantidad de datos ya no es suficiente, sino que esa realidad demanda hoy que los periodistas sean capaces de explicarla a través de los propios actores, articulando hechos, datos, testimonios, situaciones y vivencias.

Éste es, por tanto, un giro importante en el periodismo boliviano que ciertamente no se agota en la intención de mejorar la calidad de la escritura, pues en periodismo ésta nunca es sólo una preocupación estética, sino que detrás de ella hay un compromiso ético que tiene que ver con el trabajo mismo del tema. En nuestro caso particular, existe una voluntad de mejorar la destreza en el producto final y una clara apuesta por la crónica policial de calidad.

Si alguna vez usted escuchó aquella voz preocupada advertir que “si los periodistas no hacemos algo, desaparecemos”, ésta (la crónica) me parece una respuesta posible, decidida —y hasta serena—. Los periódicos batallarán su sobrevivencia e intentarán múltiples transformaciones en clara competencia con el formato multimedia. Lo que no cambia son las buenas historias.

Me gusta **LA CHICA MALA** del periodismo

Divagaciones en torno a eso que se llama periodismo rojo, amarillista, policial, chicha, sensacionalista o de segurismo

OMAR Rincón
omar.rincon@foscol.org.co
orincon@uniandes.edu.co

Profesor Asociado de la Universidad de los Andes (Bogotá). Director del Centro de Competencia en Comunicación de la Fundación Friedrich Ebert (www.c3fes.net). Crítico de medios de El Tiempo. Blogger de lasillavacia.com. Publicó *Narrativas mediáticas, o cómo cuenta la sociedad del entretenimiento* (Barcelona, Gedisa, 2006) y *Televisión, video y subjetividad* (Buenos Aires, Norma, 2002). Editor de *Televisión Pública: del consumidor al ciudadano* (Buenos Aires, La Crujía, 2005), *Telepresidentes: cerca del pueblo, lejos de la democracia* (Bogotá, C3FES, 2008) y *Entre saberes desechables y saberes indispensables [agendas de país desde la comunicación]* (C3FES, Bogotá, 2009). Director del tvensayo "Los colombianos TAL como somos" (Brasil, tal.tv, 2007).

En los tiempos del entretenimiento (o sea, el reinado de lo emocional), y cuando todo deviene pueblo (o sea, lo popular adquiere derechos de modernidad estética), y cuando la televisión es la reina del relato masivo (o sea, toda comunicación se hace melodrama), y cuando el discurso de la seguridad se toma la política (o sea, la política de los miedos es la ideología), y cuando el individuo feliz es la promesa (o sea, el triunfo del consumo y la moral *nueva era* del mercado)..., cuando todo esto pasa es que habitamos una sociedad en la cual el sensacionalismo es nuestro lenguaje y valor y estética; el sensacionalismo es el tono de la comunicación de nuestro tiempo.

Los periodistas pasamos de informadores a entretenedores y nos olvidamos de ser ciudadanos, y por lo tanto nos ahorramos el pensar; entretenemos celebrando el morbo por las pasiones bajas y el goce de los pobres; y eso que llamamos noticia es sólo otra manera de manipular sentimentalmente en aras de generar *rating*. Y a ese periodismo lo llamamos del pueblo o popular porque es una mezcla de emociones con melodrama con misterio con exceso con sexo con muerte con gusto popular y da estrellato al medio y al periodista.

Los ilustrados, con justa razón, lo llaman sensacionalismo, amarillismo, crónica roja, pornomiseria..., periodismo del lado oscuro de la sociedad y celebración de los valores de lo bajo.

Los pobres, como no hay más pantallas para ellos, se encuentran e identifican en esas historias y fotografías y titulares.

Donde los ilustrados y de buen gusto ven perversión, los otros (los pobres y habitantes de las culturas populares) se reconocen, gozan y se visibilizan.

El periodismo popular mete miedo. Miedo en los sectores ilustrados porque nos recuerda las pasiones y los pecados de los que estamos hechos. Miedo en los sectores populares porque cuenta las penurias y las maldiciones de su vida diaria. Miedo en la academia y en el periodismo serio porque se atreve a la subjetividad, cuenta historias poco comprobadas y seduce con sevicia.

Aquí, el periodismo popular nos encanta por su gran valor de comunicabilidad. La pregunta que nos hacemos en este libro periodístico no es por la representación de la realidad que se hace, sino por cómo está hecha esta prensa popular y qué sociedad venimos siendo si nos miramos en su espejo. Porque si negamos esas realidades no seremos un mejor país, sólo eludiremos otra reflexión colectiva necesaria para nuestro devenir. De eso es que trata este libro de crónicas rojas en Bolivia. Por su parte, este ensayo busca concretar cinco reflexiones: (i) el contexto de todo esto o cómo el *segurismo* es nuestra nueva ideología; (ii) los miedos como táctica para ganar *rating* y hacer buen negocio mediático; (iii) la crónica roja o eso que se llama

periodismo sensacionalista, y de qué está hecha y por qué gusta tanto; (iv) el modo mediático de comunicar o eso que se llama emocionar públicos; y, por último, (v) algunas ideas para salir del *segurismo*, ganar responsabilidad en la prensa popular e imaginar una sociedad más democrática y en perspectiva de Derechos Humanos.

(i) La ideología: EL SEGURISMO o la política de meter miedo

“Somos el país más peligrosos del mundo” y “somos la república de la muerte” (y se aplica a cualquier país), los medios lo dicen, los ciudadanos lo sienten y los políticos lo aprovechan. Y nace el *segurismo*¹ o la nueva ideología. El *segurismo* es un buen negocio para todos, menos para los ciudadanos. El *segurismo* es una palabra que describe muy bien las paranoias que estamos viviendo en este mundo globalizado pero de miedos localizados, miedo a los otros, a los vecinos y a todo.

Rossana Reguillo², estudiosa de las pasiones populares y los miedos juveniles, describe este fenómeno como “manifestaciones de violencia creciente”, “la indefensión experimentada como un dato cotidiano por los ciudadanos y ciudadanas”, “la reconfiguración de un discurso autoritario”, “el incremento de los dispositivos de vigilancia y control en diferentes esferas de la vida”, “la erosión del vínculo social”. Y de eso es que está hecha la ideología del *segurismo*.

El *segurismo* sirve a la política en cuanto marca la diferencia entre candidatos y partidos en épocas en que hay muy poco margen para imaginar distinto. El miedo se convierte en el mejor argumento de campaña y gobierno. El *segurismo* es muy efectivo como ideología porque está basado en el temor y la necesidad de más protección; a partir de ese sentimiento se promueve una política autoritaria. El resultado democrático es que pasamos de ser ciudadanos libres, autónomos y con derechos a ser individuos súbditos que exigen protección y dominio. Aprovechando los miedos públicos surgen los nuevos líderes políticos, que saben interpretar los miedos de la gente y encarnan la respuesta basada en promesas conservadoras: recuperar valores (religiosos), restaurar (sociedad de súbditos), reinstalar (lo paternalista), ordenar (la sociedad), limitar (los derechos y la libertad).

El *segurismo* como política que mete miedo y promueve la desconfianza, el odio y el autoritarismo tiene varias características:

- 1 Este término lo retomo de los relatos de viajero del periodista argentino Martín Caparrós, en su libro *Una Luna*, Buenos Aires, Anagrama, 2009.
- 2 Rossana, Reguillo, Crónica roja: espectáculo y negocio (Jóvenes: la construcción del enemigo), Revista Chasqui 60, Quito, Ciespal, diciembre de 1997.

- (i) Convertir el miedo en la base de la convivencia humana y de la sociedad. Nuestro nuevo código de vida civilizada es seguir un manual de sobrevivencia que cada uno construye y socializa para sobrevivir a sus miedos.
- (ii) Hacer de la vida diaria, esa convivencia obligada, una “guerra no declarada”. Y todos actuamos nuestro rol, mientras los que nos creemos buenos miramos con susto a cualquier otro, los otros (los que se sienten excluidos) nos miran para meternos miedo.
- (iii) Convertir lo público, lo abierto y lo de todos en espacios de peligro e intimidación para fomentar el uso de los espacios privados como el hogar, el centro comercial, el aeropuerto, el hotel. Ante los miedos públicos, goces privados. Nuestro modelo de sociedad es vivir en el *mall*, significar en *lo light*, entretenernos en *los medios*, estar prisioneros de nuestros miedos.
- (iv) Producir un estallido de los posibles sujetos del miedo; todo aquel que sea diferente a uno es un peligro, sobre todo si es joven, negro, pobre, migrante, travesti. Luego hay que temer a todo extraño.
- (v) Inventar un nuevo sujeto ciudadano, el que vive con miedo, que cree que es una víctima-en-potencia, y que cada mañana cuando sale de casa piensa que puede ser para siempre. Susana Rotker³ las llama las *ciudadanías del miedo*, que se caracterizan por un sentimiento de indefensión generalizada, una tendencia hacia la parálisis en la acción, una búsqueda de mecanismos represivos que logren controlar el descontrol. Ciudadanías limitadas en el ejercicio de los derechos y de las libertades democráticas. Ciudadanías contemplativas porque nos convertimos en “espectadores” de la democracia.
- (vi) Celebración de la cultura del resentimiento, una que nos hace vivir con bronca, con rabia, con desconfianza en todo otro.
- (vii) El *segurismo* es un excelente negocio, pues el mercado nos ofrece una superproducción de servicios, seguros, aparatos y estrategias para estar “seguros”. Ante la inseguridad, se vive en el mercado y se consume mucho dinero en blindarnos como “sobrevivientes”.
- (viii) Hacer política con los miedos es rentable. Si la sociedad está cercada por criminales, habita un descontrol creciente y sin medidas efectivas que nos permitan vivir seguros; si la injusticia campea y el descontrol arremete; si ya

3 Susana, Rotker, *Ciudadanías del miedo*, Caracas: NUSO, 2000.

no se puede vivir... “Vota por mí, tu mejor policía”. “El peligro está cerca, yo te protejo mejor”. “Mano firme, corazón grande”. “Ya viene la supermano dura”. Todas promesas facilistas e inefectivas porque está demostrado que las leyes más fuertes no sirven, la mano dura tampoco, más policías menos. Pero vendrán muchos políticos que con promesas autoritarias pretenden aliviar la crisis existencial de sentido de los jóvenes y, lo peor, se les cree y vota.

- (ix) Utilidad moral de los miedos⁴: Como todo anda mal, sólo nos queda la bondad de dios, y los valores de familia, tradición y propiedad. Así la receta moral de solución es muy simple y rápida y efectiva y cómoda: todo es culpa de la disolución de la familia y la mala educación y la televisión; este país necesita de dios y una moral restauradora del paraíso perdido, una moral que limite las libertades públicas a voluntad del gobernante como máxima autoridad moral.
- (x) Celebración de otro modo de éxito: el mafioso, corrupto y criminal. Actuar como mafioso no es ser narcotraficante; es comportarse según el modelo de la mafia: la regulación que guía no es la ley sino la familia, todo se compra con billete y billete es poder. Roberto Saviano, el famoso escritor italiano de *Gomorra*⁵, afirma que “hubo un tiempo en que los miembros de la mafia necesitaban a políticos para hacer contratos. Ahora los políticos necesitan a los mafiosos para obtener votos”; y que “los carteles criminales son los únicos que tienen una gran cantidad de dinero disponible para salvar a muchos empresarios que están cerca de la bancarrota”. El modelo para hacer política y gobernar no es la democracia sino el de la mafia. No es que nuestros gobernantes sean mafiosos, sólo que siguen ese modelo como táctica de gobernabilidad.
- (xi) Nace un nuevo héroe: el telepresidente, el restaurador moral, el autoritario amoroso, el *celebrity*, el *robin hood* de estos tiempos mediáticos⁶.

¿Y cómo se produce el *segurismo* como ideología? El *segurismo* se construye mediante la producción de percepciones (vía medios de comunicación, encuestas, cifras); realidades delincuenciales (datos de riesgo objetivo); construcción de

4 Veáse: *Entre saberes desechables y saberes indispensables [agendas de país desde la comunicación]*, Bogotá: C3FES, 2009. Disponible en: http://www.c3fes.net/docs/agendascomunes_saberes_rincon.pdf

5 Roberto Saviano, en entrevista para la revista *Semana*, Bogotá, 6 de abril de 2009, pp. 32-33.

6 Véase: *Telepresidentes: cerca del pueblo, lejos de la democracia*, Bogotá: C3FES, 2008. Disponible en <http://www.c3fes.net/docs/lostelepresidentes.pdf>

enemigos simbólicos (discursos políticos); estrategias de negocios (venta de servicios y productos de seguridad y pólizas de seguros); sistema judicial (las leyes y el modo de administrar justicia); los cuerpos y las canciones (celebración de la criminalidad, las pandillas, la mafia). La (in)seguridad es una gramática instalada y una paranoia colectiva. Y la categoría de ilegalidad resulta insuficiente para nombrar las repúblicas de la muerte, entonces hablamos de (para)legalidad. No es ilegal, es *paralegal*, según lo cuenta la estudiosa mexicana Rossana Reguillo.

(ii) La comunicación: LOS MIEDOS o como ganar *rating*

¿Qué tanto tienen que ver los medios de comunicación con el *segurismo*? Todo y nada. Todo porque los medios de comunicación construyen percepciones sociales. Nada porque la (in)seguridad pasa en la vida real y los medios sólo la cuentan. Bueno, tan transparente no es la cosa. Los medios de comunicación hacen parte de *kit* del *segurismo* porque producen percepciones desde tres estrategias: lo informativo (las noticias y los reportajes-documentales), la ficción (telenovelas y series) y el entretenimiento (*realities*, docudramas y el humor). El poder mediático está, entonces, en que construyen atmósferas, imaginarios, narrativas y representaciones de los miedos.

La inseguridad es el tema mediático más vendible porque tiene que ver con la vida cotidiana de todos. El otro tema es la farándula porque tiene que ver con los sueños colectivos de celebridad. La inseguridad es muy comunicable: tiene atracción narrativa, nos toca a todos, habla de la vida, pasión y muerte, se vincula a la trama dramática popular, permite la crónica, moraliza sobre la muerte, permite contar relatos seriales que emocionan al público, saca a relucir el poeta que hay en cada periodista, genera impacto, produce opinión pública. Y es que la información, sobre todo política, se ha convertido en algo muy aburrido y la inseguridad es muy entretenida periodísticamente.

Los medios de comunicación tienen sentido en ser masivos y por eso trabajan desde los valores, las morales y las ideas de la mayoría; por eso parten del lugar común, de lo que piensa la sensibilidad colectiva, y expresan los sentimientos mayoritarios. Los medios de comunicación, técnicamente, cuentan desde y con la *mismidad* más que con o desde los otros. Por eso, si una sociedad se siente amenazada, los medios cuentan esa amenaza; si una comunidad cree que “ya-no-se-puede-vivir”, cuentan eso. Así, los medios de comunicación cuentan desde y con los prejuicios de gobernantes, jueces, estudiosos y gente común; intentan contar cómo pensamos *los mismos*, la mayoría; lo de *los otros* se lo dejamos a la antropología y a las ciencias sociales.

Los medios de comunicación son negocio y por eso cuentan lo que se venda. Y lo que más vende son las historias de vida, muerte y pasión de cada día. Asistimos, emocionados, a los medios para ver/oír/sentir la destrucción nuestra de cada día, y alegrarnos de que hoy no nos pasó nada, y así hacer catarsis de nuestros miedos.

Los medios de comunicación andan muy pegaditos al poder (cuando deberían ser contrapoder). Y el poder que se beneficia de los miedos es la derecha y los regímenes autoritarios de cualquier color. Ya que tener una sociedad temerosa hace que el ciudadano vote derecha o al padre protector (familia, orden, propiedad y religión). Meter miedo vía los medios de comunicación produce ciudadanos asustados, luego buen negocio político para autoritarismos de derecha y de izquierda. Paradójicamente, los periodistas como sujetos profesionales tienden más hacia la socialdemocracia, mientras que los medios de comunicación y sus propietarios son más cercanos a la derecha, pero siempre informamos desde el poder de los dueños.

En las investigaciones que hemos hecho en el Centro de Competencia en Comunicación de la Fundación Friedrich Ebert (www.c3fes.net⁷) sobre medios de comunicación, seguridad ciudadana y democracia hemos encontrado como operadores mediáticos que:

- (i) Los discursos de la prensa contribuyen a instalar la inseguridad urbana en la agenda electoral y gubernamental.
- (ii) La sensación de inseguridad en la gente se construye vía narrativa, bien sea a través de los medios, del voz a voz o de las leyendas urbanas que comienzan a circular como parte de la conversación cotidiana.
- (iii) El cuerpo del delito ha saltado de las páginas de crónica roja a los debates sobre la gobernabilidad, la vida en sociedad y el futuro de nuestros países; la seguridad es el tema clave y prioritario de la agenda política: si no se puede vivir, para qué democracia o derechos.
- (iv) Los medios de comunicación se han convertido en constante foro de la seguridad: por allí pasan las historias, las cifras, los expertos, los políticos. En esas narrativas mediáticas de las inseguridades, el periodista y los medios asumen que representan “el sentir emocional y moral de todos nosotros”.

7 Véase: Germán, Rey (editor), *El cuerpo del delito. Representación y narrativas mediáticas de la seguridad ciudadana*, Bogotá: C3FES, 2006. Disponible en <http://www.c3fes.net/docs/delitifinal.pdf> Germán, Rey (editor), *Los relatos periodísticos del crimen*, C3FES, Bogotá, 2007. Disponible en <http://www.c3fes.net/docs/relatosdelcrimen.pdf> Omar, Rincón y Germán, Rey (coord.), *Más allá de víctimas y culpables [relatos de experiencias en seguridad ciudadana y comunicación en América Latina]*, Bogotá: C3FES, 2008. Disponible en <http://www.c3fes.net/docs/masalladevictimas.pdf>

Por eso han creado un nuevo serial cuasi religioso en el que “todos somos Jesucristo”, ciudadanos asaltados, golpeados o asesinados por los pecados del sistema y las mafias y los corruptos y la injusticia; es un relato serial trágico lleno de historias de exceso, historias repetidas, historias impresionantes en esos reinos de la fatalidad que son nuestras sociedades.

- (v) Los modos narrativos, al igual que los medios de comunicación, instalan el asunto de seguridad como emocional y permiten el abuso de los adjetivos “brutal”, “espeluznante”, “terrible”, “fatídico”, “sangriento”, “despiadado”, “feroz”. La lógica del relato es serial, por eso se usan marcadores de drama como “ola”, “escalada”, “espiral”, “clima siniestro”, “el delito está cerca”, “los delitos no paran”.
- (vi) La inseguridad ofrece los elementos con los cuales se puede construir un buen relato periodístico para causar sensación: tenemos cifras, siempre hay cifras del Estado, de las empresas de seguros, de los centros de pensamiento, de los interesados en la política; podemos establecer geografías y territorios de la maldad, casi siempre en los márgenes de la ciudad; nos toca a todos en nuestra vida personal porque es una vivencia cotidiana; produce enemigos públicos llamados delincuentes, facinerosos y terroristas; nos ubica en el sino de los destinos trágicos.
- (vii) Los formatos periodísticos de mayor uso en la producción de miedos son la crónica policial (cuenta sólo la versión de la policía), las encuestas y los sondeos, las denuncias ciudadanas, las protestas públicas, las columnas editoriales y de opinión, los testimonios, los cuerpos fragmentos.

El poder mediático instala que estamos en una guerra no declarada. El resultado de la trama mediática es sólo uno: hay que tener miedo; hay víctimas, hay victimarios, hay desidia del Estado y de la justicia, hay destino, hay tragedia. La sensación, la percepción, el sentimiento comunicados son muy potentes: los buenos somos las víctimas inocentes; los malos, los victimarios son los pobres, los jóvenes y los feos; los culpables son los gobernantes, las fuerzas de seguridad y el sistema judicial; y los héroes son los periodistas y los medios de comunicación que denuncian y claman por justicia, y representan el dolor de todos.

Y es ahí donde nace el periodismo de *segurismo* (que no de policiales, tampoco de justicia, menos de crónica popular), que se hace desde fuentes oficiales, con versiones que producen miedos y para vender marcos autoritarios de la vida en común. Periodismo de *segurismo* es aquel que tiende a justificar la violencia policiaca y las violaciones a los derechos humanos.

Pero este periodismo de las injusticias cotidianas produce alta identificación social. Así se crea la ilusión de que la prensa popular es la entrada de los intereses,

los problemas, las expectativas del pueblo en el relato mediático. Pero el periodismo de *segurismo* es todo lo contrario: documenta los modos mediáticos de convertir en negocio político y económico los miedos de la gente; es periodismo del poder pero “en nombre del pueblo”.

(iii) El periodismo: LAS PASIONES populares como relato

Cecilia Lanza, la editora de este libro, en la introducción lo dice muy bien: La crónica roja es la chica mala del periodismo. Un género bastardo y discriminado por el predominio de lo masculino en los contenidos, estéticas y narraciones de los medios. Y Cecilia nombra bien el problema: la crónica roja, como toda chica mala, atrae y seduce, y provoca sentimientos (crea lectores), cuenta de manera casi oral y melodramática (marcas de relato de las culturas populares). Y de eso es que va el periodismo de verdad, el de emoción popular: de provocar y contar. Y confirma que en el periodismo existen dos gustos, dos industrias, dos modos de comprender el mundo: prensa ilustrada (mundo del poder + lectores con capacidad interpretativa + impacto en la toma de decisiones y entretenimiento del poder) *versus* prensa popular (vida popular + cultura baja + lectores supersticiosos + impacto en la toma de decisiones y entretenimiento de los sectores populares). Los medios ilustrados cada vez son peor negocio; los medios populares cada vez son mejor negocio. Y no es una cuestión de mal gusto, sino de conexión social, lógica cultural y calidad narrativa. ¿Será que debemos comprender a la prensa popular para reinventar a la prensa ilustrada?

La historia de la prensa popular se remonta al siglo XVI o cuando el pueblo entró con sus deseos y obsesiones y sentimentalidades en escena pública, o cuando el melodrama se convierte en el modo clave de comprender la realidad, o cuando se encuentran otros modos menos racionales e ilustrados para existir en público:

- (i) Siglo XVI: almanaques, hojas sueltas, pliegos de cordel y *canards* informaban, en un cruce entre ficción y realidad, sobre el tiempo y las cosechas, la vida cotidiana y algunos sucesos extraordinarios, misteriosos, horrorosos y desdichados.
- (ii) Siglo XVII: las gacetas de la época colonial daban cuenta de los sucesos criminales.
- (iii) Siglo XVIII: el folletín y la novela por entregas contaban aventuras y misterios.
- (iv) Siglo XIX: aparece el sujeto trabajador y urbano, así las noticias para los sectores populares se consolidan.
- (v) Siglo XX: la prensa se convierte en industrial gracias a que cuenta delitos y crónicas del terror.

- (vi) Siglo XX: la radio y la televisión asumen la educación sentimental de la sociedad a partir de ficciones dialogadas, con dramas pasionales y estereotipos morales.
- (vii) Siglo XXI: los medios sensacionalistas se toman el periodismo industrial porque convierten la tragedia popular, la delincuencia ciudadana y las celebridades públicas en espectáculo.

El periodismo sensacionalista es criticable por su baja calidad periodística que se evidencia en su poca diversidad de fuentes, su exceso de fuentes oficiales y de la policía, la ausencia total de contexto, el poco aporte a la comprensión y a la explicación de los hechos. Es muy mal visto por su espectacularización y banalización de la realidad. Es muy pero muy reprochable por su estigmatización de los pobres, los jóvenes, las mujeres, las víctimas. Es muy censurable por el morbo en las fotografías. Es criticable por los titulares grotescos y en tipografía roja y excesiva, el uso abusivo del adjetivo denigrativo, el énfasis en el crimen y en los cuerpos de mujer, la invisibilización de la ineficiencia y la corrupción del Estado. Se le desprecia porque convierte lo verosímil en hecho y, finalmente, por el juicio de clase: periodismo hecho para lectores ignorantes y supersticiosos.

Pero no hay un solo periodismo sensacionalista. La otra versión sensacionalista es el periodismo positivo y *lloriquiante* y *mendicante* a favor de las causas sociales, los niños y los abandonados de la sociedad. Ese sensacionalismo es, también, criticable porque convierte la miseria humana en compasión pública y asume las causas de los pobres para el goce y el lavado de culpas de los medios y los ricos. Los periodistas son positivos para conseguir la compasión como *rating*, táctica informativa que crea un *hit parade* del dolor público. Esta moral de lo positivo es perversa por el tono miserabilista y ultrajante de la dignidad humana; es muy criticable por el tono de pornomiseria con que se comunican los dolores de los ciudadanos.

Y el otro sensacionalismo mediático se da cuando los periodistas devienen en entretenedores. Los entretenedores-periodistas, en aras de divertir, abusan de la dignidad humana porque usan sin pudor estrategias sensibleras que juegan con la dignidad de los excluidos del banquete del consumo y convierten al dolor humano en divertimento público. Lo problemático es la forma en que entretenedores e informadores explotan el dolor ajeno y la miseria humana para generar compasión, lástima y *rating*.

El periodismo sensacionalista es muy criticable en sus tres versiones: sangre, compasión y entretenimiento. “Lo único que les estamos pidiendo hacer ¡es informar bien, producir periodismo de calidad y controlar al poder!”, exclama la sociedad en coro. ¿Será mucho pedir?

No todo de la prensa popular es criticable. La estudiosa argentina Stella Martini⁸, por ejemplo, valora que este tipo de periodismo haya creado una nueva categoría de lectores, haya favorecido el proceso de alfabetización, incluya con eficacia a vastos sectores de la población en el circuito de los consumos culturales, instale agendas inéditas que tematizan la vida cotidiana y, en general, democratizan la prensa.

* * *

Y la prensa popular triunfa, gana audiencias, se expande como industria por todo el mundo y todo gracias a que su pacto de comunicabilidad con la sociedad es exitoso. La prensa popular está ganando la batalla de las audiencias. ¿Por qué? Porque el sensacionalismo es el modo prioritario de comunicar de los medios de comunicación. Pero hay más. He aquí algunas divagaciones al respecto:

- (i) Permite hacer periodismo industrial, ya que se conecta muy fácil con la mayoría de la sociedad.
- (ii) Reconoce los valores éticos y estéticos de lo popular, por eso se dice que significa la entrada del pueblo en la escena pública.
- (iii) Su contenido es la vida social de los pobres y los sectores populares, y por eso cuenta sobre el mundo de la gente y no del mundo de la política, tanto así que se dice que las noticias policiales son como la página social de los pobres.
- (iv) Da cuenta del deterioro de la sociedad, del desvío, de la ilegalidad, de la falta de escrúpulos y de moral en las relaciones sociales, y de los modos colectivos de existir..., que son el gran drama de referencia de la gente.
- (v) Narra y explica la vida desde los modos de conocer lo popular: brujería, superstición y sexo como la cura para todos los males.
- (vi) Expresa un discurso moral que se basa en la restauración de valores socialmente aceptados, provenientes de la religión, la familia y la tradición cultural.
- (vii) Cumple una función pedagógica porque cada historia es una advertencia moralizadora; por tanto, el diario popular deviene en un manual moral para la vida diaria.
- (viii) Tiene estética emocional, marca de desmesura, exageración moral, exhibición de clase popular, expresividad sentimental.

8 Stella, Martini, *Prensa gráfica, delito y seguridad*, en Rey, Germán (editor), *Los relatos periodísticos del crimen*, Bogotá: C3-FES, 2007, pp. 21-54. Disponible en http://www.c3fes.net/docs/argentina_martini.pdf

- (ix) Su modo de narrar es cercano a la historia oral y referida a los cuentos de miedo y de misterio, a los cuentos de amor y de tragedia.
- (x) Su verdad está eximida de comprobación, ya que se basa en el rumor y la sociología del lugar común.
- (xi) Tiene utilidad cotidiana, pues da tema para conversar la vida, desde un espejo público verosímil, y permite la catarsis ante los miedos existenciales.
- (xii) Es de utilidad política para los poderosos, ya que produce la sociedad de los miedos, los sujetos víctimas, las temporalidades de la sospecha y las geografías inseguras, donde la vida tiene un escaso valor..., situaciones que requieren propuestas de vigilancia y de control social.

¿Y cómo se hace periodismo de crónica roja, amarillista, policial, chicha, sensacionalista o de *segurismo*? Y la prensa popular se hace fórmula narrativa, canon periodístico, lenguaje que comunica. Y el contar sensacionalistamente, lo sabemos todos, productores y audiencias, es un pacto de comunicabilidad. Y es que los medios de comunicación tienen que producir fórmulas para poder ser industria, para crear encuentros, para domesticar la polisemia de significados que habitan la comunicación masiva. He aquí un intento de fórmula para hacer periodismo sensacionalista:

- (i) **Estar en el lugar** de los hechos, nombrar las geografías y los universos de los crímenes, informar con base en testigos y evidencias; hacer periodismo de calle.
- (ii) **Fotografías** e imágenes de víctimas y de familiares desconsolados son los criterios de verdad.
- (iii) **Titulares** llamativos, narrativos, cercanos, entendibles, contundentes.
- (iv) **Lenguaje** directo, coloquial, que incluye modismos y expresiones comunes de la jerga popular.
- (v) **Diseño**, tipografía y estética expresiva y recargada y colorida. Mostrar muertos y tetas nos es suficiente.
- (vi) **Relato** que enfatiza en los sentidos del gusto, del tacto, del olfato y del oído como complementos de la mirada.
- (vii) **Doble sentido**, morbo, lo grotesco, el humor, lo adjetivado son las marcas de placer de la lectura y de la crítica de sentido desde lo popular.
- (viii) Conocer **los referentes sociales** (intereses, problemas, expectativas) y **los códigos e imaginarios simbólicos** (modos de interpretar y significar) de lo popular para implicar al lector y crear la ilusión de pertenencia.

- (ix) **Lo masculino** será el cuerpo del delito mientras **lo femenino** será el cuerpo del deseo; el pobre tendrá la moral del bueno y el rico representará la maldad; el destino será la posibilidad, mientras que la justicia y la política serán la tragedia.
- (x) El diario popular **se parece a la vida de la gente**, habla como ellos y no dice mentiras para generar conversación y convertir al ciudadano común en fuente de noticia y opinión.

* * *

Tal vez el mejor manual de periodismo sensacionalista sea la historia de ficción, creada por el escritor Albert Fuguet bajo el título de *Tinta Roja*⁹; allí, un experimentado periodista de crónica roja le enseña el oficio a un joven egresado de una carrera de periodismo, llamado Varguitas. Los consejos que este le da son:

- (i) Se hace periodismo para el pueblo; el asunto está en contar la vida social de los pobres, legitimarlos, darles espacio, tratarlos como estrellas. Periodismo popular pero no pobre.
- (ii) La prensa popular es lo que desea saber el hombre común, que no tiene nada de corriente. Las personas quieren saber qué pasó, de qué se salvaron; quieren satisfacer sus deseos, sus temores, dar gracias a Dios porque eso que leen le ocurrió a otros y no a ellos.
- (iii) Más que satisfacer las respuestas a las cinco preguntas (Ws), hay que preocuparse por contar historias, sacarle el jugo a la realidad y ponerle mucho color. Si hay un ser humano involucrado, hay historia, detalles y secretos. Hay que seguir los rumores en todos los ámbitos de la vida, porque el periodismo, como la prostitución, se aprende en la calle.
- (iv) El secreto del periodismo es tener un punto de vista, una mirada.
- (v) Hay que mirar e imaginar qué ocurrió, tratar de pensar por qué pasó, ponerse en el lugar del otro y ver lo que uno no vio.
- (vi) Los titulares deben tener humor y precisión; cuando se lea el titular se debe entender qué pasó.
- (vii) Las fotografías deben ser grandes, expresivas y contar historias por sí mismas.

9 Alberto, Fuguet, *Tinta Roja*, Bogotá: Alfaguara, 1996. También existe la película "Tinta Roja" (2000) del director peruano Francisco Lombardi.

- (viii) La primera frase es la más importante; por eso hay que dejar caer una sensación, una atmósfera, un miedo. Que el lector entre, se enganche y se identifique.
- (ix) Nunca escribir una frase que dé vergüenza ajena. Por sensacionalista que se sea, hay que recordar que eso le pudo ocurrir a uno. La única diferencia entre uno y el asesino es que uno lo pensó y él lo hizo.
- (x) Oler la sangre, el poder, la envidia, la venganza. Lamer la sangre nuestra de cada día antes de que se coagule. Todo hecho, hasta los económicos, posee estos ingredientes. La gente no muere como en la tele. Es distinto. Mientras más humana es la muerte, menos centímetros le da el diario.
- (xi) Oler el sexo. Todo es sexo, sexo, sexo. Es como volver a los quince.
- (xii) Secciones de la prensa popular: Vida social de los pobres + Denuncia de problemas urbanos + Sexo + Magia + Farándula + Deportes + Crucigramas + Horóscopo + Doctora corazón.
- (xiii) Lo peor que le pudo pasar al periodismo fue que lo oficializaran. Mientras más inculto era el reportero, más posibilidades tenía de sorprenderse y de aprender.
- (xiv) La gran diferencia entre los diarios blancos y amarillos es que los amarillos pueden publicar lo que quieren porque nadie importante los lee.
- (xv) El mejor reportero policial de la historia entrevistaba a los cadáveres, así de bueno era.
- (xvi) El deber es entretener. No existen las noticias aburridas, solamente reporteros ineptos y reprimidos.

Daniel Samper Ospina¹⁰, director de la exitosa *Revista Soho* que se publica en Colombia, Ecuador y Costa Rica, aporta nuevos **criterios de calidad periodística**:

- i. El morbo es local.
- ii. La gente sí lee, si está bien escrito y hay historia.
- iii. Hay que hacer historias vivenciales.

10 Daniel, Samper Ospina, *Las convicciones de Soho, Revista Soho*, 8 de agosto de 2008. Disponible en http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=7459

- (iv) Hay que hacer periodismo narrativo, que es la manera de reivindicar la importancia de lo no importante.
- (v) Nadie puede ir en contra del sentido común.
- (vi) Los mejores temas son elementales y provienen de una curiosidad casi infantil.
- (vii) Nada más extraordinario que lo ordinario.
- (viii) Es mejor ser claros que ser originales, sobre todo en los títulos.
- (ix) La polémica vende.

(iv) El sensacionalismo: EL MODO MEDIÁTICO de interpelación

El sensacionalismo tiene existencia real (la prensa popular) y un lugar específico en la sociedad (cuerpo-muerte/sexo)¹¹. El sensacionalismo tiene que ver con el cuerpo en cuanto “entidad” primaria de significación común a todos los seres humanos; y lugar de significación lleno de saberes, precauciones, higienes, poderes; y táctica de conformidad con la moral pública. Si el cuerpo es un campo de batalla en el cual la significación está en disputa, los medios de comunicación certifican una lógica interna que hace que su construcción no sea más profunda que la dialéctica de muerte-estética, tanatos-eros, masculino-femenino. El sensacionalismo es, entonces, una estrategia moral y narrativa que se establece sobre el cuerpo y se comunica en imágenes, lenguajes, sentidos, ironías, grotescos, mitos; una estrategia de lo popular muy efectista y que proviene de la lógica oral.

Es cuerpo fragmento, pues a cada pedazo de cuerpo le corresponde una sección informativa: “Las partes del cuerpo descuartizado en el ejercicio de la representación, figuran en secciones diferentes, de esta forma, el músculo puede corresponder a la sección deportiva, los senos a la sección farándula y un hígado, un pulmón o un corazón, según su contexto, a la sección judicial o a la sección salud”¹². Tal vez ésta es la idea de diseño de la información; un medio de comunicación es una representación del cuerpo pero fragmentado a lo largo de su diversidad de secciones.

La fragmentación aumenta cuando se comprende el papel de las imágenes, los textos y los sentidos. La exposición de imágenes prototípicas desde lo moral va de la muerte-violencia-sangre a la belleza-sexo-mercado. El lugar masculino es la muerte-

11 Héctor Gabriel Navarrete, *Descuartizamiento visual: Representación del cuerpo en el diario “El Espacio” (1984-2004)*, Bogotá: Universidad de los Andes, Trabajo de grado, Magíster en Antropología, 2006.

12 *Op. cit.*, p. 67.

delito-sangre (el cuerpo carne), mientras que el lugar femenino es belleza-estética-apariencia (el cuerpo apariencia). Es toda una distribución social de significados que indica que la estética es femenina y que la violencia es masculina. Cada cuerpo expresa unos códigos de identificación y unas promesas morales: cuerpo-muerte-masculino; cuerpo-violencia-joven; cuerpo-sexo-femenino; cuerpo-deseo-farándula; cuerpo-amoral-modelo semidesnuda.

Titulares excesivos como norma narrativa; ahí está la historia. Textos normalizadores de sentido; se cuenta poco y se moraliza en adjetivos. Relato expresivo vía los sentidos; todo se comprende con relación al gusto-tacto-olfato-oído, se narra como complemento de la mirada. Lo popular es ver y luego oralidad en modo de chisme, sin confirmar, pero posible.

Los diarios populares presentan un manual moral como base de su discurso, definen lo que es y al perverso en imágenes-textos-adjetivos: asqueroso, macabro, hediondo, brutal, horroroso. Lo extranjero-rico es perverso, mientras que lo propio-cercano-pobre es bueno. La heterosexualidad es lo normal y los deseado, mientras que las otras sexualidades son lo incierto pero noticioso.

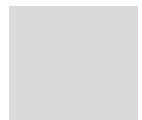
Y cuando no se comprende se va al humor, ese recurso de resistencia de los débiles. Ante la incertidumbre, reír es una posibilidad de resistencia al poder. Pero no es un humor de juego de sentidos, es un humor del morbo, de la burla, de lo grotesco como matriz moral de rebeldía de lo popular; es puro juego del doble sentido en horizontes de obviada moral; marcas de placer y crítica de lo popular.

En estas operaciones discursivas oficiales, se valora “un cuerpo basado en la salud, la belleza, la juventud, la higiene, el deporte y la sexualidad sana”¹³ como base para construir “el cuerpo máquina, el cuerpo musculoso, el cuerpo sexual”¹⁴, retóricas que dan cuenta de los ideales de felicidad construidos por la sociedad de la apariencia y del mercado. Paradoja: esos cuerpos perfectos para el trabajo, el placer y la felicidad prometen unos ideales que no se corresponden con las posibilidades de los sectores populares.

Por eso, para el cuerpo popular está el lado B del diario, lo que pasa en letra pequeña y en secciones de lo no noticioso; ésas que se atreven a la magia, a lo esotérico, a lo oculto. Estos anuncios de letra pequeña son la otra operación discursiva; ésa de otro imaginario, uno donde todo es posible y nada se atiene al ideal de mercado y moral propuesto. Estos anuncios recrean un contenido moral malicioso,

13 *Op. cit.*, p. 80.

14 *Op. cit.*, p. 85.



el lado sombrío de la moral que funciona para financiar la máquina industrial y la retórica popular del diario. Se deja el canon impuesto por el bisturí, la silicona, el gimnasio y la religión para optar por un ideal más posible y alcanzable, el “sexo como la cura para prácticamente todos los males tanto físico como emocionales”, porque en el diario popular “prácticamente toda actividad es considerada en relación con el amor/sexo”¹⁵. Se vive para amar y para el sexo. El amor-puro como ideal de éxito en lo popular y el puro-sexo como certificación de ese éxito. En el análisis de diario popular se encuentra que lo más simbólico no está en lo informativo, sino en los anuncios de letra pequeña, en los cuales lo popular se encuentra con sus obsesiones. Lo mismo sería posible de encontrar en el análisis del discurso de la farándula, lo *light*, las telenovelas o los *realities*. ¡Pasa más sujeto/comunidad/nación por lo mágico-sexual y por lo melodramático-amoroso y por la levedad-nueva era que por las noticias de verdad!

En aras de la discusión, hay que decir que no se puede dividir entre medios sensacionalistas y medios serios, sino que el sensacionalismo es un modo de comunicar de todos los medios y por todos los medios. Todo periodismo es sensacionalista en cuanto expone lógicas morales y melodramáticas para comprender la vida e impactar emocionalmente a una sociedad. La sociedad siempre ha sido sensacionalista para hacerse visible; lo mismo la publicidad (cuerpo-deseo), la farándula (cuerpo-*light*), la política (cuerpo-democracia). El sensacionalismo es, entonces, la forma más usada para comunicar en la sociedad de masas. Por eso, clasificar a un periodismo como sensacionalista es una manera “clasista” de interpretar los modos de interpelación de lo popular.

Y se podría llegar hasta decir que el sensacionalismo es una lógica cultural que atraviesa las músicas, las artes, las literaturas, las ciencias. En el caso específico del periodismo, el sensacionalismo es una lógica cultural porque es un modo legítimo y útil de interpelación pública, ya que los medios de comunicación son mucho menos contenido y más estrategias populares de interpelación estética y moral. La comunicación masiva popular no es un asunto de verdad, sino de moral y de entretenimiento; el periodismo popular tiene como misión producir conversación en la vida diaria y diluir el aburrimiento que nos embarga.

15 *Op. cit.*, pp. 97 y 101.

El sensacionalismo es, entonces, una lógica cultural (modo moral y estético de pensar), una lógica de clase (representa a lo popular y es juzgada desde los sectores ilustrados) y una lógica de comunicación (un modo de narrar/interpelar/comunicar).

Cada vez se hace más necesario adentrarse en el estudio de estos fenómenos de *significado leve* que vienen a tener *densidad* por su recurrencia temporal y su práctica ritual en el cotidiano. Las reflexiones sobre el sensacionalismo, el cuerpo, la sangre y el amor/sexo están no sólo en los medios populares, sino que deben entrar a la academia. Y es ahí cuando aparecen ciertas preguntas sobre el sensacionalismo mediático: ¿Cómo resolver el asunto de las lógicas culturales y populares de narrar y de disfrutar? ¿Lo popular se ha transformado para adoptar nuevos modos de comunicar? ¿La comunicación de la sociedad de masas ha producido un nuevo popular? ¿El juicio moral de lo popular sólo es marcado por lo religioso?

Y para responder esas preguntas hay que asumir que lo popular no es estático, que hoy habitamos un nuevo popular, que las transformaciones del símbolo mediático reflejan/ producen las transformaciones del símbolo/moralidad en la sociedad; por ejemplo, en la historia de los diarios populares, hay una historia del concepto de pueblo, la moral pública, la salud deseable, el cuerpo, el amor, el sexo, la muerte en una sociedad. Así, todo diario popular se convierte en documento de memoria y entretenimiento popular que deviene en educación moral. ¿Qué significa “estar al día” con las modas morales y estéticas de la sociedad? Tal vez debamos leer más el diario popular.

(v) Instrucciones para salir del segurismo y ponerle RESPONSABILIDAD a la prensa popular

La (in)seguridad ciudadana se comprende por medio de percepciones (comunicación) y realidades (riesgo objetivo). El efecto de ciudadanía de la inseguridad ciudadana son los miedos, las ciudadanías del miedo. Y los miedos impiden el ejercicio de los derechos y de las libertades democráticas. Nuestras sociedades son las de las (in)seguridades ciudadanas porque las fuentes de violencia se han diversificado, el crimen organizado es transnacional y los modos para-legales triunfan como estrategia de movilidad social. Y ahí, en el centro del debate, están los medios de comunicación y la prensa popular (el asunto de las percepciones). Medios y periodistas no son el problema, pero sí hacen parte del problema y de la solución. No hay más inseguridad o aumentan los crímenes y las violencias por culpa de los medios de comunicación, pero sí se crean sensaciones y percepciones de que todo anda mal, y el crimen sí paga, y todos podemos devenir en criminales. Los medios de comunicación sí aportan su cuota de (i)responsabilidad al presentar los asuntos de la seguridad y de la justicia como espectáculos, banalizando e invisibilizando lo importante y lo estructural del problema.

Una de las soluciones periodísticas para salir de estos medios (i)responsables frente a la agenda de las violencias y de la justicia ha sido planteada por el Instituto para la Seguridad y la Democracia (INSYDE), una asociación civil mexicana enfocada en la reforma policial democrática. Este Instituto, desde el año 2003, creó el Proyecto de Violencia y Medios de Comunicación con el ánimo de contribuir a la profesionalización y a la actualización profesional de los periodistas y de los medios informativos dedicados a la cobertura de noticias sobre el delito y la violencia, mediante debates, conferencias, talleres, mesas de trabajo, pautas éticas e instrumentos teórico-prácticos aplicables a la recolección, confección y publicación de las noticias¹⁶. El ideal que guía ese Proyecto es que la sociedad exige a periodistas y a medios que sean instrumento para la consecución del derecho a la información, y no de intimidación y de explotación de los temores sociales, así como instituciones que funcionen basadas en la legalidad, el respeto a los derechos ciudadanos, la transparencia y la rendición de cuentas. Así, su propuesta es la profesionalización de los periodistas en temas como el papel social de los medios en la construcción de escenarios sociales seguros o inseguros; los derechos fundamentales implicados en los hechos sobre el delito y la violencia; las fases de la cadena de producción de noticias que podrían quebrantar o afectar los derechos de los ciudadanos que protagonizan los hechos de delito y de violencia; trabajar los paradigmas de periodismo cívico, periodismo de paz y periodismo sensible al conflicto; crear herramientas prácticas de agendas, enfoques, contenidos, lenguaje, presentación sobre temas de seguridad ciudadana y justicia penal.

La Fundación Friedrich Ebert en América Latina, en el mismo sentido, ha venido proponiendo pasar de la sociedad de los miedos a unas sociedades más democráticas, y de un periodismo de crónica roja emocionado con la sangre, el espectáculo y los adjetivos espeluznantes a un periodismo popular responsable (¡este libro es un ejemplo de ese esfuerzo!). No se trata de ignorar los problemas de seguridad ciudadana (crímenes, delitos, violencias) que habitan nuestras sociedades, sino de resolver esos problemas menos desde lo policial y lo autoritario y más desde una perspectiva de derechos humanos, democracia social y justicia. Así, la Fundación Friedrich Ebert ha creado un concepto político y democrático para asumir esta problemática que se puede describir en cinco criterios:

- (i) La seguridad ciudadana es asegurar el libre desarrollo y promoción de los derechos humanos; nunca limitar o poner en cuestión los derechos humanos.

16 Marco, Lara, *La Nota Roja*, México: Debate-Mondadori, 2010.

- (ii) La seguridad ciudadana es una política pública que defiende un servicio público que debe llegar a todos los ciudadanos por igual.
- (iii) La seguridad ciudadana trabaja por, para y con los ciudadanos en acciones multisectoriales de prevención y de convivencia.
- (iv) La seguridad ciudadana es un asunto social, educativo, cultural y de participación social.
- (v) La seguridad ciudadana consiste en una experiencia en la que los medios de comunicación se asumen como actores responsables y democráticos.

La comunicación puede ser efectiva si comprende el problema de la inseguridad ciudadana y las posibilidades mediáticas de acción simbólica/afectiva para transformar el asunto. Para hacer posible el papel responsable y democrático de los medios de comunicación se sugiere:

- (i) Hacer periodismo de calidad: diversidad de fuentes, preguntarse acerca de los intereses de las cifras, respeto por las víctimas, informar con contexto, ofrecer marcos de comprensión de los hechos, narrar con buen uso del lenguaje y de los recursos del medio.
- (ii) Poner criterio a la *opinocracia* de expertos (poco periodismo, mucho negocio, ¿a quién representan?).
- (iii) Es necesario invertir tiempo y oficio en “escuchar” a la sociedad y a los ciudadanos, antes que a los políticos y a las “fuerzas del orden”.
- (iv) Poner el máximo de esfuerzo para evitar el señalamiento negativo y discriminatorio de lo femenino, lo joven, lo indígena, lo afro, lo gay... lo marginal.
- (v) Informar desde la comprensión y la legalidad más que desde la producción de miedos y el espectáculo. Esto significa comprender cómo es que funcionamos y por qué somos tan exitosos cuando somos paralegales; hacernos cargo de esas violencias mestizas hechas de religiosidad, músicas, política, corrupciones, mafias y sobrevivencia diaria.
- (vi) Comprender que la guerra y las violencias son una forma habitual de hacer política en nuestros días; luego, no caer en las agendas de los políticos.
- (vii) Ganar la ética del cuidado; intentar producir una sociedad más segura, pero desde la democracia, el goce, la alegría, el juntarse y la ciudadanía.
- (viii) Crear un manual de estilo especial para cubrir y tratar las (in)seguridades ciudadanas, que sirva de mecanismo de contención frente a la banalización de los asuntos sociales, la espectacularización del riesgo y la grandilocuencia de los violentos.

¿Cómo narrar, analizar, comprender, explicar las sociedades de los miedos? Es la pregunta para los medios y los periodistas.

Debemos pasar del asunto del *segurismo* promovido por los Estados y las políticas del miedo a estrategias de refiguración de las solidaridades, la memoria y la política. Tenemos que intentar comprender cómo es que funcionamos y por qué somos tan exitosos en lo ilegal y paralegal.

El sistema político debe entender que el *segurismo* crea exclusión, racismo, discriminación. Y los periodistas debemos entender que la guerra y las violencias son una forma habitual de hacer política, y que la derecha ha sido mejor para construir símbolos con la ayuda del discurso religioso. Menos mal, existe más que una sola narrativa; tenemos que intentar nuevas crónicas colectivas más progresistas.

La justicia tiene que pasar del lugar común frente a los medios, referido a que “son unos incitadores del crimen y el delito”, a comprender que los medios son sólo reporteros de los sentimientos colectivos. El sistema judicial debe llenar esos vacíos de significado llamados impunidad y desidia y cinismo; más que culpar a los medios, debe proveer una justicia que llegue más rápido y eficiente.

El sistema judicial tiene que hacerse cargo de muchos silencios: uno de ellos, los *feminicidios*; uno más, la mafia de la trata de mujeres para la prostitución desarrollada; otro, la poca conciencia social acerca de los derechos humanos; uno más, las exclusiones a los afros, a los indígenas, a los jóvenes y a otras otredades “peligrosas” para el orden.

Aunque la (in)seguridad ciudadana sea un buen cuento mediático y judicial, porque tiene historias, produce un alto impacto emocional y genera habla en la vida cotidiana de la gente; hay que intentar producir una sociedad más segura, pero desde la democracia, el goce, la alegría, el juntarse y la ciudadanía. Debemos buscar que en nuestras ciudades el miedo sea derrotado por la bulla, el goce y las ciudadanías, porque la ciudad es un espacio ciudadano, creativo y expresivo; un territorio de la experiencia y de la experimentación; y debería ser escenario de juego de goces contra los miedos.

Es necesario invertir en “escuchar” sin falta a la juventud, a los migrantes, a los pobres, a los que probablemente van a delinquir, según los estudiosos. Y ellos están hablando y gritando vía la música y sus expresiones artísticas, están contando su descontento y su bronca, que cuestionan el mito de la “cordialidad” de nuestros países. Para escucharlos, hay que entender que los jóvenes (los más criminalizados) se convierten en actores políticos a través de las músicas. Porque en las músicas los jóvenes manifiestan su “malestar” frente a la sociedad contemporánea, producen un contradiscurso hecho en la cultura de la periferia y en su “legítima ira social”

que canta y exige cambios, como lo expresan la mexicana Rossana Reguillo y el estudioso brasileño Micael Herschmann¹⁷. Los jóvenes están luchando por pasar de “objetos” a sujetos del discurso, para obtener el *copyright* sobre su imagen y su trayectoria de vida “miserable”, usurpada en productos culturales ampliamente difundidos y comercializados, concluye el investigador brasileño.

La Fundación Friedrich Ebert, con estos marcos de referencia, ha venido haciendo talleres con periodistas para producir periodismo popular más responsable. Este libro es el resultado de un taller real. Las historias resultantes, creemos, pueden hacerse “acreedoras” al adjetivo de “responsables”. No eludimos las historias, tampoco ignoramos los problemas de (in)seguridad, sólo intentamos hacerlo con mayor calidad periodística para ganar más conciencia y confianza en la sociedad; sólo intentamos hacer pasar la crónica roja de lo policial a lo político; sólo quisimos que los “ninguneados” tengan mejores relatores. Se intentó hacer buen periodismo (respeto de víctimas, no difundir imágenes de personas detenidas, no difundir nombres o datos de identificación, no adjetivar, contrastar fuentes e información... evitar la superficialidad y la producción de estereotipos, no hacer juicios paralelos)... ¿Será que lo logramos? Usted leerá y sabrá si logramos hacerlo mejor. Por ahora, me gusta, y mucho, *la chica mala* del periodismo: la crónica roja.

París, 13 de junio de 2010

17 En Omar Rincón (editor), *Entre saberes desechables y saberes indispensables [agendas de país desde la comunicación]*, Bogotá: C3FES, 2009. Disponible en: [http://www.c3fes.net/\(28p\)29publicacion9.htm](http://www.c3fes.net/(28p)29publicacion9.htm)

Referencias adicionales a las mencionadas en este texto

- Guardia, Marcelo (2001), *Preguntas Sangrantes: periódicos sensacionalistas en Cochabamba*, en la revista *Comunicação & Sociedade*, número 35, Sao Paulo: Universidade Metodista de Sao Paulo.
- Martín-Barbero, Jesús (1985), "Razón y pasión en la prensa popular", prólogo al libro de Guillermo Sunkel, Santiago de Chile: ILET. Disponible en: www.scribd.com/doc/19224816/Razon-y-pasion-en-la-prensa-popular-Prologo
- Martini, Stella (2007), *La responsabilidad social de los diarios populares periodismo y opinión pública*, Fundación El Universo de Guayaquil, Reunión Periódicos Populares de América Latina/SIP.
- Peñaloza, Pedro José y Garza Salinas, Mario A., *Los desafíos de la seguridad pública en México*, pp. 55-73. Disponible en: http://www.pgr.gob.mx/_publicaciones/DesafiosSP.pdf
- Pereira, J. y Villadiego, M. (eds), *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías*, Bogotá: Cátedra UNESCO de Comunicación, Universidad Javeriana,
- Rincón, Omar y Rey, Germán (2008), "Los cuentos mediáticos del miedo", *Urvio*, revista latinoamericana de seguridad ciudadana, número 5, Quito: Flacso, septiembre de 2008, pp. 34-45. Disponible en: http://www.revistaurvio.org/img/Inve2_Urvio5.pdf
- Rincón, Omar (2005), *De los Medios a los goces ciudadanos: La comunicación en la producción de la seguridad ciudadana*, Bogotá. Disponible en: <http://www.c3fes.net/docs/miedosgoces.pdf>
- Rotker, Susana (ed.) (2000), *Ciudadanías del miedo*, Caracas: Nueva Sociedad.
- Sunkel, Guillermo (2002), *La prensa sensacionalista y los sectores populares*, Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación, Buenos Aires: Norma.
- Vallejo, Mariluz (2006), *A plomo herido: una crónica de la historia del periodismo en Colombia (1880-1980)*, Bogotá: Planeta.

EL FIN DE LA FIESTA

En Bolivia, cuando alguien es víctima de un crimen hay que prender velas. Sólo la fe puede dar consuelo. La justicia no. La muerte de Juan Gabriel Despot Belmonte es la historia de muchas otras víctimas de la violencia y de la intolerancia en sociedades donde la aplicación de la justicia es débil y los derechos pueden ser atropellados un día o una noche cualquiera.

ISABEL Mercado
mercado_isabel@hotmail.com

Isabel Mercado es periodista, especializada en Derechos Humanos. Es columnista del semanario *Pulso* y del diario *Los Tiempos* de Cochabamba. Trabajó ocho años como reportera y editora en *La Razón* de La Paz. Actualmente se dedica a producir textos y reportajes relacionados con temas democráticos y ciudadanos en la unidad de comunicación del PADEM. Estudió fotografía y tiene postgrados en periodismo digital y periodismo de investigación.

El primero fue un golpe seco, amenazante. Todavía pudo sorprenderse e incluso tratar de sobreponerse. El segundo fue letal. Sólo alcanzó a ver que esa enorme bestia volvía sobre sus pasos. Eran aproximadamente las tres de la mañana y Juan Gabriel Despot moría atropellado. La fiesta realmente había terminado.

Radiante, la mañana del viernes 11 de septiembre de 2009 empujó temprano de la cama a Juan Gabriel. Tenía que asistir a clases en la Escuela Militar de Ingeniería (EMI) donde cursaba el segundo semestre de Ingeniería Comercial. Como todos los días, llevaba prisa. La disciplina y el horario eran prioridad en su vida. Meses antes, al dejar el colegio y elegir su carrera, Juan Despot, su padre, le ofreció varias alternativas académicas. Él, que había sido de estudiar a último momento, optó por la universidad militar. “No soy disciplinado, papá”, le dijo, “en la EMI voy a tomar las cosas en serio”. Y así lo hizo. Durante los dos semestres que logró cursar, mostró una responsabilidad y una dedicación que tenían al padre satisfecho.

“Seguía siendo amiguero, eso era algo innato en él, pero de lunes a sábado, nada era más importante que la U”, cuenta el padre, intentando apartar las emociones que se entrometen con los recuerdos.

Juan Despot describe su vida familiar con el detalle de quien la ha seguido de cerca. Por esos avatares del divorcio, le tocó criar a sus cuatro hijos. El menor y el único hombre era Juan Gabriel. “Era bromista y juguetón, pero sabía cuándo tenía que tomarse las cosas en serio”, asegura. Por eso, aquel viernes, cuando partió hacia Santa Cruz de la Sierra a despedir a su hija Nataly, Juan Despot estaba tranquilo. La visita de sus hijas Carla y Nataly logró reunir a toda la familia. Habían pasado unas semanas agradables. Carla, la mayor, hacía un posgrado en México y había partido unos días antes; mientras que Nataly, ya casada, regresaba a Nueva Zelanda en un vuelo que salía de Santa Cruz de la Sierra. Durante el almuerzo familiar, mientras se despedían, Juan Gabriel no dejó de bromear. Finalmente, como quien sigue un ritual, pidió algo de “platita” a su papá para salir el sábado y le anunció que quizá saldría esa noche un rato con sus amigos, pero volvería temprano. La mañana del sábado tenía que madrugar para ir a la universidad.

Antes del almuerzo, Luly Belmonte, la madre de Juan Gabriel, visitó la casa de los Despot. Había llegado de la ciudad cruceña, donde vive desde el divorcio, para compartir las vacaciones de sus hijos y quería ayudar a Nataly a hacer las maletas. “Juan estaba en la computadora, chateando. ‘Te amo, mami’, me dijo cuando salí de la casa”, recuerda.

La fiesta que no debió ser

Era 11 de septiembre, día de mala suerte. Un día como ése, en 1973, mataron a Salvador Allende, en Chile. En esa fecha, cayeron las torres gemelas de Nueva York. Un mal presagio. La fiesta empezó cerca a las 10 de la noche, en el número 380 de la avenida principal de Koani, al sur de la ciudad de La Paz. El anfitrión, Martín Zeballos, alumno de la promoción 2009 del Colegio San Ignacio, había pedido prestada la casa a su tío, Alejandro Zapata, para reunir a los de su promoción con los del año pasado y con algunos otros amigos del Colegio La Salle. Juan Gabriel Despot, Fabricio (Dubby) Gumucio, Claudia Aguirre y Juan Pedro Ardiles, de la promoción 2008, se sumaron al festejo aproximadamente a las 11:30.

Baile, charla y tragos fueron y vinieron hasta que, alrededor de las 2:30, Alejandro Zapata, el dueño de casa, irrumpió en el lugar, dando por concluida la diversión e instando imperiosamente a los que quedaban a abandonar su domicilio. Poco a poco, todos se fueron marchando. Solamente tres jóvenes, entre ellos Juan Gabriel, permanecieron en la vereda de la vivienda, tratando de encontrar la forma de trasladarse a sus casas. “No podían llamar para que los recojan porque los celulares de Claudia y Dubby no tenían crédito, y el de Juan estaba sin batería”, relata la madre de Juan Gabriel.

No conforme con haber expulsado de su casa a todos los asistentes, Zapata, a bordo de una Nissan Pathfinder ploma, apareció en la calzada e increpó enérgicamente a los tres muchachos, exigiéndoles que se retiraran de la calle. Uno de ellos le pidió prestado su celular para hacer una llamada. A regañadientes, éste sacó del bolsillo un moderno celular y se los ofreció. Luego, sin ponerse de acuerdo, los jóvenes le pidieron que más bien los acercara hasta un sitio más transitado para conseguir algún medio de transporte. Zapata consintió con desgano, pero los tres amigos no se animaron a subir a su vehículo. En medio de la indecisión de unos y de la intolerancia del otro, Zapata se alejó por unos minutos y volvió trayendo consigo a un guardia de seguridad de la zona, cuya caseta estaba ubicada a unos cien metros del sitio. Hermógenes Condori, el guardia, reiteró la demanda de Zapata, a fin de que los tres jóvenes desalojaran el lugar. Con los ánimos enardecidos, empezó un intercambio de insultos y de amenazas. Enfurecido, Zapata abordó su coche y amenazó con atropellar a Fabricio, que estaba frente al vehículo. Juan Gabriel reaccionó en defensa de su amigo: “Písame a mí, a ver si te atreves”. Y Zapata se atrevió. Retrocedió el coche unos metros y embistió a Juan Gabriel. El impacto lo hizo girar sobre su propio eje. Acto seguido, Zapata volvió a la carga y golpeó por segunda vez al muchacho, que quedó, esta vez, sentado y maltrecho, incapaz de levantarse. El vehículo y su conductor partieron raudamente, sin brindar auxilio. Condori, el guardia, nervioso, trató de acercarse al herido. En los dos años que trabaja como guardia privado en esa zona, era la primera vez que presenciaba algo

así. El intento fue frenado por Fabricio, que lo interpeló por no haber impedido el suceso. Para defenderse, Condori echó mano del gas pimienta, única arma que cargaba encima para proteger y protegerse, y lo roció sobre el rostro de Fabricio. Éste, aturdido, volvió a increparlo. Condori decidió, entonces, huir, seguido del muchacho, con dirección a su caseta. La furia de Fabricio le impidió cobijarse en el estrecho cubículo y lo obligó a retroceder dos cuadras más, en busca de otro guardia de seguridad que pudiera ayudarlo.

Claudia, que a todo esto trataba de apaciguar las cosas, estaba completamente confundida y atemorizada. Por unos instantes, vio que Juan Gabriel escupía algo y se aterró. Corrió a llamar a Fabricio para ayudar a Juan Gabriel y alejarse de allí. Anduvo cerca a 200 metros, tras su amigo y el guardia que estaban enfrascados en una reyerta. En su enloquecido trayecto, Claudia perdió la visibilidad del lugar donde se encontraba su compañero herido. Sus intentos por pacificar a Fabricio fueron inútiles. Nerviosa, decidió volver en busca de Juan Gabriel. Habían pasado aproximadamente 10 minutos. No lo encontró. En la calle, vacía, sólo quedaba uno de los zapatos de su amigo.

Desaparición y desesperación

El pánico y la desesperación se apoderaron de la situación. Claudia recorrió el lugar varias veces, gritando el nombre del amigo desaparecido. No entendía nada. Quizá el señor que lo había atropellado se lo había llevado para curarlo. O quizá no. ¿Dónde estaba? Presa del *shock*, regresó una vez más por Fabricio. Una llamada de la madre de éste y el anuncio de la llegada de su padre para recogerlos le devolvieron el alma al cuerpo. También aliviado, Hermógenes Condori volvió a su caseta y sólo se defendió ante la llamada de atención del padre por echar gas pimienta al muchacho.

Fabricio, Claudia y su padre, con algo más de orden, continuaron el rastreo a bordo de un taxi, cuadras arriba y abajo. Todo fue en vano: Juan Gabriel había desaparecido. Incapaces de encontrar una solución, ordenaron al chofer que los llevara con dirección a Achumani. Casi una hora más tarde, alrededor de las cuatro de la mañana, por el mismo lugar por donde habían transitado, apareció el cuerpo sin vida y destrozado de Juan Gabriel. La policía de la zona Sur hizo el levantamiento del cadáver en el puente de ingreso a Koani, aproximadamente cuatro cuadras hacia abajo del lugar donde los testigos dijeron que se produjo el atropello. Conducía hacia el sitio un rastro inconfundible de sangre: Juan Gabriel había sido arrastrado por un vehículo.

Con los primeros rayos de la mañana del 12 de septiembre, el cuerpo de Juan Gabriel ingresó a la morgue. El primer informe señala: “muerte en accidente de tránsito. Sexo masculino, edad 20 a 25 años”. Tenía 18.

En Bolivia, todos los días muere al menos una persona en accidentes de tránsito. El mal estado de las carreteras y de los vehículos, y el consumo de alcohol son las principales causas. La relación entre el alcohol y la inseguridad vial no sorprende, al punto que muchas veces los familiares de las víctimas no llegan a indagar las razones que subyacen detrás de esos decesos; como máximo esperan una indemnización.

La impotencia y la furia

La búsqueda de Juan Gabriel no tuvo tregua. Los amigos que lo acompañaban no dejaron de llamar a su celular, que daba desconectado. Luego, optaron por telefonar a su casa y a otros amigos, para finalmente preguntar en clínicas y en hospitales. Nada ni nadie daba indicios de él. Entonces, alguien sugirió la morgue. Celita Capobianco y Marjorie Guillén, amigas cercanas y compañeras de curso, fueron las que se dirigieron allí. Desfigurado, casi irreconocible, el cuerpo sin vida de Juan Gabriel esperaba. Su asesinato estaba consumado. Empezaba la crónica de ira e impotencia de su familia y de sus amigos ¿Qué había pasado realmente? ¿Cómo desapareció todo vestigio de él por unas horas para luego ser encontrado en el puente de Koani? ¿Dónde estaba Alejandro Zapata? ¿Fue él quien lo arrastró hasta allí después de atropellarlo?

Juan Despot acababa de despedir a su hija y se disponía a viajar a Cochabamba para atender asuntos de trabajo cuando recibió la llamada de una amiga. A la sorpresa sobrevino el horror: su hijo estaba perdido. Recordó que la noche anterior lo había llamado y que no recibió respuesta. En ese momento, sereno, dedujo que estaba en la fiesta y que no escuchaba el timbre del celular. Ahora, la sensación era distinta: no necesitó oír más, sabía que no lo volvería a ver con vida y una oleada de furia se apoderó de él. Tomó el primer vuelo de retorno a La Paz. Cerca al mediodía, cuando llegó, su hijo —que fue trasladado de la morgue por sus amigos— estaba siendo velado en la capilla del Cementerio Jardín.

Luly, la madre, vivió ese calvario a su manera. La intuición de una madre es persistente y el anuncio de la desaparición de tres adolescentes unos días atrás la había impresionado. Todos los días, las noticias sobre el aumento de la criminalidad y de los peligros que corren los jóvenes en la calle martillaban su tranquilidad. Se lo había dicho muchas veces, pero él siempre la tranquilizaba con un beso: “Yo me porto bien, mami”. Recuerda haberlo buscado desde temprano en el domicilio de su padre. La empleada de la casa le anunció que Juan Gabriel seguramente había

salido a la universidad y que retornaría al mediodía. La mujer trató de comunicarse por el celular y tampoco tuvo respuesta. Después de varias horas de insistencia, le informaron que su hijo había sufrido un accidente. Para Luly, una mujer menuda y frágil, la noticia fue devastadora. Cuando finalmente pudo encontrarse con su hijo, el sufrimiento había invadido por completo, como una tormenta brutal y eterna, su rostro y su cuerpo. Durante las más de 30 horas que el muchacho fue velado, ella no se movió de su lado. Hasta hoy, encarna una viva imagen de La Dolorosa.

Tiempo que pasa, verdad que huye

Poco después del medio día, el Sargento José Limachi recibió la denuncia de la muerte de Juan Gabriel Despot con la naturalidad de alguien que ha visto cosas peores. La zona Sur de La Paz es más bien tranquila. Otra cosa es en El Alto, donde prestó sus servicios por unos meses: allí, cada día se reporta un promedio de cinco crímenes y funcionan más de 10 pandillas juveniles que siembran el pánico en la extendida ciudad. Apuntó los detalles en una hoja que luego fue engrapada al informe emitido en la morgue, al ingreso del cadáver.

En medio de la conmoción y de las decenas, tal vez centenas, de personas que peregrinaron hasta el velatorio, la familia apenas podía pensar en cómo agilizar las cosas. Juan, el padre, recuerda conmovido las expresiones de solidaridad: la muerte de Juan Gabriel estaba siendo interpretada socialmente como un símbolo de la inseguridad y del miedo que viven miles de ciudadanos en la ciudad de La Paz ante la creciente criminalidad. En las principales ciudades del país, en los últimos años, la inseguridad causa más víctimas que el sida. Pero, miedo de muchos, consuelo de tontos.

Don Juan sólo quería justicia por el caso de su hijo. No podía suponer, entonces, que ésta sería tan esquiva. Limachi, el Investigador de Oficio asignado al caso, el sábado por la tarde, luego de almorzar tranquilamente, emitió un Informe de Investigación Preliminar dirigido al Fiscal Adjunto del Organismo Operativo de Tránsito de la zona Sur, explicando que el caso 2295/09, de “atropello con muerte (...) se encuentra en proceso de investigación”. Ese informe demoró hasta el lunes 14 de septiembre en ser recibido por la Fiscalía de Distrito (del Ministerio Público). Sólo entonces, el Fiscal Félix Ugarte decidió iniciar las investigaciones formales, emitiendo un Informe de Inicio de Investigaciones al Juez de Instrucción en lo Penal Cautelar e instruyendo a la Policía a proceder con las pesquisas. El mandato del Nuevo Código de Procedimiento Penal, que instruye “la celeridad en las investigaciones”, fue, una vez más, ignorado.

Cumplidas ésas y otras formalidades administrativas, se procedió al levantamiento de pruebas: Claudia Aguirre, Fabricio Gumucio y Hermógenes Condori, los tres testigos de los hechos, contaron oficialmente su historia el martes 15 de septiembre, tres días después de la muerte de Juan Gabriel. Fueron declaraciones escuetas, en las que, detalles más o detalles menos, los testigos coincidieron en los siguientes aspectos: Juan Gabriel Despot fue atropellado dos veces consecutivas por el conductor de una Nissan Pathfinder. El conductor del vehículo con placa 2160 PHU era Alejandro Zapata, tío del organizador de una fiesta a la que acudieron los testigos y la víctima. El conductor del vehículo se dio a la fuga luego de consumir el delito. Después del atropello, la víctima desapareció del lugar.

La claridad con la que los testigos identificaron al agresor no fue suficiente para apurar las indagaciones. El 24 de septiembre, 12 días después de la muerte de Juan Gabriel Despot, un nuevo Fiscal asignado al caso, Franklyn Aguilar, de la Fiscalía de Distrito de la zona Sur, emitió un requerimiento al Comandante del Organismo Operativo de Tránsito para que “se realice un examen forense, se cite a los testigos para recabar declaraciones informativas ampliatorias, se envíe al investigador asignado al caso al lugar de los hechos para la verificación fotográfica y planimétrica, se proceda al secuestro del vehículo, se recaude la información pertinente sobre el mismo y se expida un mandamiento de aprehensión contra Alejandro Zapata”.

Fueron casi dos semanas perdidas. Entretanto, muy distante de esa burocracia e impasibilidad, los integrantes de la familia Despot buscaban asideros para las infinitas interrogantes que los asaltaban en un eterno insomnio: ¿Cómo entender que no se hayan tomado declaraciones inmediatas a todos los acusados? ¿Es entendible que el vehículo implicado haya sido examinado con tanto retraso? ¿Por qué no se interrogó al acusado? ¿Por qué no se realizó una autopsia de inmediato, en vez de una necropsia, como terminó sucediendo? ¿Por qué no se hicieron pruebas de alcoholemia y de drogas a todos los involucrados para determinar el contexto en el que se produjeron los hechos? ¿Por qué no se contrastaron los testimonios para advertir algunas imprecisiones? ¿Y por qué, finalmente, no se investigó entre los vecinos qué pudieron haber visto u oído algo?

A mediados de noviembre, mientras apuntaba en un cuaderno estas preguntas y algunos otros datos que le dieron los periodistas, el Subcomandante del Organismo Operativo de Tránsito de la zona Sur, coronel Franz Gonzales, comentaba resignado: “En la Fiscalía tienen un montón de casos y van postergando su revisión. Nosotros estamos con las manos atadas, no podemos actuar sin que la Fiscalía nos lo autorice. Es decir, no son sólo nuestras limitaciones materiales (...) Tampoco se valora el hecho que es la Policía la que tiene la experiencia para manejar estos casos. Ellos son abogados. Sin embargo, la gente nos reclama solamente a nosotros...”.

Alejandro Zapata fue detenido el 26 de septiembre, 14 días después del hecho. Sin embargo, la audiencia preliminar en la que se determinó su detención preventiva fue demorada hasta el 6 de octubre, 24 días más tarde de ocurrido el incidente. Previamente, la defensa recusó a seis jueces.

Norma Espejo, la abogada de la familia Despot, también expresó en su voz y en su rostro el cansancio de los trajines sin éxito de sus diligencias judiciales: “Estamos trabajando para apurar el proceso (...) Hay que lidiar con la parte del acusado, que hace todo para entorpecer y demorar las cosas, y con los tiempos y ritmos de la Fiscalía, que también demora, pero tenemos fe en que se va a proceder a un juicio justo”.

En su declaración, Zapata argumentó que se enfureció y atropelló de forma “leve” a Juan Gabriel Despot como resultado de la provocación que sufrió de parte de los muchachos. Su intención, dijo, era sólo asustarlo y obligar a todos a volver a sus casas. No explicó por qué no prestó auxilio al muchacho e insistió en que él no le ocasionó la muerte, sino algún otro vehículo que tendría que haber pasado posteriormente por el lugar. El acusado sostuvo que, con posterioridad al hecho, guardó su vehículo y no supo más del asunto.

Según el reconocimiento médico legal del cadáver, efectuado el 17 de septiembre por el Instituto de Investigaciones Forenses, Juan Gabriel murió de hemorragia aguda y politraumatismo. No obstante, 10 días después, se realizó una necropsia, cuyo informe aún no se conoce, pero que, según la familia, habría determinado que el joven murió antes de ser arrastrado, ya que su cuerpo no presentó señales de agonía. No se sabe mucho más.

Hasta diciembre, Alejandro Zapata continuaba detenido y la reconstrucción de los hechos, de la cual debe surgir la imputación formal al acusado, de parte de la Fiscalía, se posterga semana tras semana. Limachi, el investigador, no está más. Jaime Arias es el nuevo investigador y está a cargo del caso. Se toma las cosas con calma: el Fiscal no decide aún si el caso 2295/09 debe ser considerado un accidente de tránsito o un homicidio.

Culpable sin causa

Alejandro Zapata es un hombre menudo, delgado, de buena familia y de buena clase. Al comparecer ante el Juez, se mostró tranquilo, aunque era fácil advertir en él la contrariedad. No era para menos. A principios de septiembre, era un ingeniero próspero que trabajaba en una empresa minera, con un buen salario; vivía con su hija de 10 años y con su segunda esposa. A pocos días de su detención, su esposa

salió a la palestra a denunciar la injusticia de la que supuestamente era objeto su esposo. La mujer argumentó largamente sobre la reacción de su marido y afirmó que “reaccionó como cualquiera lo haría ante un grupo de muchachos rebeldes”. “Se enojó, pero no asesinó”, sostuvo enfáticamente.

Sin embargo, la misma borrasca que cubre el curso de esta investigación se cierne sobre algunos detalles de la vida de Zapata. Él tiene la custodia de su hija porque la madre de la niña está internada en un centro psiquiátrico. Se especula sobre la violencia con la que él trataba a su primera esposa y el impacto que ese trato tuvo en la salud mental de la mujer. Nada está comprobado, pero pareciera que no es la primera vez que tiene una actitud de abuso.

La tranquilidad con la que Zapata cuenta cómo se retiró a dormir luego de haber atropellado “levemente” a un ser humano siembra mayores interrogantes sobre su personalidad. Al igual que el hecho de que después de difundida la noticia de la muerte de Juan Gabriel Despot por todos los medios de comunicación esperara una orden de aprehensión para prestar su declaración.

¿Es posible perder los estribos y no recuperarlos para ver los daños colaterales? Puede que sí, como también es probable que el recurso de la violencia se instituya en una persona al punto de hacerle presumir que no es responsable de sus actos. Atropellar a alguien es una forma de imponerse. Para Guiomar Bejarano, experta en psicología forense, es imposible establecer científicamente el perfil del agresor sin tener acceso a su declaración ampliada y a un informe de evaluación psicológica. Bejarano también sostiene que, en general, reacciones como las que se describe que tuvo Alejandro Zapata la madrugada del 12 de septiembre son producto de un “corto circuito” o de un estímulo causado por razones adicionales que desestructuran la personalidad y pueden llevar a reacciones violentas inesperadas. Según Bejarano, podría tratarse de un perfil psicótico o esquizofrénico, pero es imposible determinar esas condiciones sin las pruebas pertinentes, sin que, al menos, se haya efectuado una prueba de alcoholemia oportuna al acusado.

En el caso de Juan Gabriel Despot, existen más conjeturas que certidumbres. A ello se añade que, en Bolivia, la justicia y las leyes se sientan en el banquillo de los acusados antes que los criminales. La crisis institucional que vive el Sistema Judicial por su enfrentamiento con el Poder Ejecutivo no sólo cuestiona el principio democrático de la separación de poderes, sino que ha debilitado aún más a sus órganos y a sus representantes, haciendo que la impunidad —con dinero— y la vulneración de los derechos —para los pobres— sean tan comunes que el propio Presidente de la República habla de profundas reformas “que acaben con el poder judicial”.

También existen embrollos logísticos: con la aprobación del Nuevo Código de Procedimiento Penal (1999), se instituyó el papel del Ministerio Público, que representa a la sociedad en los procesos judiciales. Éste, por medio de los fiscales, recibe las denuncias de los ciudadanos ante la comisión de un delito y decide si deben o no ser atendidas por el Poder Judicial, para lo cual asume la investigación del caso. La Policía está obligada a cumplir sus órdenes, por lo que sólo actúa cuando la Fiscalía lo determina.

El Nuevo Código de Procedimiento Penal reconoce el papel del Ministerio Público, pero no señala la obligatoriedad de éste para brindar atención oportuna, respetuosa y eficaz a las denuncias que recibe de los ciudadanos. En consecuencia, y como resultado de un Sistema Judicial corrupto e ineficiente, en Bolivia, los fiscales, de acuerdo con su fama y su prestigio —lo que no quiere decir, precisamente, eficiencia y servicio—, van acumulando casos que, muchas veces, no tienen tiempo —o interés— de atender. Los fiscales más “famosos” se hacen cargo de los casos más bullados; los otros casos, los que no ofrecen mucho atractivo o se muestran muy “complicados”, como el de Juan Gabriel Despot, no resultan apetecibles.

A principios de noviembre, como parte del sismo judicial, el fiscal interino del Distrito de La Paz, Fernando Ganam, anunció que al menos 10 fiscales serían removidos de sus cargos, acusados de corrupción, uso de poder, tráfico de influencias y encubrimiento. Y así como la calidad de esos operadores de la justicia es parte ya de la personalidad nacional, también se sabe que las diferentes etapas procedimentales que preceden a una sentencia ejecutoriada no sólo pueden demorar años —si es que concluyen—, sino que están sujetas a coimas que, por un lado, agilizan su realización y, por el otro, pueden determinar su contenido o tenor. Es una verdad de Perogrullo que cuando se enfrenta un caso en el que los involucrados son, como es habitual, personas de escasos recursos, los fiscales apuran la imputación, aunque dejen inconcluso el proceso. Por ello, las cárceles bolivianas están repletas de gente sin recursos; víctima, además, de la retardación de justicia. Siete de cada 10 presos —73% de la población carcelaria— no tiene proceso y la gran parte de ellos son pobres.

El caso de Juan Gabriel Despot tiene la particularidad de involucrar a dos familias de clase media acomodada, con recursos suficientes como para hacer interesante la pugna por el favor de los fiscales, los policías y los investigadores. Ese hecho le da mayor notoriedad al caso y genera una importante presión social: el día de la audiencia precautelada, las instalaciones del juzgado estaban colmadas por cerca de 200 personas, casi todas jóvenes, que llevando en la cara un retrato del rostro de Juan Gabriel Despot clamaban por justicia. No obstante, a pesar de que este caso no es el de una muerte como la de los otros, su importancia sólo dio para titular de prensa por unos días y, una vez eludido el impacto mediático, el Ministerio Público sigue actuando como acostumbra.

Resignación con justicia

Mientras un temblor doloroso e incontenible se ha hecho parte de la expresión de Luly Belmonte, la madre, Juan Despot, el padre, intenta mantener el aplomo en medio de un dolor que permanentemente le humedece los ojos. El puñal ha sido clavado y cada cual, a su manera, enfrenta la herida. Tenían un hijo sano y apuesto, con un futuro prometedor... La madre, que carga con ella un álbum de fotos en las que su hijo luce imponente y sonriente, recuerda permanentemente las actitudes y las frases de Juan Gabriel. "Era el que todo lo solucionaba, para él no había pelea sin reconciliación", comenta la madre, "le decían el pacificador". Como si se pusiera de acuerdo, el padre también recuerda la misma faceta del joven. "Yo era lo opuesto, cuando era joven no me tenían que buscar dos veces para irme a los puños", dice. "Mi hijo, por el contrario, pensaba que hablando todo es mejor".

Llevan más de 15 años separados, sin embargo, el dolor los lleva a coincidir: "Nada nos devolverá a nuestro hijo; no queremos venganza, pero sí justicia." Han desplegado todos los esfuerzos para encontrar alivio en la verdad y afirman que no descansarán hasta que la justicia emita su dictamen que, de ser imparcial, podría requerir la pena máxima de 30 años para el iracundo asesino. Saben que tienen enfrente a una persona con poder y recursos, pero confían en que los jueces y los fiscales harán, finalmente, su trabajo.

Los amigos de Juan Gabriel, sus padres y centenares de personas también están movilizados. No sólo aportan en las investigaciones haciendo de detectives y recabando datos que orienten en el caso, sino que han conformado un grupo en la red social, que cuenta con casi dos mil miembros, en el que se informa sobre el estado del caso y se llama a orar por justicia. "Haremos control social, es nuestra responsabilidad. Ya no podemos hacer nada para que Juan Gabriel esté de nuevo con nosotros, pero sí podemos, entre todos, y en su memoria, hacer algo para que la tragedia no se repita", sostiene Leticia Sainz de Capobianco, madre de una de las mejores amigas del joven y activista decidida de la causa. "Estaremos haciendo vigilia en cada audiencia hasta que se dicte sentencia. Hemos visto a la familia de Zapata con maletas en la mano y pasmosa tranquilidad. Por eso, suponemos que si se le otorga la fianza ya no se podrá hacer el juicio que corresponde", añade.

Como para darle razón, a pocos días de la muerte de Juan Gabriel Despot, la corrupción judicial se destapó, una vez más, después de que el ex juez militar Jorge Arteaga Maldonado matara al asesino de su hijo. El 1 de octubre de 2009, Arteaga, abogado y militar jubilado de 56 años, le dio ocho disparos en una vía pública a Jorge Guzmán, que asesinó hace dos años a su hijo Álex, de 27 años. Durante muchos años, Arteaga, ex Vocal del Tribunal Supremo de Justicia Militar, destacó ante periodistas que en esa instancia no había retardación de justicia ni se permitían

“chicanerías” entre los abogados. Sin embargo, no pudo tolerar el largo proceso judicial contra el asesino de su hijo ni el fallo de la Fiscal Lilian Ferrufino, que cambió el tipo de delito de homicidio a lesión seguida de muerte, a fin de evitar una sentencia de 18 años para el asesino.

“La justicia cojea, pero llega”, dice el adagio popular. Con todo, en el caso boliviano, siempre quedan interrogantes. La vida de Juan Gabriel terminó en la vía, donde muchas cosas pasan, pero muy pocas se recuerdan; allí donde la ley del más fuerte se sigue imponiendo.

La Paz, 1 de diciembre de 2009

MÁS VALE MUERTO QUE VIVO

El comercio de cadáveres se ha convertido en un negocio tenebroso, pues aquellos muertos que no son reclamados pasan a ser mercancía de libre oferta y demanda. A continuación, le contamos la historia del Choco, uno de tantos miles de indigentes olvidados, que, gracias a que su cadáver no fue reclamado, se convirtió en parte de un mercadeo y, además, objeto de estudio de jóvenes aspirantes a médicos.

ALEJANDRA Arrien del Carpio
alejandraarrien@hotmail.com

Alejandra Arrien nació el 16 de enero de 1983. Obtuvo el grado de bachiller en humanidades en el Colegio Nuestra Señora de Itatí, en noviembre de 2000, en la ciudad de La Paz, Bolivia. Egresó de la carrera de Comunicación Social de la Universidad Mayor de San Andrés, también de la Sede de Gobierno de Bolivia, el año 2006. Desde entonces se desempeñó como periodista. Trabajó como redactora del área de sociedad del periódico *La Razón*, del 2006 al 2010 y actualmente realiza trabajos de consultoría en comunicación independientes.

El único que pagó por él fue el rector de una universidad de Cochabamba. Pagó 1.200 bolivianos —alrededor de 170 dólares—. El Choco, el indigente, nunca vio tanto dinero junto. Él sabía que vivo no valía ni un centavo; muerto, hasta 170 dólares. Lo confirmaba cada vez que intentaba acercarse a alguien para pedir dinero, porque al verlo la gente cruzaba la calle y huía despavorida. “Sólo quiero 50 centavitos para mi jale”, decía él, arrastrando su voz alcoholizada que no le ayudaba en su propaganda. “Es que todos me ven como lo que soy, un monstruo”, pensaba.

Los callejeros con los que compartía la vida le decían el Choco, como se les dice a los rubios y de piel blanca en Bolivia. Al Choquito, como lo llamaban sus cuates, nunca se le pasó por la mente que luego de estirar la pata su cadáver sería vendido en 170 dólares. Es más, señores, nunca vio uno de los verdes... Sus mejores amigos eran el alcohol y la clefa, porque le quitaban el hambre y la sed, no sólo de pan y de agua, sino de las ganas de ser alguien en la vida. La clefa es una sustancia adherente con propiedades adormecedoras. Esa experiencia lo consumió más rápido que un hielo en una taza de café hirviendo.

Una noche, el Choco se durmió en el lugar acostumbrado, en inmediaciones de la avenida Busch, en la fría zona paceña de Miraflores. Ese lugar se había convertido poco antes en su nuevo paradero, luego de que la Policía lo echara —junto con sus amigos— de la avenida del Poeta, en el centro de la ciudad. Bueno, de poeta poco tenía aquel sitio. Hace alrededor de cuatro años, en ese lugar, hallaron a un par de chicas que habían sido violadas. ¿Y quiénes eran los principales sospechosos? Pues los cleferos o pirañas, como les dicen en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, o polillas, como los denominan en la ciudad de Cochabamba. Mejor dicho, el Choco no había nacido para poeta, sino para muerto. La avenida Busch se caracteriza por tener árboles frondosos, con copas altas y pobladas que fungen como techo para los vagabundos, comúnmente conocidos como cleferos. Nada más que la clefa les quita la sensibilidad en la piel. Sólo así aguantan la lluvia y ese maldito viento helado de cada madrugada.

Uno de los amigos del Choco contó que éste pedía limosna y comida en las tiendas, en los restaurantes y a la gente de a pie que transitaba por el lugar. Incluso mencionó que el Choco trataba de ingresar a un supermercado que está sobre la misma avenida para conseguir alimentos y superar el día.

En la ciudad de La Paz, los cleferos están asentados en al menos siete sectores: en inmediaciones de la Cancha Zapata —Mercado “La Bolita”—, en la Costanera —frente al Club Los Sargentos—, en la calle Belisario Salinas, en el parque Triangular, en la avenida Simón Bolívar, en la avenida Argentina y en el bosquecillo de Pura Pura —al Norte de la ciudad—. Se prevé que son más de 600 deambulando por las calles.

Cambio vida por clefa...

Los cleferos son el grupo de población indigente que más atemoriza a los ciudadanos. Es cierto que cuando una persona se topa en la calle con un grupo de ellos escapa y, por Dios, se muere de miedo. Pasa que el aspecto que tienen es impresionante. Caminan entre varios, con los rostros deformados e hinchados por el vicio y por los golpes que se propinan entre sí. Sus rostros sólo tienen cicatrices. La gente cruza las aceras para evitar el contacto directo con ellos, por temor a que saquen un cuchillo y los maten alucinados por el químico.

“La gente de a pie no sólo le tiene miedo a los cleferos, como son denominados los adictos a la clefa; les tienen pavor porque nos dan la sensación de que ya no tienen nada que perder. Entonces, asumimos que si no cumplimos con su deseo de darles unas monedas pueden acuchillarnos, matarnos o violarnos, porque ya no conocen los límites morales ni éticos que tiene la humanidad”, explicó la psicóloga Patricia Gutiérrez.

Y eso sí da para historias. Un Capitán de la Fuerza Especial de Lucha Contra el Crimen (FELCC) contó hace poco, en un informativo de la televisión, que un clefero, luego de acuchillar 30 veces a una mujer, porque se resistió a entregarle el celular que quería robarle, declaró ante la Fiscalía que había ingerido una mezcla de clefa, alcohol y un poco de pasta base de cocaína que había conseguido de un amigo. En el interrogatorio del investigador, solamente repetía: “No me recuerdo nada señor, pasado estaba”. Pero la droga más habitual entre esa gente es un pegamento conocido como clefa. Cuando una persona lo inhala por más de tres segundos, la primera sensación es la de no poder respirar inmediatamente: “Es una sensación muy intensa”, contó el amigo del Choco, Rambito, un niño de 10 años que parece de 15. Le dicen Rambito porque su cuerpo está lleno de heridas y de cicatrices.

Cuando se inhala clefa, los primeros segundos son terribles. Duele todo y no se puede respirar. Después de un tiempo mínimo, se puede exhalar y los pulmones se vuelven a llenar de aire. El mismo Rambito muestra el frasco de clefa que vacía sobre la manga de su chompa, hecha harapos, y explica que en ese momento, si eres un consumidor primerizo, se siente un intenso dolor de cabeza, localizado principalmente en las sienas, en ambas regiones laterales de la cabeza. Eso pasa cuando uno no está acostumbrado. Luego viene una sensación de mareo y de desubicación total, que hace olvidar el hambre, la sed, el frío, la pena... Uno parece estar sonriendo y la percepción del entorno se vuelve lenta; todo movimiento y el andar de la gente parecen en cámara lenta y, al mismo tiempo, se siente una sensación de calor y algo de euforia que a los pocos segundos pasa. Mientras más se inhala la clefa, el calor pasa, se empieza a sentir bastante cansancio, confusión, mareo y sueño, se pierde la sensibilidad y, en algunos casos, la conciencia. Ese

efecto puede prolongarse y durar varias horas hasta que, inevitablemente, la persona que inhala se duerme para despertar después más tranquila.

Según información del Centro Intraid, de rehabilitación de personas adictas, las drogas más consumidas en Bolivia son el alcohol y el tabaco, entre las legales, y la marihuana, entre las ilegales, seguida de los inhalantes —como la clefa— y de la cocaína en sus distintas variantes —pasta base y clorhidrato de cocaína—. Los datos muestran que el consumo de alcohol y de tabaco es más alto en el departamento de Oruro, con 60,62%. En porcentaje, le siguen la ciudad de Montero, en el departamento de Santa Cruz, con 57,34%; La Paz, con 29,15%; y Potosí, con 27,11%.

La última noche de su vida, el Choco durmió calientito

Paola Arroyo es una vecina de la avenida Busch. Cada noche, al volver de la universidad, debe llamar a su papá para que la espere en la esquina, porque por ahí rondan los cleferos que en más de una oportunidad intentaron robarle. “Ya es imposible salir sola y lo peor es que da igual si es de noche o de día, porque están constantemente por acá, tomando y drogándose. Lo peor de todo es que andan con perros y con sus bebés en la espalda, a los que también les hacen inhalar para que no lloren de hambre”, dijo Paola.

Esa noche, pese al clima, el Choco pudo dormir calientito. Y fue así porque nunca más se despertaría. Al amanecer, no se levantó y ninguno de sus amigos se percató de ello. Sin embargo, para los vecinos de la zona fue imposible no darse cuenta de que había un clefero muerto en plena vía pública. Los “afectados” por aquella situación llamaron a Radio Patrullas 110.

Una hora después, con la conocida rapidez de la Policía boliviana, teniendo en cuenta que si se trata de una emergencia llegan una hora más tarde, un vehículo, con sirena y dos efectivos llegó al lugar. Los oficiales hicieron el levantamiento legal del cadáver y lo trasladaron al complejo hospitalario ubicado en el mismo barrio de Miraflores, a pocas cuadras de la avenida Busch. En el hospital, metieron al Choco a un cuarto de aproximadamente 10 metros cuadrados. Los muros del lugar están hechos de calaminas pintadas de distintos colores y el techo tiene un espacio abierto: es la ventilación. Ese lugar, oscuro y más parecido a una locación de una película de miedo o a la casa del terror de un parque de diversiones, recibe el nombre de morgue. Ahí estaban apilados al menos 15 cadáveres más. Algunos, con más suerte, estaban cubiertos con una bolsa plástica roja, mientras que otros estaban desnudos, para evitar el mal olor.

En cuanto el Choco llegó a la morgue, su ropa fue lo primero que echaron a la basura, pues despedía un olor nauseabundo. Lucía hinchado. Estaba con los ojos

cerrados. Extrañamente, parecía que estaba simplemente dormido e incluso daba la impresión de que soñaba bonito, porque sus labios dibujaban una mueca similar a una sonrisa. Sus brazos estaban tiesos, pegados a sus caderas.

Su fiel amigo Rambito fue el primero en extrañarlo. Cuando se percató de que ya no estaba con el grupo, un frío recorrió su cuerpo. “Ya se nos fue”, pensó. Y estaba en lo correcto. No dudó ni un segundo y corrió al encuentro de su amigo... en la morgue.

La morgue del Hospital de Clínicas recibe al menos un cadáver por día. Es decir, al mes, apilan entre 30 y 35 cadáveres, aunque vale aclarar que son los no identificados (NN) o los que nadie reclama, por alguna extraña razón. En esa morgue están sólo los NN. Allí, casi todos son indigentes o cleferos... O indigentes y, además, cleferos, que al final da igual. Un olor fétido sale del lugar, tanto así que, en más de una ocasión, provocó que funcionarias del Instituto Nacional de Laboratorios en Salud (Inlasa), institución colindante, se desmayaran. Los “nadies” ofenden a la sociedad del bien.

Los cadáveres son de la Fiscalía no del hospital

El Choco permaneció ahí por más de 20 días. De vez en cuando, don Pedro, el encargado de la morgue, le inyectaba un poco de formol, para evitar que su cuerpo entrara en estado de putrefacción y despidiera peores olores. “Ya no dan pena. Todos los días se reciben cadáveres de personas que no tienen a nadie. Antes los dejaban uno sobre otro en la puerta del hospital, y de emergencia construimos este cuartito, para meterlos ahí y que no asusten a los pacientes que vienen a hacerse revisar”, contó don Pedro.

Eduardo Chávez, Director del Hospital de Clínicas, contó que “esos cadáveres pertenecen a la Fiscalía, no al Hospital. Nosotros les hacemos el favor de guardarlos hasta que les den santa sepultura en una fosa común o hasta que los estudiantes de la Facultad de Medicina los pidan para hacer sus estudios”. Y fue eso lo que precisamente sucedió. El Rector de una universidad de Cochabamba pidió a Chávez que por favor le permitiera comprar unos cuantos cadáveres para que los futuros médicos realicen sus prácticas. Uno de los cuerpos vendidos fue el del Choco. El Rector de la Casa Superior de Estudios pagó 1.200 bolivianos por él, equivalentes a 170 dólares, aproximadamente.

El Choco se debió retorcer en su tumba. Nunca se imaginó, en vida, que alguien pagaría tanto por él, pero tanto dinero. Y eso no fue todo, su cadáver fue trasladado hasta la ciudad de Cochabamba, así que viajó y sin pagar boleto y sin la necesidad de inhalar clefa.

Hace como 10 años, un ex Ministro de Salud emitió una Resolución Ministerial que determinaba, entre otras cosas, que los hospitales tenían la obligación de dar cadáveres a las facultades de medicina de las universidades públicas del país, para que los futuros galenos puedan realizar sus prácticas. En cuanto a la venta de cadáveres, eso ya está en duda. Aunque no esté estipulado, muchos hospitales venden cadáveres a las universidades privadas del país, sin que exista una disposición expresa para ello.

La partida

Por encargo del jefe, a don Pedro le tocó limpiar al Choco para su viaje. Lo hizo de muy mala gana, porque la orden llegó poco antes de la hora de salida y él, además, sólo era el vigilante. Mientras aumentaba la presión de la manguera, pensaba que quitarle el mal olor iba a ser una “misión imposible”: “Qué pensará este doctor. Yo, sin sus años de estudio, sé que este cuerpo está repodrido. Ni un milagro hará que no apeste. ¿Cómo lo trasladarán? No quisiera estar en las narices del chofer que lo lleve”. Cuando llegó la ambulancia para transportar al Choquito hasta Cochabamba, don Pedro se apresuró a entregarlo. Miró al conductor, sonrió y sólo atinó a darle una palmada en el hombro. “Buen viaje hermano”, le dijo mientras se encogía de hombros.

El viaje hasta Cochabamba dura usualmente seis horas. Pero el conductor de la ambulancia lo hizo en cuatro y eso que tuvo que parar dos veces a vomitar. Viajó con las ventanas abiertas, a pesar de que en la cumbre, cuando estaba en el tramo entre Caihuasi y Confital, en el departamento de Oruro, nevaba y hacía un frío del demonio. No importó, hasta el frío era más grato que el olor que despedía el Choquito. La ambulancia llegó a Cochabamba. Había concluido el primer viaje que el Choco realizó desde que tenía uso de razón, pero ya estaba muerto, así que seguramente su alma, si es que acompañó a su cuerpo, lo disfrutó plenamente.

Alguna vez, cuando caminaba con sus compañeros, el Choco le contó al Rambito que su mamá, que llegó de su pueblo a La Paz, se embarazó y murió durante su nacimiento. Era de Punata, una población rural del departamento de Cochabamba que tiene fama porque muchos de los lugareños, e incluso los burros, son rubios y de ojos verdes. “Por eso soy choco hermano”, decía el Choco, “aunque la pelé con los ojitos”.

Vaya que la muerte le trajo sorpresas a este hombre. ¡Ni qué hacer! Su cadáver llegó a la universidad de Cochabamba, lo refrigeraron y, pocos días después, lo cortaron para que los estudiantes analizaran sus órganos. El Choco vale más frío que vivo, ¡sí señor! Y eso se aplica a muchos bolivianos, los más pobres, que corresponden a 37,70% de nueve millones de ciudadanos bolivianos.

La Paz, 1 de diciembre de 2009

AMORES QUE MATAN

“¡Has querido hombre, ahora tienes que aguantarte!”, son las palabras que cambiaron la vida de Paulina y de muchas mujeres que escuchan esa frase que se repite de generación en generación. En pleno siglo XXI, siete de cada 10 mujeres sufren maltrato en el mundo. La violencia intrafamiliar es una historia sin fin.

ANAHÍ Cazas Álvarez
anahicazas@hotmail.com

Egresada de la Carrera de Ciencias de la Comunicación Social de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) el año 2008. Ganadora del tercer lugar en el Concurso de Reportajes “Los Ríos de La Paz”, organizado por el Gobierno Municipal de La Paz (2008). Durante los últimos cuatro años, se desempeñó como redactora de varios periódicos universitarios. Actualmente, es auxiliar de docencia de la materia Taller de Prensa de la UMSA.

Paulina Flores tuvo un sueño intranquilo. Despertó y se dirigió a la cocina. Aprendió a cocinar desde niña y ya casada lo hacía para sus tres hijos y su marido. Ahora, Paulina debe cumplir la primera tarea de las reclusas recién llegadas: preparar el almuerzo para 253 mujeres y 81 niños y niñas que viven encerrados con sus madres en el Centro de Orientación Femenina (COF) ubicado en Obrajes, al sur de la ciudad de La Paz. Paulina está acusada de matar a su esposo.

Paulina sólo tiene un apellido. Recuerda, aunque no quiere hacerlo, que su fotografía se publicó en el periódico *Extra*. Ella y Martín Quispe fueron detenidos por la Fuerza Especial de Lucha Contra el Crimen (FELCC) por el asesinato de Eusebio Limachi Flores. El cadáver fue encontrado por los vecinos la mañana del domingo 4 de octubre en la zona Santo Domingo, cerca de la carretera El Alto-Viacha donde la oscuridad y el polvo predominan.

Antes de morir, Eusebio Limachi Flores festejó su último cumpleaños junto a Paulina. Estaba borracho, como todos los fines de semana. Cuando llegó a su casa, empezó a insultar a su mujer. Sospechaba que ella le era infiel. Luego, inició la golpiza, una y otra vez, hasta cansarse. Horas después, Eusebio dejó de respirar para siempre. La historia de Paulina no es la única. Desde enero hasta octubre de 2009, el *Extra* publicó más de siete casos de mujeres que cometieron o estaban involucradas en homicidios contra sus esposos, parejas o concubinos, en Bolivia. La mayoría fue víctima de violencia intrafamiliar.

Para Paulina Flores, la muerte de Eusebio era el final de los 11 años de casada y el comienzo de algo incierto. "Estoy arrepentida, estaba borracha", dice, y sus lágrimas recorren sus mejillas y el llanto se apodera de ella. "Me pegaba, a patadas y puñetes, me maltrataba... Callada me aguantaba. Me insultaba, siempre me decía: 'sonsa eres'".

Las estadísticas policiales revelan que 90% de los casos de asesinatos son cometidos por hombres. Según el Centro de Información y Desarrollo de la Mujer (CIDEM), en el primer semestre de 2009, sólo en el departamento de La Paz, se registraron 17 asesinatos contra mujeres por violencia intrafamiliar.

Guantes de látex

En el sillón de espera de la Brigada de Protección a la Familia (BPF) de la ciudad de La Paz, una mujer llora. Sujeta con fuerza a su bebé. Se seca las lágrimas. Vuelve a llorar. Una mujer policía le anuncia: "Es su turno, pase por aquí". En esa institución policial, cada día se atienden alrededor de 15 a 20 denuncias por violencia intrafamiliar, pero sólo cuatro o cinco continúan con el proceso de investigación. La mayoría sólo llena las hojas de registro. El nombre de Paulina nunca fue anotado. Ella prefería guardar silencio y no denunciar, tal vez por miedo o por costumbre.

“Si avisas, peor te voy pegar”, le sentenciaba el marido. Ella nunca contaba a nadie que Eusebio la golpeaba. Su madre lo intuía y le gritaba: “¡Has querido hombre, ahora tienes que aguantarte!”. La violencia siempre fue parte de su vida. Ella nunca denunció las agresiones, pues prefería no salir de casa.

En el Instituto de Investigaciones Forenses (IDIF) de la ciudad de La Paz, trabajan siete médicos. El doctor José Teófilo Daza Pérez atiende entre 20 y 30 pacientes por día. El basurero está colmado de guantes de látex desechables. De los pacientes que asisten al IDIF, 60% son mujeres víctimas de violencia intrafamiliar que decidieron contar su historia. Para recibir atención inmediata, se debe pagar el costo de los valores: 30 bolivianos. Las personas de escasos recursos, que son la mayoría, deben solicitar el certificado forense gratuito desde la BPF.

Paulina nunca visitó a un médico, menos a un forense. Siempre utilizaba remedios caseros para curar las heridas que le dejaban los golpes, pero las del alma continuaban en su vida y continúan hoy en el encierro. Para evitar las cicatrices, recurría a la tela de la cáscara de huevo. Muchas veces sus ojos se cerraban por la hinchazón que le causaban los golpes y debía esperar varios días para que los moretones desaparecieran.

Las huellas de la violencia y las lágrimas nunca faltan en la Unidad de Atención y Protección a la Víctima y Testigo del Ministerio Público de la ciudad de La Paz. De cien casos atendidos, 99 son por violencia doméstica y 60% corresponde a mujeres entre 20 y 35 años. La responsable de este servicio gratuito y Fiscal de Materia, Frida Choque de Claros, explica que la violencia intrafamiliar “afecta a personas que han planificado un futuro en pareja y tienen la ilusión de que, aguantando, el marido va a cambiar y se someten al maltrato físico, psicológico y sexual para hacer sostenible un hogar, cuando en realidad lo que están haciendo es ponerse en vulnerabilidad cuando no denuncian”. Cada cifra es parte de una historia dolorosa.

Las estadísticas señalan que cada vez más víctimas se atreven a denunciar a sus agresores. En Bolivia, durante el año 2008, se registraron 53.119 denuncias de violencia intrafamiliar en la Policía, según datos del Instituto Nacional de Estadística (INE). Las agresiones físicas (23.655) y psicológicas (23.664) se incrementan cada año. Sin embargo, la cantidad de mujeres que sufren en silencio, como lo hacía Paulina, es desconocida.

Desterradas

Los primeros días en el COF son difíciles. Paulina no recuerda la hora exacta de su ingreso. “Lo primero que piensas al entrar es cuándo vas a salir”, explica Charo,

que prefiere ser olvidada junto al crimen que cometió. Está detenida por la Ley 1008 de Régimen de Sustancias Controladas y hace dos años que nadie la visita. Vive en la cárcel con sus dos hijos y nada más. En unas horas, tendrá una audiencia. Necesita seis bolivianos para pagar el transporte de ella y del custodio. Sin ese dinero perderá la oportunidad de tener una sentencia.

“Aquí en la cárcel hay varias mujeres que están por matar a sus maridos, que las golpeaban y las maltrataban”, dice Charo. Se refiriere a cinco de sus compañeras y en especial a la nueva: Paulina. Las cárceles son rincones olvidados y discriminados por la sociedad y por el Estado. Cada interna recibe 4,50 bolivianos —65 centavos de dólar— de prediario alimenticio y para sostener a su familia tiene que trabajar: tejer y lavar ropa ajena. Las más antiguas o con más posibilidades económicas ponen negocios de comida, de refrescos, de ropa o de dulces.

En el COF, viven 253 reclusas, además de 81 niños y niñas. Todos los días, hacen fila para recoger el almuerzo. En Bolivia, según cifras elaboradas por el ex Director de Régimen Penitenciario, Tomás Molina Céspedes, 1.648 niños y niñas viven con sus padres y madres en las cárceles. El número de la población infantil se triplica a fin de año, cuando terminan las clases y los demás hijos o hijas de las y los internos van a pasar las vacaciones y también la Navidad. Paulina no pierde la esperanza de abrazar a sus niños y espera que la oficina de Trabajo Social pueda hacerle el milagro.

Refugio en cruz

Marta está sentenciada a 20 años de prisión por homicidio a su pareja. Es morena, diminuta, de trenzas largas y la mirada oscura y triste. Tiene cinco hijas y una nieta. Tres viven en un hogar de niños. La mayor, de 20 años, trabaja. “Cuando mi marido me pegaba, callada nomás me aguantaba”, dice Marta. En los siete años que lleva recluida, ya sabe lo que es vivir y no ser recordada. En la cárcel, toda esperanza desaparece y Paulina, tal vez, poco a poco, lo descubra. Para Marta la única esperanza y el único refugio que encontró es la religión.

“Es difícil lograr que te puedan contar por qué están aquí. Son mujeres que han sufrido mucho, pero la mayoría prefiere callar, especialmente cuando es algo tan delicado como un homicidio”, asegura Claudia Claire, de la Iglesia Cristo Viene, que durante los días de visita en el COF se reúne con un grupo de 20 mujeres para predicarles la palabra de Dios. Paulina prefiere no rezar y olvidarse de toda cruz.

Manchas de sangre

Cuando los policías llegaron a la casa de Paulina, ella lo negó todo, pero las manchas de sangre en la pared mostraban otra realidad. “Ya, de una vez, di la verdad, peor va a ser”, le conminó un policía. Ella temblaba, transpiraba: estaba en *shock*. Confesó: “Aquí lo matamos a mi esposo”. Lloró. Ella vio como su compadre Martín Quispe mató de ocho hachazos a Eusebio. Luego, lo ayudó a abandonar el cadáver en la calle y a ocultar la evidencia del crimen. Desde hace dos meses, ambos mantenían una relación amorosa.

Paulina, después de confesado el crimen, fue trasladada a una celda de la FELCC de la ciudad de El Alto. Se sentó en el piso de cemento. El tiempo parecía estancado, no fluía como los ríos que solía ver cuando era niña, antes de la sequía. Entonces, los recuerdos la invadieron: los buenos, los malos y los peores, como el día en que su marido la golpeó tanto que la hizo abortar. Se acordó de los terribles dolores en el vientre, en la espalda y en el alma. Recordó la mirada indiferente de Eusebio, que odiaba escuchar quejas. Hasta el día del asesinato, Paulina vivió el constante ciclo de la violencia: arrepentimiento, reconciliación, tensión y crisis. Después de golpearla, Eusebio le decía: “No vas a salir, si no me vas hacer hablar mal, me van a mirar”. Ella debía esconderse de los vecinos. Esperaba, resignada, que el dolor se calmara y que los verdes y púrpuras de los moretones desaparecieran, al igual que la vida que llevaba. Y nada podía hacer. Todos los días tenía que escuchar, como un disco rayado: “Con mi plata comes, yo te doy techo, yo te visto”. Estaba sometida a la desdicha del destino, un camino sin bifurcaciones que sólo podía aguardar un final: la muerte.

El peor horror de todos —peor que los golpes que la dejaban inconsciente— era ver sufrir a sus tres hijos. Cuando Eusebio llegaba borracho, comenzaba la tormenta. La hija mayor, de seis años, se escondía debajo de la cama, junto al hermanito. Era necesario desaparecer por un momento del mundo, hasta que su papá se durmiera. A veces, debían esperar horas y horas escuchando insultos, reproches de celos y viendo los golpes que su papá daba a su mamá, y se quedaban dormidos e impregnados por el olor a alcohol.

Eusebio nunca pidió una disculpa a Paulina. Jamás se sintió culpable por los golpes que le propiciaba ni por los gritos o las amenazas. Al terminar la tormenta, dejaba 20 bolivianos, a veces 50, para los gastos de toda la semana. Y si no le gustaba la comida, por salada o por sosa, se ponía violento y lanzaba el plato contra la pared o a la cabeza de Paulina. Ella bajaba la mirada y guardaba el dolor. La costumbre había secado sus lágrimas.

“Si me denuncias, te mato”

La violencia intrafamiliar sucede puertas adentro de muchos hogares de la sociedad. Ocurre entre todas las clases sociales, no solamente entre las familias pobres. El Alto es una ciudad de migrantes aymaras donde se articulan las tradiciones y la modernidad. La problemática del maltrato físico, psicológico y sexual aumenta cada año, como también las organizaciones no gubernamentales que se instalan para combatirla. En la urbe alteña, funcionan tres instituciones que atienden entre cinco y 10 denuncias de violencia intrafamiliar por día: el CIDEM, el Centro Gregoria Apaza y el Centro Sartasim Warmi (Levántate Mujer). Además, existen más de 30 fundaciones que trabajan el tema de la prevención.

Hace 15 años, se promulgó la Ley 1674, contra la violencia hacia las mujeres, y se crearon los Servicios Legales Integrales Municipales (SLIMs) para orientar y brindar apoyo psico-socio-legal y gratuito a las víctimas. En la ciudad de El Alto, desde enero hasta octubre de 2009, se atendieron 4.676 casos de violencia intrafamiliar. El SLIM sólo cuenta con nueve personas para atender a más de 649.958 habitantes, según el Censo de Población y Vivienda 2001 del INE, por falta de presupuesto.

“La actual ley —contra la violencia intrafamiliar— es preventiva y no pasa nada. El hombre cumple con su terapia psicológica o trabajo comunitario y ya, después sigue golpeando. Por eso los agresores no respetan”, explica Elena Suárez, directora del Centro Sartasim Warmi, una casa de acogida para mujeres que viven en situación de violencia extrema y cuyas vidas corren peligro. En la ciudad de El Alto, sólo existen dos hogares que albergan a víctimas de violencia doméstica. Prefieren no identificar las direcciones para evitar que los agresores cumplan sus amenazas.

El principal cómplice de los agresores es el silencio. Paulina nunca debió aprender a callar. “Muchas mujeres denuncian después de muchos años de haber vivido violencia. Entonces, la cadena de violencia continúa en las hijas, quienes también van aguantando y es algo que se aprende”, explica Magaly Chávez, abogada del Centro Gregoria Apaza. El aprendizaje negativo de la violencia intrafamiliar pasa de generación en generación. Los agresores amenazan y las víctimas callan.

El hombre que escuchaba

Cuando Paulina llegó a la cárcel, las otras internas le preguntaron: “¿Cierto que tú y tu amante mataron a tu esposo?”. Ella prefirió no responder. Las miró y recordó el último suspiró de Eusebio y los tajos que Martín Quispe le hacía en la piel con el hacha de cocina que ella usaba para cortar las articulaciones del pollo.

Todo lo que ocurrió a partir de entonces fue de dominio público. La gente conoció a la esposa que junto a su amante se libró del marido. Era una gran historia. Todos opinaban. Todos juzgaban. Pocos querían comprender. El morbo popular estaba interesado en el hecho de sangre y en la historia extraconyugal, en el amor y la muerte; los 11 años de violencia intrafamiliar no importaban. Paulina aseguró que no tenía planes futuros con Martín Quispe. Él salía con Paulina desde hace dos meses y escuchaba los relatos de los maltratos y de las golpizas. Escuchaba y sólo podía escuchar, hasta que decidió hacer algo por ella: librarla de aquel calvario.

Aunque Martín Quispe fue el autor material del asesinato, según los reportes policiales, Paulina también se siente culpable. El día del asesinato, llamó a Martín para contarle que una vez más fue golpeada y en ese instante en que se decidiría su destino encontraron la única salida a ese laberinto de violencia: Eusebio debía morir. Ahora, Martín Quispe también está detenido en la cárcel de San Pedro de la ciudad de La Paz.

Cicatrices

En la cocina del COF, todas las internas nuevas deben preparar el almuerzo. Briseida también lo hizo hace cinco años. “Las nuevas siempre van a la cocina, deben pagar su derecho de piso. La que mató a su marido a hachazos ya debe estar ahí”, comenta Briseida, refiriéndose a Paulina. Al igual que Paulina, Briseida tiene en el rostro y en las manos varias cicatrices, pero la herida que nunca curó está en su alma. No puede olvidar el día en que su marido, por venganza, la acusó de vender drogas. “Yo soy culpable, necesitaba dinero para mis tres hijos, por eso tuve que hacer eso, pero nunca me imaginé que mi propia pareja me acusaría”, afirma Briseida.

Briseida recuerda cada detalle de la detención y de la violencia en la que vivía. Con una sonrisa irónica, dice: “Aunque estoy aquí por la [Ley] 1008, tal vez hubiera venido por matar a mi esposo. Mirá, todas las cicatrices que me ves me las hizo mi pareja cuando me golpeaba”. Tiene en las manos varias líneas rectas que sobresalen en su piel, como sucede en la vida, con un principio y un final.

En 1957, el COF de Obrajes fue edificado para albergar a cien internas. “Como maldición están llegando las nuevas. Ya debemos ser más de 300”, calcula Briseida. El hacinamiento es evidente. La convivencia es difícil, al principio; luego, te acostumbras a la rutina: despertar, pasar todo el día tejiendo o viendo televisión en los toldos —celdas construidas por las reclusas, que tienen un metro y medio de ancho, y dos metros de largo— y, en las noches, volver a los dormitorios comunes.

Paulina llegó a la cárcel sin dinero y sin equipaje. “No tengo ropa. Una señora me ha prestado chinelas para entrar al dormitorio”, relata. Todas las internas están obligadas a dormir en las catreras junto a sus hijos o a sus hijas. Los toldos son celdas diurnas y son, también, el patrimonio de las reclusas, porque cada una debe comprar el suyo: cuestan entre 400 bolivianos —57 dólares— y 1.500 bolivianos —214 dólares—. El precio varía según la ubicación y el material de la construcción. Las que no pueden comprar el cuartito pasan el día en los corredores o en el jardín sin flores que recibe a las visitas.

En el patio del COF, Briseida mira el trabajo apresurado de las taxis: mujeres que se encargan de buscar a las internas que tienen visita. Los jueves y los martes, que son día de visita, tienen pocos ingresos. Los domingos, los visitantes se multiplican y el trabajo para ellas es arduo, pero la tarifa de un boliviano no aumenta.

Confinada a la cocina

Paulina Flores nunca conoció a su padre y él nunca se hizo responsable de ella. Desde sus tres años, se crió con su abuela, en el campo, en una casa de adobe, donde a causa de la sequía no había agua y donde muchas veces debía soportar los labios reseco e hinchados, que se fueron deshojando, como ocurrió años después cuando su marido le daba golpes. Esa sed, la sed de la violencia, nadie la podía parar.

Paulina nació durante la dictadura de Bánzer, un 29 de junio de 1978, en la provincia Aroma del departamento de La Paz. Desde niña, aprendió las nociones básicas para ser una buena ama de casa: cocinar, lavar y atender a los demás. Ayudaba a su abuela y cuidaba a los animales. No aprendió a leer ni a escribir. “Hasta primero básico estaba en la escuela, luego ya no iba”, dice Paulina. Cuando tuvo que firmar la primera notificación para presentarse ante el Juez, Paulina tembló, sujetó el bolígrafo intentado garabatear en unas líneas su nombre.

A lo largo de su vida, Paulina tuvo que soportar varios golpes. Ahora, el olvido la golpea. Tiene cinco hermanastros indiferentes y sus demás familiares no quieren ni verla. Desde que la noticia del crimen salió en los canales de televisión, los periodistas cuestionaron su proceder: “¿Por qué mató a su marido?”. Paulina respondía: “Porque me golpeaba”. Luego, cubría el rostro con una manta café para evitar las cámaras.

El vapor del caldo

Es día de visita, 10:30 de la mañana, 11 de octubre, día de la Mujer Boliviana, y en el COF no hay ni una sola rosa regalada. Paulina observa a niñas y a niños ajenos

que corretean en el patio. Es el primer domingo que está sola, sin sus hijos, y lejos de casa. Lloro. Seca sus lágrimas. Vuelve a llorar. Los recuerdos la invaden. El viento sopla, al igual que la desgracia, que la sigue desde el principio hasta el final. Ella siempre quiso ser feliz.

Paulina tiene los ojos inflamados y un destino sin elección. El 6 de octubre de 2009, la Fiscal del Ministerio Público de la ciudad de El Alto, Mirtha Tórrez, presentó la imputación formal contra Paulina, como coautora del asesinato, descrito así en el artículo 252 del Código Penal Boliviano: “Será sancionado con la pena de presidio de treinta años, sin derecho a indulto, el que matare: a sus descendientes o cónyuge o conviviente, sabiendo que lo son... por motivos fútiles o bajos... con alevosía o ensañamiento...”. El especialista Fernando Villamor, en su libro *Derecho Penal Boliviano*, respecto al artículo 252, explica que se considera asesinato cuando existen ciertas circunstancias o elementos como saber que la víctima es cónyuge o conviviente. Según Villamor, “por motivos fútiles o bajos” se entiende que existe poco aprecio a la vida y “con alevosía o ensañamiento” se hace referencia a cuando se mata de modo seguro, aprovechando que la víctima se encuentra desprevenida y es incapaz de defenderse.

Las consecuencias de la violencia intrafamiliar tienen muchos finales. “He conocido casos muy graves donde la mujer, en un momento de no soportar el tema de la violencia, ha planificado la muerte de su esposo; en otros, han reaccionado. Y bueno, es un delito y no hay vuelta que dar. De este aprendizaje debería salir que todas las mujeres denuncien en su oportunidad”, reflexiona Frida Choque, Fiscal de Materia y responsable de la Unidad de Atención y Protección a la Víctima y Testigo. “No se puede responder violencia con violencia. Ella debería haber denunciado a tiempo”, opina Gladis Achá, del Servicio Alternativo del CIDEM. De ser así, tal vez otra hubiera sido la historia de Paulina. Muchas veces, el sufrimiento físico, psicológico y moral puede provocar que la víctima se vuelva violenta. Eso no se justifica, pero se puede explicar.

Ahora, para Paulina, la vida se balancea entre el arrepentimiento y la desesperación, entre el estar en la cárcel y el saber que sus niños se quedarán solos y viviendo en peligro. “Mis hijitos me dan pena, deben estar sufriendo. El más pequeño tiene un año y seguía lactando”, cuenta Paulina. Sólo sabe que a sus tres hijos los llevaron al campo para que los cuide su abuela. Ella, más que nadie, conoce de las precariedades de vivir en el área rural y de buscar agua en plena sequía.

Hay segundos en los que el mundo se detiene y sólo queda el silencio. Paulina sabe que está imputada por asesinato. Debe esperar el juicio que decidirá su destino y que en las leyes bolivianas ya está escrito: 30 años de presidio sin derecho a indulto. Un castigo que ella considera peor que la muerte. El timbre suena. Las

paredes guardan secretos, historias que jamás hablarán. Paulina vuelve a la cocina de la cárcel y el vapor de algún caldo difumina su silueta. Nosotros, la sociedad del bien, no queremos entender. Olvidamos. Mañana tendremos otras noticias, porque la muerte y la violencia intrafamiliar no son ninguna novedad.

1 de diciembre de 2009

CSI-EL ALTO: NIÑOS QUE MATAN COMO EN LA TELE

Respiraba agitado. En su mano derecha empuñaba un cuchillo bañado en sangre que manchaba parte de su uniforme de policía. Levantó el cadáver como pudo. Era pesado. Se trataba de una mujer gorda que tenía mala cara. Metió el cadáver en una bolsa y luego lo botó en un barranco. Era su cuarta víctima en las últimas tres semanas. El asesino era un policía, pero en la realidad el que actuó copiando lo que vio en la tele fue Junior. CSI Miami es una serie no apta para menores de 15 años, pero Junior no hizo caso a la recomendación: tiene 13.

ÁLVARO Irusta
alvaroirusta@gmail.com
www.cuervohechopedazos.blogspot.com

Periodista, camarógrafo y editor. Obtuvo el primer premio en el Concurso de Periodismo en Televisión con el reportaje "Maltrato a las mujeres alteñas como violación a su derecho a la salud integral". Es periodista especializado en el área de seguridad, sociedad. Realizó trabajos sobre actos de corrupción y temas humanos. Escribió varios cuentos y crónicas que están disponibles en internet.

Como en la tele

En especial, a Junior le gustaban mucho las partes de la serie en las que se escoge a la víctima, se hace el trabajo sucio, se esconden los cadáveres y, por supuesto, se limpia la escena del crimen.

Lo que pasó el 18 de febrero del 2009 conmocionó a todo el país. En Bolivia, no ocurren este tipo de “ajustes de cuentas”, menos aún si los protagonistas son niños. Desde aquel día, nada es igual en Villa Mercedario, en la ciudad de El Alto, una zona que registra los índices más altos de criminalidad del país. Es el Distrito 4, que bien podría ser una favela de Río de Janeiro, en Brasil, o un Pueblo Joven de Lima. Aquí no hay control policial.

Junior ocupa el asiento trasero de una patrulla de la Policía. Con las manos esposadas, vive los primeros momentos del resto de su vida. Hasta hace poco, era un niño normal. Ahora, es un niño asesino.

Ese día miraba la televisión. Lo hacía acompañado de su primo Mario, de 10 años, inseparable compañero de lucha callejera. Varias veces se defendieron juntos de otros abusadores. Mario también era su compañero a la hora de ver su programa televisivo favorito: una serie de detectives que esclarecen crímenes y encierran a los malos, y de asesinos seductores que planean el crimen perfecto.

Iban a dar las 13:00 horas. Junior tenía hambre, pero no tenía plata para comprar comida. Su hermanita de cuatro años lo miraba también hambrienta. Al entrar a la cocina, se encontró con Yoselín, de 13 años, y con Josué, de 8, sus hermanastros. Ellos saboreaban un pollo al spiedo. Preguntó por el almuerzo para él y para su hermana. Le dijeron que los 20 pesos que les dejaron eran sólo para ellos y que no había más dinero.

Junior entró a la habitación de sus padres. Abrió el cajón de la mesa de noche y vio el dinero: 1.200 bolivianos —170 dólares—. Sin pensar dos veces, los tomó y los metió en su bolsillo. Yoselín lo había seguido y descubierto. Le reclamó por la plata que se llevaba. Se gritaron e se insultaron tan fuerte que Mario y Josué se volvieron parte de la discusión. Hubo empujones y amenazas. En un momento de bronca, Junior salió de la cocina empuñando un cuchillo de cortar carne y se abalanzó sobre el cuerpo de Yoselín, que no se pudo resistir. La primera puñalada fue directo al corazón, allí donde los sueños de buena estudiante y de amores futuros se guardan. Cayó de rodillas y clavó su quijada contra el piso; aún respiraba. La segunda llegó a su hígado. No se paró más, nunca más.

En Bolivia, la Policía Nacional guarda celosamente las estadísticas relacionadas a este tipo de casos en los que los protagonistas son niños. Un informe escueto muestra

que el año 2007 un niño de 14 años asesinó a su hermanastra de 11, asfixiándola con una almohada. El mismo informe revela que el 2004 una niña de 12 años dio a sus hermanitos menores veneno para ratones en el desayuno. Uno de ellos falleció y el otro pasó dos meses en el hospital.

Pero ¿qué pueden ver los niños en la televisión? Según la educadora Joana Cazas, la violencia expuesta en la televisión lleva a los niños a desarrollar conductas agresivas. “Cuanto más violencia haya en la televisión, menos sensibilidad [habrá] en los niños”, sostiene Cazas.

El Plan A

El cuchillo con sangre manchaba la ropa, el suelo y parte de las frazadas de la cama de sus padres. Junior levantó la cabeza. Josué lo miraba. “Es un testigo que hay que eliminar”, debió pensar Junior, como ocurre en la tele. Buscó algo. Lo primero que encontró fue el cable de la plancha. Josué salió corriendo hacia la cocina, para esconderse. Junior lo encontró de espaldas y apretó el cable con toda su fuerza alrededor de su cuello. Los dos terminaron en el suelo. Josué, aún con vida pero inconsciente, respiraba y Junior, con las piernas apuntaladas sobre la espalda del hermanastro, jalaba el cable. “Aún vive, pásame ese balde con agua, ése en el que se lavan platos, el rojo”, ordenó Junior a su primo. Éste obedeció sin hacer preguntas y con cierta dificultad al cargar el recipiente. Lo siguiente fue ahogar al niño en el balde: Junior lo tomó de los cabellos, golpeó su cabeza contra una de las paredes y empezó a sumergirlo.

El Plan A había concluido. Junior tenía su pantalón mojado, sus manos con sangre y sudor en su frente, por el esfuerzo. Mario, que vio todo, aún no podía creer lo ocurrido. Junior lo tranquilizó. Le dijo que nadie se daría cuenta, que esconderían los cuerpos e inventarían una historia, como en la tele. Sobornó al primo ofreciéndole una radio mp3 a cambio de su silencio. Mario aceptó. ¡Quería tanto ese aparato!

Entraron al cuarto donde poco antes veían la televisión. Ahí estaba Clara, la hermanita. Junior la envió a comprar tres pollos al spiedo. Mientras tanto, entre los dos sacaron a los muertos al patio, los escondieron bien y empezaron a limpiar la casa. Borraron las huellas, lavaron las frazadas y limpiaron la sangre, igual que en la tele. Después, ingresaron al cuarto y comieron el pollo que Clarita había comprado, con mucha mayonesa, como le gusta a Junior.

El Plan B

Eliminar las pruebas. A las 16:00 horas, cargaron una carretilla e hicieron dos bultos. Metieron a Yoselín en un saquillo de yute que antes servía para transportar arroz. A Josué, en cambio, lo pusieron en uno que originalmente era para azúcar. Uno por uno, subieron los cuerpos. Los taparon con arbustos y ramas que había cerca de la casa. Ocultaron el cuchillo y los trapos de limpieza, y salieron para deshacerse de los cadáveres. Al pasar por la tienda, algunos vecinos los saludaron y ellos gentilmente les respondieron. Junto a ellos pasó un carro basurero y Mario aprovechó para botar el cuchillo y los trapos. Había que deshacerse del arma homicida, como en la tele. Caminaron 15 cuadras hasta un terreno baldío donde a veces jugaban fútbol. Allí, entre las ramas, dejaron a los hermanastros. Volvieron a la casa y se repartieron el dinero robado, como en la tele.

Una hora más tarde, don Manuel Quisbert y doña Lucy Ponce, los padres, llegaron a su vivienda, igual que todos los días. No se les pasó por la mente lo sucedido. Los dos hijos de ella, Yoselín y Josué, estaban en un lote baldío. Los dos hijos de él, Junior, el protagonista de esta historia, y la pequeña Clara, que no sabía lo que había pasado, estaban en la casa.

Don Manuel ignoraba los entretelones que se tejían a diario en su hogar. Llegaba a su casa tarde y compartía poco con su familia. Trabajaba cosiendo mangas en una fábrica de chompas que eran llevadas al exterior. El tiempo que le quedaba lo destinaba al descanso y a compartir con sus cuatro hijos, los de su mujer y los suyos, sin poner demasiada atención.

Según los estudios psicológicos realizados, su esposa, Lucy, era diferente. Guardaba un resentimiento contra los hijos de Manuel, los trataba muy mal, en especial a Junior, que le parecía un vago, un bueno para nada. En cambio sus hijos eran los reyes de la casa, nunca les faltaba nada, menos aún besos y abrazos que se los daba delante de Junior y de Clara. Esas preferencias golpeaban a diario el corazón de Junior, que se sentía discriminado y odiado. Estaba harto de todo lo que sucedía en su casa.

El Plan C

Sólo Junior habló frente a sus padres, mientras Mario asentía con la cabeza la versión de Junior, apoyándolo en todo. Contó que salieron a comprar comida y que un vehículo rojo había parado. Dijo que del auto salieron dos personas que taparon la boca de sus "hermanitos" y se los llevaron. "Los han secuestrado", inventó.

Manuel y Lucy salieron de la casa preocupados. La Fuerza Especial de Lucha Contra el Crimen (FELCC) era su próximo destino. Se dirigieron a la División de Trata y Tráfico de Personas, donde denunciaron el rapto. Lucy no paraba de llorar. Contaron la versión de Junior. Mientras tanto, en el lote baldío donde yacían Yoselín y Josué, unos niños que jugaban fútbol descubrieron los cadáveres. Un perro empezaba a mordisquearlos. Los vecinos los reconocieron y la Policía llegó a la casa fácilmente. Encontraron a Junior y a Mario juntos. Preguntaron si sabían algo. Ellos negaron todo por completo, pero un detalle los delató. En la serie CSI descubrieron al asesino porque los malos siempre pierden, y Mario, el primo, no soportó más la presión. En la declaración individual que realizó a la Policía habló sobre el dinero robado, un detalle que aclaró el panorama.

El Coronel Ramiro Cossío, Comandante Regional de la FELCC, afirma que este modo de delinquir es exclusivo de personas mayores y que un crimen asociado con la televisión y con niños asesinos llama la atención en un país como Bolivia, donde a pesar del incremento de la delincuencia en los últimos años los protagonistas son mayores de 16 años.

La psicóloga María Claudia Lobo cree que “cualquiera sea la raza, religión, sexo, edad o nivel socioeconómico de las personas, nuestra sociedad se ha unido alrededor de la experiencia de la televisión”. Según sus datos, los niños escolares pasan semanalmente 26 horas y 20 minutos, en promedio, viendo televisión. Si bien existe una responsabilidad de los padres en el control de los programas que deben ver sus hijos, muchas veces este control escapa de las manos.

Todo se descubrió

“Eso muestran en la tele, hay que evitar que encuentren los cadáveres, son las palabras escritas a máquina como parte de la declaración policial que brindó Junior al Fiscal Gregorio Blanco, que determinó que los menores involucrados fueran derivados al Centro de Terapia de Varones de la ciudad de El Alto. Allí deberán esperar hasta cumplir 16 años, edad en la que podrán ser imputables, para luego ser enviados a una cárcel.

Los vecinos de Villa Mercedario se enteraron de lo ocurrido en la casa de la familia Quisbert por los canales de televisión y los periódicos que informaron todo. Y como todo tiende a empeorar, Juan Suxo, dirigente vecinal, armó a las bases con piedras y palos, y una noche quemaron la casa donde habían ocurrido los asesinatos. Los padres tuvieron que escapar de la turba, que los buscaba para lincharlos. Según los vecinos, ellos tenían la culpa del comportamiento de sus hijos. ¡Algún culpable tenía que haber!

Según el informe trimestral de gestión de la División de Planeamiento de la Policía, en la ciudad de El Alto, el último año, se registraron más de 50 intentos de linchamiento. De ellos, 18 han cumplido su objetivo: asesinar a la víctima que, en muchos casos, era inocente. Si bien la práctica de la justicia por mano propia es ilegal, de un tiempo a esta parte, se ha convertido en algo común, ante la ausencia de mecanismos que brinden la seguridad necesaria, especialmente en los barrios alejados de esta urbe.

Actualmente, Lucy y Manuel están separados. Cada quien ha tomado un rumbo distinto. Ella retornó a la ciudad de Potosí y vive con sus padres. Él continúa trabajando en la fábrica de chompas y cada fin de semana viaja una hora para ver a su hijo en el correccional. La pequeña Clara está en un albergue para niños abandonados, aunque nadie la abandonó. Así lo dispuso un juez.

La Paz, 1 de diciembre de 2009

NARCOHISTORIAS

Esther tiene dos hijos, que son su razón de vivir. Luego del abandono de su marido, sacó adelante a su familia vendiendo golosinas. Pero no estaba conforme, quería darles a sus retoños lo mejor y, para eso, necesitaba dinero. Hace cinco años que ella vende cocaína.

DANIELA Romero
dannyr_l16@hotmail.com

Daniela Romero Linares, nació en La Paz el 16 de septiembre de 1983. Estudios primarios y secundarios en el colegio La Salle (2001). Estudios superiores: egresada de la Carrera de Comunicación de la Universidad San Francisco de Asís (USFA) el 2006. Desde el 2007 hasta la fecha es periodista del área de Seguridad del periódico *La Razón*. Sus primeras prácticas profesionales las realizó en la red Bolivisión y en la Vicepresidencia de Bolivia. Entre sus cursos de formación profesional está el de Corresponsal Antinarcoóticos Garras del Valor.

Esther permanece sentada casi ocho horas diarias, camuflada entre colores que envuelven galletas, dulces y chocolates. Mientras espera a sus clientes, confecciona, punto por punto, una chompa de lana color cielo, la cual cae sobre sus gruesas trenzas negras. Pero esto no tiene nada de particular. Nadie podría sospechar que las golosinas son, en realidad, un pretexto. El verdadero negocio que da de comer a sus dos hijos y a ella es otro. Esther vende cocaína.

Ante sus clientes rutinarios, Esther mantiene los ojos muy abiertos, pero cuando se acerca uno de esos que quiere la droga, ella baja la mirada, observa con cuidado a un lado y al otro. Con sus manos, da señales a su comprador y rápidamente le entrega un paquete blanco. El muchacho, que no tiene más de 15 años, le da un billete y se retira con pasos lentos. La mujer se agacha, como queriendo ocultar algo, luego regresa a su postura anterior y continúa tejiendo.

“Yo vendo mis dulces aquí, pero también me ayudo con lo otro. No es fácil ganarse la vida sólo con un kiosko. Además, yo tengo que mantener a mis hijos”, dice Esther mientras mantiene sus ojos fijos en su manojito de lana. Ante la droga, todos miramos para otro lado. ¿Por qué tendría que ser distinto para Esther?

El negocio de la droga no tiene consideraciones. Las madres son el blanco favorito de los narcotraficantes, porque a través de ellas pueden vender sustancias controladas sin miedo a ser aprehendidos. Denis, que es policía y conoce este flagelo, lo confirma. En su experiencia, las madres no pueden ser tratadas como cualquier narcotraficante. “A las madres, generalmente pobres, las contratan porque ven en ellas la necesidad de sobrevivir. Son muy inteligentes a la hora de elegir a sus distribuidores. Ven que están necesitadas de dinero y las convencen”, cuenta Denis.

Un negocio sin rostro

La labor de Esther, desconocida por la gente que la visita diariamente y también por su familia, comenzó el año 2004. Su negocio funciona por un pacto de complicidad con sus clientes. Sólo ellos y ellas saben que no compran dulces. Todo empezó cuando ella se contactó con un hombre, experto en la distribución de cocaína. Él ni siquiera conocía a la mujer, pero necesitaba distribuidores, y Esther tenía una buena apariencia. Así es el negocio. Ella sólo recuerda que él tenía dos dientes delanteros.

El hombre sabía perfectamente cómo obtener mejores resultados en la venta de la cocaína. Sólo hacía tratos con mujeres que eran madres o que tenían alguna discapacidad. Lucraba con la necesidad del otro. Conocía su oficio. Era todo un hombre de negocios. Sin pudor alguno, le propuso a Esther vender cocaína, con la

promesa de que sólo así ganaría el doble de lo que recibía por vender unas simples golosinas. Esther no pensó dos veces. Sus ojos le brillaron de sólo imaginar que tendría más dinero. Ella y sus hijos se lo merecían. Cerró el trato con ese sujeto, que ni su nombre le dejó. Recibió de él varios sobres con la droga.

Tres meses después, el hombre desapareció. Solamente dejó una persona de contacto, a la que Esther debía pedir el producto para su posterior venta. Hasta hoy, Esther visita al nuevo distribuidor de cocaína. Nunca más supo de aquel hombre, el primero.

Un informe de la revista *World Press Review* señala que el tráfico de drogas mueve 300 mil millones de dólares al año, a escala mundial. Según otro documento de la Organización de Naciones Unidas (ONU), Bolivia está en la franja de países en vías de desarrollo que se están transformando de productores a consumidores de drogas. De acuerdo con estudios del Centro Latinoamericano de Investigación Científica (CELIN), el consumo de clorhidrato de cocaína —la droga purificada— por vida alcanza a 2,50 por cada cien universitarios. Sin embargo, el consumo de la pasta base de cocaína, en La Paz, asciende a 3, también por cada cien universitarios.

Es un negocio más

“Aquí vienen los chicos a comprarme”, dice Esther, apenas y sin alzar la vista. Sus pequeños ojos negros tienen algo de vergüenza, aunque siempre que habla del tema lo hace con firmeza y hasta con un tono de enojo y de orgullo a la vez. Su puesto de venta es el único que existe en dos cuadras a la redonda de un barrio de la zona Sur de la ciudad de La Paz, lugar caracterizado por viviendas de más de dos pisos y por grandes supermercados, y donde se supone que vive la gente pudiente.

Su marido la abandonó cuando dio a luz a su segundo hijo, porque dudó de su paternidad. Cansada de dar explicaciones, Esther asumió que debía salir adelante sola con sus hijos. Recogió las pocas pertenencias que tenía, alquiló un cuarto en una zona periférica de la ciudad y es ahí donde vive hasta hoy.

Armando, de 8 años, y Miguel, de 6, van a una escuela fiscal por las tardes. En las mañanas, se quedan solos en el cuarto que Esther alquila en Cotahuma, un barrio de la ladera oeste de la ciudad. Al salir de la escuela, los niños viajan de un extremo a otro para encontrarse con su madre en el kiosko. Esther los espera todos los días con una taza de té y pan. Después de comer, los tres regresan al cerro donde viven.

“Esto hago siempre por cuidarlos”, dice Esther. Ella prefiere vender la droga hasta antes de que lleguen sus hijos. Cuenta que por las mañanas la visitan los adolescentes que quieren la droga y, por las tardes, van los jóvenes. “Ya tienen sus horarios para

venir y además yo ya los conozco, así que les espero nomás. A veces les doy *yapa*, cuando mis clientes vienen seguido a comprarme”, asegura Esther con una sonrisa burlesca que se dibuja en su rostro y la deslinda de cualquier responsabilidad. Con el mismo gesto recibe a sus clientes. Los chicos de 11 años que compran la droga le importan muy poco, los de 17, peor. A todos los mira de reojo y con indiferencia. Sabe que esos niños que destrazan su vida con la cocaína tienen la edad de sus hijos, entonces, sólo atina a decir: “¿Qué puedo hacer? Es un negocio más”.

Estudios realizados en Bolivia advierten que las razones principales por las que tanto niños como jóvenes ingresan al mundo del consumo de drogas son la curiosidad, la búsqueda de nuevas emociones, la rebeldía y la fragmentación de la familia.

Este negocio no es para los pobres

Esther se declara inocente de lo que hace. “Yo no tengo la culpa de que la gente quiera comprar droga. Una persona decide si quiere consumir o no, no es mi culpa. Sólo cumplo con un trato que hice y nada más. Necesito plata”, afirma mientras se limpia la boca con la manga derecha de su chompa.

Con ingenuidad o tal vez sin querer darse cuenta de la realidad, Esther piensa que sus hijos no están expuestos al peligro de la cocaína. “Mis hijos son chicos todavía, no saben de esas cosas y menos que yo vendo droga. Además, este negocio no es para los pobres, sino para la gente que tiene plata y puede pagar la cocaína, porque esto cuesta”. Bueno, el negocio de las drogas sí es para los ricos que la pueden comprar. Bueno, sí es para los pobres que buscan salir de pobres rápidamente. Bueno no... “Todos ganan, todos pierden, ciudadanía”, canta Rubén Blades.

Todos saben, pero...

Que los adolescentes compren droga en la puerta de sus colegios no es una novedad. Lo dijo el mismísimo Director de la Fuerza Especial de Lucha Contra el Narcotráfico (FELCN) de La Paz, con todo detalle. Se vende y se compra droga en colegios del norte, del centro y del sur de La Paz. La pregunta es ¿qué hace la Policía si conoce esta situación? Las respuestas, siempre insuficientes, son las campañas de prevención. O sea, se trata de echarle la culpa a los demás. ¿Si ni la Policía, el gobierno, los maestros o la familia pueden hacer algo, entonces quién?

Algunas investigaciones sobre derechos humanos, al igual que los mismos policías, aseguran que lo que piensan los padres siempre es: “esto no nos sucederá a nosotros”. Sin embargo, la realidad es otra y ante el peligro que representan las

drogas se debe reconocer el problema a tiempo para intervenir. Ésa es la clave. Darles confianza y hacerles saber a los chicos que son importantes para toda la familia es un buen comienzo, según las sugerencias.

En tanto, se sabe que los menores que ya son consumidores frecuentes esperan la droga cada día a la salida del colegio. Pero, si la Policía conoce los mecanismos de los microtraficantes para distribuir la droga y sabe quiénes la venden, ¿por qué no hace nada? ¿Conocerán la historia de Esther? ¿Sabrán que es madre soltera y que carga sola un mundo sobre sus espaldas? Tal vez por eso cada que la miran pasan de largo con el corazón ablandado.

La Fuerza Antidroga conoce el mecanismo que utilizan los narcotraficantes para vender droga. El Director de esa Unidad, en La Paz, comenta que mientras un sujeto no sea sorprendido con más de cinco kilos de cocaína no puede ser arrestado, pues la ley no sanciona a las personas que la consumen. “Para eso realizamos labores de prevención, de hacer conocer a la gente lo peligroso que es consumir droga, en especial en estudiantes de primaria y secundaria”, señala la autoridad policial.

Javier es un infiltrado. Es un policía metido con los narcotraficantes pequeños. Ése es su trabajo. Con la información que logra, se los captura. Un narcotraficante es aquel que comercializa droga, ya sea en cantidades mayores o menores; es una persona con muchos contactos y que, en cierto grado, tiene poder ante los demás, según la Policía.

Javier no sabe sólo de “narcos”, también conoce muchas historias, como la de Esther. De hecho, sabe que las mujeres en desgracia son las preferidas por los traficantes de drogas para distribuir la “merca” en pequeñas dosis, pues para ellas las necesidades se multiplican por cuatro: son mujeres, están solas, tienen hijos y son pobres. Entonces, morder el anzuelo es elemental: “Si vendes estos paquetitos, ganarás mucho más de lo que ganas vendiendo pastillitas”. Y si la necesidad no funcionara, el miedo sí. De hecho, si el dinero no resultara suficiente para convencerlas, las amenazas sí. Y allí está Esther, queriendo convencerse a sí misma que el fin justifica los medios, pero su cabeza gacha delata que algo de lo que hace le duele. Este asunto no la convence y su mirada, a ratos amenazante, es la expresión de un miedo que sólo ella conoce.

Historias de chicos

Los chicos metidos en drogas saben bien de la existencia de Esther. No sólo los de la zona Sur. También vienen a comprarle de otros barrios. Entre ellos se pasan la voz. Ella es bien conocida, aunque nadie ha podido todavía señalarla. Si los padres se enteraran, se armaría un “quilombo”. Sólo Esther sabe que si algo así sucediera

media población de la zona más pudiente de la ciudad paceña estaría involucrada. Tal vez por esa razón no hacen nada. Saben que sus hijos están en drogas y callan. Se han resignado o temen ver sus apellidos manchados con cocaína.

Juan tiene 17 años, estudia en un colegio privado ubicado en el centro de la ciudad de La Paz y por un amigo de infancia conoció a Esther. Cuando conversa, mantiene la cabeza agachada. Lleva consigo una mochila y trata de cubrirse del Sol, colocando la mano encima de la cabeza. Una noche, mientras bebía cerveza con sus dos amigos, en un centro de diversión, y el alcohol hacía su efecto, tres sobres de cocaína aguardaban en su bolsillo. Para su mala suerte, un grupo policial hizo una batida en el boliche y fueron detenidos. Su proveedora era Esther. La droga fue comprada el día anterior al arresto. La detención duró apenas ocho horas. La Policía no pudo hacer nada para retener a los chicos, pues eran menores de edad y, por consiguiente, inimputables. Además, ellos estaban seguros de que serían liberados, porque ser consumidor de drogas, en Bolivia, no es un delito.

La Ley del Régimen de la Coca y Sustancias Controladas (Ley 1008), en su artículo 49, señala que “el dependiente y el consumidor no habitual, que fuere sorprendido en posesión de sustancias controladas en cantidades mínimas que se supone son para su consumo personal inmediato, será internado en un instituto de farmacodependencia público o privado para su tratamiento hasta que se tenga convicción de su rehabilitación”. Ésa es la razón por la que los microtraficantes venden droga en cantidades reducidas, haciéndose pasar por consumidores.

Regresemos a la historia. Juan recibió una tremenda golpiza en su casa. Sus padres fueron muy duros con él. Al día siguiente, se enteraron que su hijo dependía de la droga. “Toqué fondo esa vez. Mis papás me castigaron, pero eso no cambió mi condición. Todavía dependo de la cocaína”, confiesa el muchacho.

Tras conocer a Esther hace un año, supo que ella tiene horarios para vender la droga y que maneja códigos de complicidad con sus compradores, pues Juan es uno de ellos. Por las mañanas, desde las ocho hasta las 10, Esther atiende a sus clientes; por las tardes, lo hace a partir de las dos, hasta las cinco. No vende la cocaína pasadas las seis, porque a esa hora llegan sus hijos, todos los días. ¡No puede dar mal ejemplo!

Los amigos de Juan buscan a Esther dos veces por semana. Son sus clientes asiduos. Sin ninguna formalidad ni cuestionamiento, la mujer entrega sagradamente la droga a los jóvenes y luego recibe su ganancia.

En algunos años más, Armando y Miguel, los hijos de Esther, tendrán la edad de Juan y, posiblemente, estarán expuestos al mismo peligro. Sin embargo, ella no cree que eso suceda y prefiere defender su actividad oculta bajo el argumento de su

responsabilidad por mantenerlos. “Yo tengo que criar a mis hijos. No me puedo fijar en que si esto está bien o no. Debo hacerles estudiar. La venta de la cocaína tampoco es fácil para que me juzguen, tengo que tener cuidado. Aquí solamente me busca la gente que conoce y tiene plata. Yo no tengo la culpa de que ellos busquen la droga”, levanta la voz Esther.

Ante esta problemática, la Policía se queda con los brazos cruzados. Según el Director de la FELCN, es muy complicado realizar algún operativo, ya que la ley no se los permite. “Pasan como consumidoras, nosotros ya no podemos hacer nada”, afirma la autoridad.

Mal de muchos, consuelo de pocos

Al parecer, en cada ciudad de Bolivia existe una historia similar a la de Esther. En Cochabamba, Celia, una mujer cuarentona, no tuvo reparos en implementar, en su casa, un laboratorio de empaque de cocaína y de marihuana, y en poner a sus hijos, a sus primos y a sus hermanos menores a vender el producto en las escuelas de la ciudad. En Potosí, la ciudad más alta del país, Andrés, de 16 años, fue detenido con cinco kilos de marihuana. El joven era miembro de una organización de narcotraficantes liderada por su propia madre.

Una noche, Celia fue detenida en su domicilio y llevada a la Policía, porque fue sorprendida encapsulando la cocaína y colocándola en paquetes. Al salir de su casa, enmanillada, juró silencio. Hasta la fecha, no se tienen pistas de sus familiares. Celia fue expuesta al escarnio público, pero la venta de droga continúa en las escuelas y en las universidades de Cochabamba. ¡Algo anda mal!

La suerte de Andrés, a su vez, tuvo un giro. Ingresó a un centro de rehabilitación en la ciudad de La Paz, ya que por ser menor de edad no puede permanecer en una cárcel. Eso fue precisamente lo que aprovechó su madre para mandarlo a vender droga. Ella sabía que su hijo no podía ser detenido. El joven no sabe nada de su madre y la Policía la sigue buscando.

¿Qué puede ser peor?

Esther sabe lo que sucede con otras mujeres que, como ella, ingresaron al mundo de la venta de drogas. “Yo sé pues que hay señoras que están en la cárcel. El caso es no hacerse pescar”, dice y rápidamente deja su tejido a un lado, cruza sus brazos y lentamente sube una de sus manos y se empieza a comer las uñas.

Sabiendo que la cárcel es la consecuencia del expendio de drogas, a Esther le da igual. Tiene una razón firme y contundente para seguir haciendo lo que hace: sus hijos. “Si no tengo plata, no doy de comer a mis hijos. Entonces, ¿qué puede ser peor? ¿Vender droga o dejar que los hijos de uno se mueran de hambre?”, cuestiona Esther con los ojos muy abiertos.

Esther ya no quiere hablar. Se para de su asiento molesta, camina hacia la esquina de la calle, regresa, guarda su tejido en una bolsa y se pone a barrer el lugar. Minutos más tarde, llegan sus hijos. Como acostumbra, les sirve el té sobre un cajón de madera que tiene a un lado de su puesto de trabajo. Mientras los chicos comen, ella guarda todos sus productos y cierra el kiosko. Luego de recoger los jarros y su pequeña caldera, los guarda en una bolsa, toma a sus hijos de la mano, cruzan la calle y, como todos los días, esperan el microbús que los llevará hasta el centro de la ciudad. Una vez en el vehículo, los niños buscan asiento. El bus parte. Esther y sus hijos desaparecen. La vida continúa.

La Paz, 1 de diciembre de 2009

SECUESTRO Y TORTURA *EXPRESS*

Aborda un taxi, indica al chofer adónde ir y, como queriendo iniciar una amena charla, le refiere al conductor lo agradable que en los últimos días se puso el clima en la ciudad de La Paz, donde hace un calor tan inusual... De pronto, su respiración se interrumpe. Alguien, desde atrás, desde la maletera del vehículo, trata de estrangularlo. A pesar de toda la resistencia que opone para contrarrestar aquella fuerza cobarde e invisible que busca —está claro— acabar con su vida, la vista se le nubla y el ruido del motor se desvanece... ¿Será así cómo comienza la muerte?

ÁLVARO Cuéllar Vargas
dannyr_16@hotmail.com

Álvaro Cuéllar Vargas es licenciado en Ciencias de la Comunicación Social. Gran parte de su experiencia profesional la ha dedicado a la edición de publicaciones. Es creador del sello editorial *El Gato Lector*, con el que publicó la versión cómic de la película *American Visa*. Fue redactor del quincenario *Nueva Crónica y buen Gobierno* y director editorial en Plural editores; editor general del periódico *Comunidad*, publicación mensual del Ministerio de Educación, y actualmente es director de Redacción, Archivo y Publicaciones de la Cámara de Diputados de la Asamblea Legislativa Plurinacional. Ha publicado investigaciones históricas, además de ensayos periodísticos y literarios.

Andrés Romero tiene 37 años. Es padre de dos niños. Trabaja como importador y distribuidor de productos farmacéuticos. Aquel 20 de diciembre de 2008, a sólo cuatro días de Navidad, había tenido un buen día, porque entre otras cosas logró, como se dice, “acomodar” un lote de medicamentos a una red de farmacias. Ésta, a su vez, le comprometió el desembolso de la mitad del monto convenido para tres días después, dinero que le permitiría no sólo concretar una inversión para importar otros productos, sino que, principalmente, le posibilitaría disfrutar con holgura —se imaginó él—, junto a su familia, las fiestas de fin de año.

Andrés había decidido no faltar a una invitación que la red de farmacias acostumbraba hacer como reconocimiento a sus proveedores de productos, como lo era él. Se trataba de una cena que se llevó a cabo en un restaurante de la céntrica zona Sopocachi, en la ciudad de La Paz. Acudió optimista y entusiasta, en mangas cortas y con el saco al hombro, dado el inusual calor que se sentía en la altiplánica metrópoli boliviana a 3.600 metros de altitud.

Quién iba a saber que el disfrute de aproximadamente tres horas de comida, bebida y buena charla sólo serían la antesala de una tragedia, un apagón absoluto que tarde o temprano le podría tocar a cualquier ser humano: la muerte. Pocos días después, internado en un hospital, Andrés, pensativo, comenzó a recordar cómo ocurrieron las cosas, cómo sucedieron las escenas de aquella suerte de película de espanto.

Rumbo a lo desconocido

“Si bien tomé varias copas de vino y otras tantas de cerveza, mi estado era bueno, es decir, no estaba borracho, como decimos, así que cuando abandoné el local comencé a caminar en busca de algún taxi, sin ningún temor, porque además no era muy tarde, serían las 11 de la noche”, relata Andrés. De pronto, sin extender el brazo, como solemos hacer para “tomar” un taxi, se detuvo ante él un vehículo. El conductor —cuenta Andrés—, en tono amable, le preguntó: “¿Adónde va, señor?” o “¿adónde le llevo, joven?” “A Obrajes”, contestó él. “Pase”, dijo el conductor amablemente. El automóvil, que nunca conduciría a Andrés a su destino, inició su marcha. La celada había dado resultado.

Volver en sí —de un sueño forzado o inducido por algún fármaco— y darse cuenta de que lo que está ocurriendo alrededor no es una película, sino una espantosa realidad, es, seguramente, uno de aquellos momentos límite que nadie desearía experimentar.

Sólo los contundentes golpes que uno a uno Andrés Romero fue recibiendo en el rostro hicieron que éste pudiera salir del sopor que le provocó el somnífero que los

delincuentes le aplicaron seguramente con un paño —o quién sabe con qué—, luego de abordar el taxi en el que aparentemente sólo viajaba el conductor. Minutos más tarde, Andrés apareció en la “maletera” del coche. No viajaba solo.

“No parecían maleantes”

Andrés no sabe cómo ingresó al maletero del taxi ni cómo llegó a la habitación donde después reaccionó. Tampoco sabe por qué estaba secuestrado. ¿Lo sacaron del vehículo con los brazos sostenidos sobre los hombros de sus captores? o ¿uno lo tomó de los pies y el otro, de sus brazos? ¿Qué pasó en ese lapso o agujero negro en la vida de Andrés, del que sólo los delincuentes sabrían dar cuenta?

Un golpe fuerte, seco, corto y certero, que sonó igual que cuando rompemos un huevo antes de freírlo, impactó en el pómulo izquierdo de Andrés. Él no sabía dónde estaba ni qué hacía en ese lugar oscuro y frío como el invierno paceño. Recuperó el conocimiento, pero no la conciencia. Como ráfagas, aparecían y desaparecían los rostros sonrientes de sus pequeños hijos. Quiso pensar en ellos y, además, ordenar un poco las ideas, para entender, como se dice, “qué carajo le estaba ocurriendo”. “¡Prohibido levantar la cabeza, cabrón. Mirando al suelo, mierda!”, retumbó en la habitación la voz del agresor.

Andrés se sorprendió cuando, sin quererlo y súbitamente, pudo ver el rostro del delincuente, que lo encaró —se puso de cuclillas— y lo intimó diciendo: “Quiero el número de ésta [tarjeta de débito]... y que sea ‘el número’, porque de otro modo te va a ir mal, cabrón de mierda”. Dijo “de ésta” porque eran dos las tarjetas que llevaba Andrés. Con seguridad optaron por ésa dado que la víctima tenía la “buena costumbre” de guardarlas en su billetera con la boleta en la que figuraba el saldo de la cuenta. En una de las tarjetas existía algo más del equivalente a mil dólares; en la otra había alrededor de cien bolivianos, nada más.

El que interrogó al secuestrado era de las personas que se podría decir no parecen “maleantes”, porque además de vestir un elegante traje plomo, combinado con una corbata roja, tenía el bigote rubio, notoriamente bien cuidado, y los ojos claros, tirados a verde, poco frecuentes entre la generalidad de los rostros bolivianos. Lo dijo Andrés: “mentiría si digo que el delincuente tenía tono o dejo peruano o colombiano. Hablaba como paceño, como boliviano”.

Las víctimas de la delincuencia y los mismos policías casi automáticamente atribuyen estos delitos a peruanos, en su mayoría, y también a colombianos, cuya presencia se hace más frecuente desde tiempos recientes en el ámbito policial-delincuencial boliviano. “Hablaba como peruano”, “tenían pinta de peruanos” y “creo que eran colombianos” son expresiones que se escuchan a diario en los reportes

policiales, que se repiten en los informes radiales y televisivos, y que también suelen leerse en la prensa escrita cotidiana, no sólo la de crónica roja.

Cuando “el que no parecía maleante” salió presuroso de la habitación en la que Andrés estaba secuestrado, seguramente con rumbo a un cajero automático cercano, tras haber obtenido de la víctima el “1616” de la tarjeta, transcurrió un tiempo de relativa calma. Aunque el que fungía de cancerbero no actuaba con violencia, las agresiones verbales y las amenazas eran intermitentes, principalmente cuando Andrés —que a estas alturas sangraba por la nariz y por la boca— intentaba levantar la cabeza para tratar de saber algo acerca del lugar en el que se encontraba, con la ansiedad de conocer por cuánto tiempo se prolongaría aquel martirio. “¡No levantes la cabeza, carajo! ¿No entiendes? ¡La próxima te mato!”, le decía el plagiador.

Entre la verde o la naranja, o entre la vida y la muerte

Por un momento, Andrés Romero dudó acerca del *pin* o clave que le proporcionó al individuo “que no parecía maleante”, que seguramente era el jefe de la banda. Esto, por cierto, lo preocupó, porque le pareció que el “1616” correspondía a la otra tarjeta, la verde, no la naranja.

“¡Cagaste, hijo de puta!”, escuchó Andrés súbitamente cuando entendió que el sujeto “que no parecía maleante” ingresaba furioso a la habitación, ratificando así que el dato proporcionado no era el correcto, aunque el “1616”, por supuesto, correspondía a la otra tarjeta, la verde, que no contenía más que cien bolivianos. “¡Cagaste, hijo de puta!”, repitió el agresor, y se colocó delante de Andrés, que sólo podía divisar las piernas y la parte posterior del saco del delincuente en cuestión.

Era como cuando uno conduce o viaja en un vehículo y súbitamente lo violenta un gran y atroz impacto; como un choque frontal entre automóviles en movimiento contrario. Instantes después, se recobra la conciencia y se asume que algo terriblemente grave ha sucedido, que se está al borde de la muerte o se es consciente de que a partir de ese momento la vida nunca más volverá a ser la misma. Lo cierto es que, en el momento del impacto, Andrés no llegó a entender qué era lo que realmente ocurría, aunque, por cierto, primero vio estrellas, al tiempo que sintió que su cabeza se inundaba interiormente poco a poco de sangre. Entonces, nuevamente sintió emerger, como resplandores fugaces, los sonrientes rostros de sus dos hijos pequeños: el uno de 10 años y el otro de siete vueltas la Tierra alrededor del Sol.

¿Qué pasó? Si una cámara de video hubiera filmado aquellos instantes, la escena hubiera sido más o menos la siguiente: Contra la pared, sentado en un pretil, estaba un individuo con la cabeza gacha mirando hacia el suelo. Delante de él, pero de

espaldas, estaba otro individuo de pie, que se aprestaba a tomar entre las manos un bate de *baseball*, asiéndolo con fuerza para tomar impulso, tal cual lo hace un pelotero experto, y dando el giro característico, con todo de sí, para descargar el batazo en el rostro del hombre sentado, cuya cabeza terminaba por desplazarse violentamente hacia atrás, hasta impactar contra la pared.

¡Así fue! El golpe lo tomó desprevenido. A pesar de la conmoción, Andrés no sabía si lo que se había roto —porque algo se rompió— era el bate del agresor o alguno de los huesos de la cabeza: su cabeza. Horas después, ingresado “de emergencia” al hospital, radiografías y tomografía de por medio, se verificó que su quijada, o más bien el maxilar inferior, estaba partido en dos.

“Es tu última oportunidad, desgraciado”, advirtió enfurecido el delincuente, luego de acercarse a Andrés, a sólo centímetros de su rostro, para cerciorarse, seguramente, si aún respirada o, por ahí, ya no lo hacía, como suelen proceder en esta clase de trabajos. “Por última vez, maldito, espero que entiendas, por última vez... ¡el número!”, era lo que escuchaba Andrés. Pero cuando intentó decirle el número clave de la tarjeta, se percató de que una masa coagulada de sangre en su boca le impedía articular las palabras. “No lo pienses, mierda... Sólo me tienes que decir el número, maldito. Ya nos mamaste una vez, pero, como te dije, es tu última oportunidad”, decía el maleante. Y antes de que el delincuente concluyera con su relato, Andrés murmuró: “9669”. “¡Repítelo!” “9669”, pudo repetir Andrés con dificultad.

Un final y un principio para todo lo que sucedió

Nuevamente se quedaron los dos: Andrés y el cancerbero. A este último, al parecer, ya no le quedaban ganas para martirizar a su víctima. Tal vez porque sentía algo o mucho de compasión ante esa masa sanguinolenta que era el rostro de Andrés o tal vez por cansancio —era alrededor de la una de la madrugada— o porque hasta ese momento los réditos monetarios aún no eran visibles.

Andrés no quiso pensar en lo que se veía venir, porque si de algo estaba cada vez más seguro era que de allí no saldría vivo. “A la habitación entré inconsciente y saldré también inconsciente o, más precisamente, sin conciencia, sin vida”, pensó casi lloroso. Trató de tranquilizarse, de respirar profundo, de escupir de cuando en cuando ese coágulo que le impedía respirar, de tragar. Intentó levantar la cabeza. Levantó la cabeza. Era un cuarto vacío, con una imagen de no sé qué encuadrada en lo alto. El piso era de cemento, con razón hacía tanto frío. Un foco débil, muy débil, apenas iluminaba el entorno. De ahí que las paredes no tenían un color preciso: ¿eran verde lechuga? o ¿celestes?

“Después de la tormenta siempre viene la calma”, resonó suave, tenue, la frase de la canción “Corazón partío”, de Alejandro Sanz, tal vez como ese mínimo hálito de optimismo que los seres humanos conservamos en nuestro interior. Eso lo llevó, inconscientemente, a levantar cansinamente el rostro y la mirada para decirse a sí mismo ¿dónde diablos estoy? Eso fue lo que en esos instantes le sucedió.

¿Qué? ¿Qué...? ¿Era cierto lo que veía, lo que tenía ante sí? Sí, era cierto. No había nadie en la habitación. Andrés se incorporó, con dificultad pero con decisión, y divisó la puerta. Se acercó hacia ella y vio unas gradas que conducían a otra puerta. Descendió, con cautela. Se acercó al lugar y verificó que el portón metálico estaba entreabierto. Asomó la cabeza —o la masa sanguinolenta— y advirtió que el cancerbero estaba a sólo dos pasos del umbral, orinando, mirando hacia el suelo o, más bien, mirando el chorro de su orín...

“Corrí como si el diablo me estuviera persiguiendo”, dijo Andrés. Empezó probablemente la carrera más importante de su vida, con zancos largos, de dos o más metros. En realidad, no corría, volaba. En un giro desesperado e instantáneo de cabeza, pudo percibir que el cancerbero estaba por alcanzarlo. Andrés se dio cuenta —en plena competición con el cancerbero, a quien le llevaba la delantera por unos cuantos pasos, algo parecido a lo que vemos en los cien metros planos del mundial de atletismo—, de que la eventual pista atlética era la calle Lisímaco Gutiérrez, en la zona Sopocachi, y recordó que el Comando General de la Policía Boliviana estaba a sólo dos cuadras. Por eso es que gritó: ¡Policíaaaaaa...! Y una vez más gritó: “¡Policíaaaaaa...!”. A todo esto, se percató de que evidentemente un policía encaminaba sus pasos hacia él. ¡Todo un milagro!

Las otras torturas

Andrés fue internado horas después en un hospital de la ciudad. Si bien los profesionales médicos recomendaron una intervención quirúrgica inmediata, esto no llegó a realizarse porque la ruptura total que se observaba en su maxilar inferior requería de un juego de placas de titanio que costaban aproximadamente 1.200 dólares y Andrés no tenía ese monto. Entretanto, su hermano Francisco comenzaba la “travesía” de tocar las puertas de parientes y de amigos, en el afán de conseguir el dinero. Y lo consiguió. La solidaridad existe.

Siete días después, Andrés fue dado de alta, aunque bajo cuidados estrictos: sólo alimentos líquidos —licuados—, no leche o lácteos —porque este producto contiene una enzima que puede infectar el hueso— y absoluto reposo —no podía trabajar—. ¡Fue prácticamente sacado de la vida!

Pero un mes y 10 días después, nuevamente tuvo que ser internado de urgencia, pues en ese tiempo la infección entre el mentón externo y la boca no cedía. “Tiende a generalizarse por otros sectores de la cabeza”, comunicó el médico a cargo de la curación de Andrés. Éste permaneció hospitalizado 12 días más, con un tratamiento intensivo de antibióticos. ¡Empezó a vivir para endeudarse!

Tanto por la primera internación, que incluyó la operación, como por el tratamiento posterior, los gastos de Andrés sobrepasaron los cuatro mil dólares. Es probable que el monto sea superior, si se tienen en cuenta los gastos conexos o necesarios en los que tuvo que incurrir su familia. Seguramente, en países desarrollados, no es mucho dinero, pero en Bolivia ese monto lo es todo.

Un día después de la operación, se constató que el dinero de las cajas de ahorro de Andrés, en los dos bancos, estaba intacto. Esto, por cierto, provocó un cierto alivio en él, considerando lo endeudado que se encontraba. Reconoció, esbozando una sonrisa, que cuando el delincuente le pidió el número *pin* de su tarjeta, en una primera instancia, él le proporcionó uno errado sólo por el estado de *shock* en el que estaba. Luego dio el de la otra tarjeta, pero el número que balbuceó, “9669”, tampoco era el correcto, aunque en esa oportunidad lo hizo a propósito, “con toda convicción”, dice él, “porque de todas maneras de ahí iba a salir muerto”.

El “silogismo altoperuano” a nombre de todas las víctimas de la delincuencia

Convaleciente, además de leer *El Evangelio según Jesucristo*, del Premio Nobel José Saramago, y *Los principios de la revolución independentista en América*, de Estanislao Just Lleó, Andrés vio casualmente en un informativo de televisión que las víctimas de las dictaduras —entre lisiados y presos en cárceles militares— eran “indemnizadas” por el Estado, mediante un Decreto Supremo, con montos económicos diversos. Y algo se le iluminó.

Aparte del rubro profesional en el que se desempeña, Andrés es un apasionado por la historia. Y a propósito del bicentenario de las revoluciones ocurridas en Charcas —hoy Bolivia—, se interesó en aquello que los doctores de la Universidad Mayor Real y Pontificia San Francisco Xavier de Chuquisaca denominaron el “silogismo altoperuano”: premisa mayor, el soberano de estas tierras es el Rey Fernando VII; premisa menor, el soberano está cautivo en Bayona, Francia, por las tropas imperiales de Napoleón Bonaparte; conclusión, en tanto cautivo el Rey... somos libres.

“Y por cierto que la historia nos conduce —reivindicó Andrés— a llegar a las mismas conclusiones, aunque todo esto parezca fuera de lugar y extemporáneo”: “Premisa mayor, las víctimas de las dictaduras militares ahora recibirán una

indemnización por los daños físicos y morales de las que fueron objeto; premisa menor, los torturadores o victimarios, más allá de sus objetivos políticos o ideológicos, eran delincuentes; conclusión, todos quienes somos víctimas de los delincuentes, en tanto es del Estado su responsabilidad constitucional precautelar la integridad física y moral de todos sus estantes y habitantes, merecemos la misma indemnización que los ahora beneficiarios víctimas de las dictaduras. De otro modo se estará cometiendo discriminación de unos ciudadanos por otros, a pesar de haber sufrido los mismos daños, psíquicos y físicos, de los cuales somos víctimas”, dijo ante un concurrido grupo de ciudadanos que decidieron escucharlo en la plaza Murillo de la ciudad de La Paz. Algunos lo consideraron loco cuando se aprestaba, portafolio en mano, a “hacerse escuchar” en el Congreso Nacional, que en esos momentos decidía si financiar o no las millonarias campañas electorales de los partidos políticos que pretendían llegar al poder.

“¡Por tanto —expresó enfáticamente Andrés—, exijo complementar o corregir, si es el caso, aquella ley o decreto, o lo que sea, que diga o refiera extender el beneficio de indemnización a todas las víctimas de la delincuencia, sin que se discrimine si el delincuente que le causó el daño hubiera tenido un propósito ideológico o sencillamente pecuniario. ¡Qué va!”, concluyó.

¿Y después qué?

Andrés Romero pudo reincorporarse a su trabajo 25 días después del atraco, devenido en secuestro *express*. Recién llegado a su oficina, se inició el ritual de las condolencias: “cuánto lo siento, espero que te repongas rápidamente” o “eso te pasa por caminar tarde, agradece a Dios que estás vivo”.

Pero las molestias están ahí: los onerosos deberes que contrajo sin haberlos requerido, tener que cuidarse más de lo debido, llegar muy temprano a casa, no olvidar para nada el antibiótico de la hora, enjuagarse la boca con un líquido que sabe a alcohol después de cada comida, ni pensar en salir con los amigos y tantas otras cosas más... Por cierto que son menesteres que a uno lo desgastan. Además, casi todos lo miran en la calle, en el minibús, en el supermercado, en la Policía —donde fue a recabar su documento de identidad que los delincuentes le arrebataron—, aquí y allá, porque atravesándole la quijada, hasta la mejilla izquierda, lleva un vistoso parche que le cubre desde el cuello. Y esto ya no lo tolera, en la medida en que es tan notorio que unos sienten compasión y otros, asco, repulsión, y cambian de asiento en el minibús o en cualquier parte.

Ya en casa, en la llamada hora de descanso... nada, no puede descansar ni conciliar el sueño. Si lo concilia, es para reencontrarse con sus agresores en ese mismo lugar, para tratar de huir de su presencia y no poder hacerlo; es para despertar

y tener ante sí un nuevo día, un nuevo desafío, aunque más que seguro será un nuevo *vía crucis*, el cual, al parecer, nunca más lo dejará tranquilo en este camino, que de un día para el otro se tornó escabroso y difícil de transitar, y al que todos llamamos vida.

La Paz, 1 de diciembre de 2009

MOLINA UBANO, ASESINATOS S.A.

Antes de subir a un minibús, debe persignarse y pedir a Dios que no sea su último viaje, porque podría ser víctima de los cogoterros.

ELVIS Toro
etoro@el-extra.com

Elvis Cruz Toro Aranda (etoro@el-extra.com) es periodista. Su carrera comenzó en 1989 como reportero-redactor de Producciones de Radio y Televisión (Pratel-Deportes), posteriormente fue reportero-redactor de radio Nueva América y entre 1992 y 1994 reportero-redactor y jefe de Prensa de Radio Cadena Nacional (RCN). En 1996 fue reportero-redactor del vespertino *Post Meridium*, entre 1996 y 1998 reportero-redactor del periódico *Presencia* y en 1998 reportero-redactor del periódico *La Razón*. Entre 1999 y 2001 fue editor de la Sección Ciudad del periódico *La Razón*, entre 2001 y 2004 editor de la Sección Seguridad del periódico *La Razón*. Actualmente es director del periódico *Extra*.

“Se alistan sus pasajes”. Suponemos que ésa fue la última frase que escuchó Juan José antes de despedirse de este mundo. De a poco, soltó de sus manos sus inseparables instrumentos musicales, los mismos con los que daba clases a niños y a jóvenes. Los recuerdos de sus 37 años pasaron como una melodía corta, mientras sentía cómo sus cuerdas vocales, con las que interpretó miles de canciones, se iban cerrando y su voz se iba apagando. Pero antes de su último suspiro, tuvo tiempo para lanzar, tal vez, una de sus últimas y más importantes interpretaciones: “¡Auxilioooo!” Pero ya era tarde, su corazón dejó de emitir sus melodiosos latidos.

El silencio invadió el minibús rojo que minutos antes Juan José había abordado con el afán de llegar a la zona 16 de Julio, en la ciudad de El Alto, donde debía dar clases de música y practicar con su grupo.

En el mundo de los vivos, las sombras de cinco hombres comenzaron a moverse bruscamente. Uno preguntaba “¿ya está frío?” y otro gritaba “sáquenle rápido todo lo que lleva, carajo”. Un celular, la billetera con unos cuantos billetes y un anillo de matrimonio fue todo lo que encontraron. El chofer imprimió mayor velocidad al vehículo, hasta llegar a un lugar oscuro, donde los otros cuatro lanzaron el cuerpo de Juan José y su zampoña, el instrumento que más le gustaba.

Entre risas forzadas y aún con la sangre caliente, los atracadores vieron que su botín no era suficiente, y como si se tratara de una empresa en la que cada empleado sabe a cabalidad el trabajo que tiene que realizar, salieron en busca de su próxima víctima, antes de que su cómplice natural, la oscuridad de la noche, los abandonara.

Juan José es una de las 50 víctimas a las que las bandas de cogoteros segaron sus vidas entre enero y noviembre de 2009, en las ciudades bolivianas de La Paz, El Alto, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra.

Los cogoteros, sembradores de muerte

Con 44 años sobre la espalda, Benito levanta el brazo para hacer parar un vehículo de transporte público que lo acerque hasta su casa. Sus manos agarran cuidadosamente las cartulinas en las que dibujó los cinco sentidos para su hijo, trabajo que el niño debe presentar al día siguiente en su escuela. Aborda un minibús rojo.

Dentro del carro están cinco personas: el chofer, un pasajero ubicado delante de él, otros dos acomodados en los asientos de atrás y el voceador. Todo parece normal, incluyendo el hecho de que el minibús no se detiene para recoger a otros usuarios. Tampoco parece raro que el voceador anuncie: “Se alistan sus pasajes”. Cuando Benito mete la mano en el bolsillo para sacar unas monedas, el carro frena de golpe.

En ese momento, siente que la bufanda que lleva puesta para aminorar el frío le quita la respiración. Uno de los hombres que ocupa el asiento de atrás lo asfixia, mientras que los otros tres lo golpean brutalmente. Benito suelta las cartulinas y también su último hálito de vida. He aquí una escena del nuevo modo de robo en las ciudades de La Paz y El Alto, así como en otras ciudades bolivianas. Los cogoteros matan para robar.

“Ya está listo”, dice uno de ellos. Rebuscan en los bolsillos de Benito y sacan todo lo que lleva encima, a tiempo que el minibús apresura su marcha. Al llegar a un lugar abandonado, lanzan el cuerpo y también las cartulinas. Al enterarse de que su víctima sólo lleva dos billetes de 10 pesos, el chofer grita “¡vamos por la próxima presa!” y cada quien vuelve a ocupar su puesto de trabajo.

En el último tiempo, esta modalidad delincencial ha generado la proliferación de cogoteros y el incremento de víctimas. Las páginas de los periódicos y los registros de la Policía muestran datos alarmantes. En enero, siete personas murieron en manos de esos antisociales; en febrero, cuatro, al igual que en marzo; y, en abril, seis. El mes con mayor cantidad de víctimas fue mayo, con ocho muertos, mientras que en junio se registraron cuatro casos; en julio, cinco; en agosto, dos; en septiembre, también dos; en octubre, tres; y, en noviembre, cinco. La sumatoria llega a 50, en 11 meses de 2009.

Los que viven para contarlo

Fernando espera nervioso que un coche lo lleve hasta la zona donde vive. Como hace frío, no duda en subirse al primer vehículo de transporte público que se acerca. Es un minibús rojo. Le parece extraño que tenga pocos pasajeros y que el chofer no recoja a más gente e imprima mayor velocidad al motorizado, pero no presta demasiada atención porque su intención es llegar lo más pronto posible a su destino. Pasan alrededor de 10 minutos y el voceador anuncia: “Se alistan sus pasajes”. De repente, Fernando advierte algo delante de su rostro, es una bufanda que rápidamente le aprisiona con fuerza el cuello. Instintivamente, usa una de sus manos para evitar que esa prenda lo siga asfixiando. Los otros “pasajeros” comienzan a golpearlo. El minibús no se detiene, a pesar de tener los faroles apagados. Uno de los agresores grita: “Matalo, matalo”. Fernando escucha la orden y se desespera. Poco a poco, siente que las fuerzas lo abandonan. Cree que todo se acaba y, de pronto, la luz de sus ojos se apaga.

El minibús rojo, con otra de sus víctimas en el interior, para en un lugar oscuro. El cuerpo de Fernando es lanzado fuera del motorizado, que parte raudamente y se aleja. En el rostro de uno de los sujetos comienza a dibujarse una mueca diabólica. Más de 600 bolivianos, un celular moderno y varias joyas fue lo que sacaron de

los bolsillos de Fernando. El minibús frena de golpe y los cinco hombres se reúnen en dos asientos para ver su botín. Cuentan el dinero y calculan en cuánto podrían vender los objetos de valor. Al tener la cifra aproximada, uno de ellos, el jefe, empieza a hacer un arqueo, ya que del monto obtenido se debe descontar el costo de la gasolina, el alquiler del minibús y otros gastos. El dinero sobrante es repartido entre los cinco. Pero las cosas no terminan ahí. “Hay que festejar, nos ha ido bien”, dice uno de ellos. “Vamos a tomar unos tragos, pero no se olviden que mañana en la noche nos vemos en el mismo lugar”, responde otro. La jornada laboral termina.

Un par de horas más tarde, en el lugar donde los delincuentes dejaron a su víctima, se siente un hálito de vida. Fernando despierta adolorido y con miedo. Haciendo un esfuerzo, se pone de pie y mira a su alrededor para asegurarse de que los delincuentes no estén cerca. Respira aliviado por haberse salvado de una muerte segura. Al menos 11 personas sobrevivieron al ataque de ese clan, pero sólo cinco se animaron a contar cuán cerca estuvieron de morir. El resto prefirió callar y vivir con el miedo.

El término ‘cogotero’ se refiere al cogote, al cuello. Según la Policía, se utiliza para designar a los asaltantes que atacan a sus víctimas colocándoles algún objeto alrededor de la garganta para asfixiarlas hasta que éstas se desmayan o se mueran, con el propósito de arrebatarles sus pertenencias. Los datos policiales también indican que, en esta década, ese método delincencial se puso de moda en Bolivia, principalmente en las ciudades de La Paz y El Alto, y que las principales víctimas son los conductores de taxis. Un caso que provocó pánico y consternación en la urbe paceña se registró el año 2002, cuando fue capturado el clan liderado por Vladimiro Vega, que junto a sus cómplices atacaba a taxistas y los llevaba fuera de la ciudad para matarlos y robarles sus vehículos; luego, los enterraba en una fosa. Siete personas fueron sus víctimas.

Empresa del terror

Aún con los efectos del licor, cuatro hombres se reúnen dentro del minibús rojo, tal como acordaron. Uno de ellos, el jefe, sigue festejando y no llega a la cita. Los demás deciden no esperar y preparan sus herramientas de trabajo, porque su empresa tiene que volver a funcionar. Tesan los alambres, prueban la dureza de los palos y miran si las bufandas resistirán al usarlas para apretar el cuello de sus víctimas. Verifican que el carro tenga la gasolina suficiente, a fin de que no se plante en el momento menos esperado. Todo está listo para comenzar su jornada laboral. Si bien la totalidad de los detalles está en orden, no tienen en cuenta que sus víctimas de la noche anterior y de días pasados fueron encontradas, y que la Policía, los familiares y los vecinos les pisan los talones.

Los operativos policiales se realizan en diferentes zonas. Incluso varios agentes se hacen pasar por pasajeros comunes, hasta que alguno tiene la suerte —¡si se le puede llamar suerte!— de subir al minibús rojo. Éste ya conoce el modo de operar, por lo que lleva un celular en la mano para dar la señal de alerta. Pasados unos minutos, escucha decir al voceador: “Se alistan sus pasajes”. Inmediatamente pulsa la tecla de llamada del aparato y se protege el cuello con su otra mano. Ve que los pasajeros se abalanzan sobre él y siente cómo lo golpean. También siente que le ponen un alambre, que no llega a su garganta porque su mano está en medio. Comienza a dar pelea.

Las luces de los faroles y del interior del minibús están apagadas. De repente, todo comienza a aclararse. El agente, que siente que las fuerzas lo abandonan, ve luces parpadeando y escucha el ruido de sirenas. Los refuerzos llegan. Cuatro patrullas obligan al minibús a detenerse, al tiempo que los ocupantes son forzados a salir con las manos en alto. El agente, malherido, baja del motorizado después de algunos segundos. Había cumplido su misión: atrapar a la banda de cogoteros, la empresa Molina Urbano.

Los cuatro hombres son llevados a celdas policiales. Los uniformados registran el minibús de la muerte, como denominan al vehículo. En el interior, encuentran más de 30 discos con los números de varias líneas de transporte público y decenas de carteles con inscripciones de los barrios por donde el minibús podría circular. Se trata de las carnadas perfectas para cazar a sus presas. Sin embargo, esta vez, los papeles son distintos: los cuatro están en la “jaula”, donde comienzan a cantar su macabro modo de operar.

Según datos de la Policía, al menos ocho bandas de cogoteros continúan operando en las ciudades de La Paz y El Alto, y alrededor de diez lo hacen en el resto del país. En ese mundo delincencial, están involucrados conductores y voceadores, que trabajan de día y delinquen de noche, y reos que salen de las cárceles.

Empresarios del crimen

La empresa funciona así. Habitualmente intervienen los cinco hombres. Omar Molina Urbano, que está prófugo, es el jefe y dirige la empresa delincencial. Aprovecha sus conocimientos como chofer de transporte público para conducir el minibús por las rutas conocidas como solitarias. Su voz ronca y su constitución robusta facilitan que el resto de los componentes sigan sus instrucciones al pie de la letra. Su hermano, Ósmar, es de menor tamaño y tiene la particularidad de no mirar de frente. Oculta a medias su rostro tras una gorra con visera. Ambos se turnan para conducir el vehículo y evitan que los pasajeros suban a la cabina principal, con el fin de que éstos opten por ubicarse en los asientos destinados para el asalto. El que

no está de turno para dirigir el carro se acomoda en las butacas situadas detrás del conductor, para poder golpear a los eventuales clientes.

Los otros dos cómplices ocupan los últimos asientos. Ellos son Marco Antonio Choque Cussi y Rubén, un menor de 15 años. Ambos cumplen la función de apretar el cuello de las víctimas con una bufanda, cinturón, cuerda, alambre, cable o lo que tengan a mano. Usualmente, Marco Antonio es callado, pero al momento de atacar a los pasajeros grita e insulta. Además, es el que más protesta cuando el botín es insuficiente. Los escasos 15 años de Rubén no fueron impedimento para su incorporación a la banda. Lo conocen por violento, ya que se altera hasta con el vuelo de una mosca. No tiene ningún remordimiento para asfixiar a las víctimas.

El último de los componentes es Jhon Emilio Macha Palomino. Él hace de voceador y, luego de decir “se alistan sus pasajes”, ataca de frente y asesta puñetazos en el estómago y en la entrepierna de los pasajeros.

Antes de conformar la empresa, los cinco hombres trabajaban de modo individual. Se conocieron en la calle y coincidieron en muchos aspectos: no tenían padres, pertenecían a familias desintegradas y vivían consumiendo alcohol y drogas. Empezaron el negocio volteando muñecos, es decir, asaltando a los ebrios que caminaban solos. Con el paso de los años, decidieron conformar una compañía que les diera mayores ingresos. Fruto de su trabajo, al menos 11 personas fueron presas mortales: como ellos mismos cuentan, al apretarles el cuello, se les pasó la mano. Sin embargo, luego de ahorcarlas y de lanzarlas del minibús, las remataban golpeándoles la cabeza con piedras.

Sus testimonios son escalofriantes. Al contar la manera que tienen de asesinar a sus víctimas, lo hacen con lujo de detalles. Bastó con llevarlos a los lugares donde dejaron los cuerpos y describirles la contextura o el modo en que estaban vestidos para que comiencen a narrar cómo los mataron. Al escuchar sus tétricos relatos, los policías decidieron allanar sus domicilios. En ellos, encontraron bufandas, cinturones y cuerdas manchadas con sangre, además de prendas de vestir, celulares y billeteras que pertenecían a sus “clientes”.

La Policía descubrió que los integrantes de este grupo salían de cacería a las seis de la tarde. Si atrapaban a alguien con suficiente dinero —entre tres mil y cinco mil bolivianos—, dejaban de trabajar hasta gastar todo lo obtenido. Si la jornada no era rentable, repetían su método delincencial hasta seis veces en una noche. Sus “clientes” eran elegidos al azar, ya que atacaban a hombres, a mujeres, a sobrios y a borrachos, a parejas y a solitarios, sin importar la edad. La empresa que habían conformado era de riesgo compartido, pues sabían que podía ser rentable y que, en cualquier momento, podía quebrar, dejando a todos cesantes o entre rejas. Hacían todo para gozar cada noche.

Juramento de muerte

A pesar de no existir un documento escrito, la conformación de la empresa del crimen Molina Urbano se basa en un juramento de muerte que todos deben cumplir. El pacto consiste en que si alguno de sus integrantes cae preso no debe confesar las fechorías cometidas. En caso de incumplimiento, la falta se paga con la vida. Además, en caso de que la organización criminal fuera encarcelada, el acuerdo incluye que todos deben aportar con dinero y con contactos para que uno de sus componentes logre su libertad. El que deje las celdas tiene la misión de conseguir el dinero necesario para contratar abogados que defiendan y consigan liberar a sus colegas.

Desde el día en que los cuatro integrantes de la banda Molina Urbano, la del minibús rojo, fueron apresados y enviados a la cárcel, pasaron dos meses. Entre tanto, Rubén fue remitido a un reformatorio, por ser menor de edad. En una audiencia, la Jueza que está a cargo del caso hace callar a los asistentes para emitir un fallo. Determina la libertad de Rubén, con el argumento de que no existe una acusación penal en su contra. Según los familiares de las víctimas de los cogotereros, el Fiscal se había olvidado imputarlo, pese a que las investigaciones policiales y los testimonios de sus mismos compañeros determinaban que él era uno de los que estrangulaba a los pasajeros del minibús rojo. Ana, la esposa de Juan José, el profesor de música que murió en manos de estos cogotereros, grita: “Esto es una injusticia. No hay ley para los pobres”. Ella y sus hijos, impotentes, se abrazan y lloran desconsoladamente.

El juramento de muerte se ha cumplido. Los delincuentes reunieron dinero y pagaron a los contactos necesarios para que uno de ellos recuperase su libertad.

Sólo pasaron ocho días. La Policía encuentra el cuerpo sin vida de Mario, un muchacho de 20 años, cadete de la Policía. Éste tiene la cabeza destrozada y la lengua apretada entre los dientes. Una bufanda da tres vueltas su cuello... Es otra de las víctimas de los cogotereros que lleva el sello de Molina Urbano, Asesinatos S.A.

1 de diciembre de 2009

VÍCTIMAS ASOCIADAS

Te embarcaste en el minibús sin saber que ahí morirías. No imaginaste que algo así te podría ocurrir. Te sentaste. Al subir, viste que detrás estaban sentadas dos personas; delante, sólo una. No te preocupó que el conductor no tuviera interés por recoger más pasajeros. Cuando el voceador cobró el pasaje, pagaste, como siempre, con una moneda que solías sacar de tu billetera minutos antes de abordar un vehículo. Ésa fue la última escena que viste de la obra teatral que te montaron. De pronto, presentiste lo que vendría después. En ese instante, te agarraron con violencia. De un momento a otro, todos te empezaron a golpear. Los que estaban detrás de ti, te pusieron algo en el cuello y comenzaron a ahorcarte. Trataste de zafarte con todas tus fuerzas. Tu corazón comenzó a latir más fuerte que de costumbre. Tu respiración comenzó a agitarse y se volvió dificultosa. No tuviste tiempo para pensar, pero sí para recordar. En un instante, tus recuerdos se hicieron presentes: el primer beso, tus hijos, tu esposa, tu boda, tus padres, tu familia..., tu vida. Mientras el minibús avanzaba sin detenerse, afuera, las calles y las casas se escurrían por las ventanas, como el film de un sueño confuso en el que las imágenes pasan, de manera continua, sin detenerse. Pero esto no es un sueño. Te preguntaste por qué... y dejaste de respirar. Distes un último suspiro. Tu cabeza cayó sobre tu pecho. El crimen había sido consumado.

PABLO Peralta
pabloperaltamiranda@gmail.com

Estudiante de quinto año de la Carrera de Ciencias de la Comunicación Social de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Miembro del equipo *Una Palabra Mensual*, publicación digital. Actualmente, es colaborador de la revista digital chilena *Dilemas*.

Fue una tarde de septiembre cuando conocí a los familiares de las víctimas que un grupo de cogotos había asesinado. Ellas, las madres, las esposas, las novias, las hermanas, esperaban en el pasillo de la Corte Superior de Justicia de la ciudad de El Alto, fuera de la Sala Cuarta donde se ventilaba la Audiencia Cautelar en contra de los cogotos.

“Nuestra Asociación surge por la necesidad que teníamos de tener fuerza. En todo este camino que hemos recorrido, hemos visto por conveniente reunirnos todas, ya que éramos bastantes víctimas, para tener más fuerza juntas”, fueron las palabras que me dijo Rosario Pérez, una de las mujeres que representa a la organización en la que, por ahora, no existen jerarquías y todas y todos son iguales. Rosario aparenta unos 40 años de edad. Es de complexión robusta. Tiene voz aguda. Desde que mataron a su hermano, siempre viste de luto y lleva gafas oscuras para ocultar su pena.

Ese día de septiembre, sólo Rosario pudo presenciar la Audiencia Cautelar en contra de los cogotos, que se habían organizado para robar y matar a sus víctimas en un minibús que aparentaba ser de servicio público. Las personas que caían en la trampa se embarcaban en ese vehículo sin sospechar que minutos después, mientras recorrían la ruta, serían golpeadas sin consideración y ahorcadas hasta dejar de existir. La movilidad es llamada, con dolor, “el minibús de la muerte”, porque eso encontraron las víctimas al subirse en él.

Rosario es hermana de Juan José Pérez, un hombre de 33 años que fue amante de sus hijos y de la música folklórica. Había compuesto varias canciones para la fiesta del Gran Poder en La Paz y en la zona 16 de Julio, de la ciudad de El Alto. La noche en que lo mataron, salió a ensayar con su grupo “Vivencias”. Su ensayo se suspendió porque no asistieron dos de los integrantes. Esa ausencia determinó el destino final de Juan José, ése que interrumpió su vida justo cuando no debía.

Antes de regresar a su casa, Juan José fue al mercado a comprar verduras y carne para cocinar la cena acostumbrada para sus dos hijos. Subió a un minibús rojo. Horas más tarde, la Policía encontró su cuerpo sin vida tirado en el suelo de una zona alejada de la ciudad de El Alto. Los cogotos le rompieron la manzana de Adán. Lo golpearon por todo el cuerpo, para que no pudiera defenderse mientras lo asesinaban. Murió por la asfixia provocada con una chalina, la misma que los delincuentes usaban para cubrirse del frío del Altiplano.

“Era una persona que merecía vivir”, me dijo Rosario. ¿En qué estaría pensando ella cuando presenció la Audiencia Cautelar, viendo a los asesinos de su hermano? Quizá se contuvo con rabia para no gritar y llorar, para no atacarlos y cometer un crimen como lo habían hecho ellos. Afuera, desde la puerta, apenas se podía

observar lo que ocurría adentro. Sólo se veían las siluetas de policías y de personas vestidas con traje y ropa casual. Lo único que quedaba era esperar.

Desde que mataron a sus esposos, a sus hermanos, a sus hijos y a sus novios, las mujeres llevan el color oscuro no sólo en la ropa, sino en el alma. “Esta vida ya no es vida”, afirmó desencantada una de ellas, cuando le pregunté cómo la muerte de su hijo había cambiado su modo de vivir. “No tenemos esa paz que antes teníamos, no tenemos ese ánimo de seguir viviendo. Creo que lo único que pediríamos es justicia, que se haga justicia con estos malhechores”, me dijo.

Las víctimas murieron y los familiares quedaron en este mundo. Se interrumpió la vida. La muerte dejó una pena y también —para ellas— una lucha para que se dé castigo a los culpables. Ése es el objetivo de la Asociación: conseguir que la justicia castigue a quienes asesinaron a sus seres queridos.

Juan Mollericona es un sociólogo alteño especializado en el estudio de temas en este ámbito. En la actualidad, trabaja en una investigación sobre los linchamientos en la ciudad de El Alto. Él explica que una persona, en la medida en que es “componente de un grupo”, puede acceder a “muchos espacios” y que, como colectividad, es posible “gestionar muchas cosas”, como velar por las investigaciones, realizar un seguimiento de los casos e, inclusive, “colectivamente pueden ir a exigir, hacer una manifestaciones en los juzgados judiciales [sic], y ante la Policía”. “Individualmente es bien difícil moverse. Por eso muchas marchas y muchos bloqueos se hacen así”, asegura el experto. Este sociólogo sostiene que la Asociación conformada por los familiares de las víctimas demuestra una interpelación y la “falta de confianza en las instituciones del Estado”, como la Policía y el Sistema Judicial. “Este grupo nos dice que hay una constante supervisión, una forma de demanda ya explícita. Colectivamente, es una especie de control social”, afirma.

Loreta Tellería, Directora del Observatorio de Democracia y Seguridad, asevera que la conformación de la Asociación “es una respuesta” a la falta de capacidad del Estado para controlar la inseguridad ciudadana. Tellería afirma que la sociedad siempre se organiza cuando ve que el Estado no tiene la capacidad para responder a las expectativas de las personas.

Ese día, al llegar a la Corte Superior de Justicia de la ciudad de El Alto, pregunté por Rosario. Estaba adentro, en la Audiencia Cautelar. Dos días antes, había logrado contactarla. Cuando le hablé por teléfono, tuve miedo de que me colgara. Me habían advertido que una de las esposas de los cogoteros la había amenazado con atentar contra la vida de sus hijos. Sin embargo, me atendió con soltura y aceptó que la acompañara en su visita al Ministerio de Justicia, lugar donde los familiares suelen asistir para consultar a sus abogados sobre los procesos judiciales que llevan adelante en contra de los cogoteros.

Mientras esperaba, Gladys Valverde, una señora que aparentaba unos 50 años, me contó su tragedia. Los mismos que estaban ahí adentro, lidiando contra la justicia, habían terminado con la vida de su hijo, de 26 años. Félix Iglesias Valverde era un Teniente de la Policía. “A mi hijo me lo han matado”, me dijo mientras las lágrimas se escapaban de sus ojos, humedecidos por el dolor. En su caso, el proceso se ventila en la ciudad vecina a La Paz. Los asesinos, después de matar al joven, lo botaron en plena autopista que une esa urbe con la ciudad de El Alto, jurisdicción en la que quedó el caso.

El hijo de Gladys ingresó a estudiar a la Academia Nacional de Policías el año 2000. Después de egresar, se quedó en la ciudad de La Paz a “hacer carrera”. El 5 de marzo, Gladys tenía previsto dejar la capital Sucre para venir a vivir a La Paz, Sede de Gobierno. Pero aquel proyecto de vida se truncó porque el 4 de marzo mataron a su hijo. Ahora, ella vive entre La Paz y Sucre, de manera intermitente. Su esposo y su hijo mayor le han pedido que regrese a su hogar para continuar su vida. Ella no quiere. El único consuelo que busca es que se haga justicia.

Loreta Tellería explica que, a veces, la gente se organiza de manera “proactiva”, con la finalidad de tener mayor presencia y para reclamar respuestas al Estado. Lo hacen de manera “negativa” cuando se organizan “de un momento a otro, furtivamente, para tomar la justicia por su propia mano”.

Las personas que integran la Asociación se conocieron porque sus familiares fueron víctimas de los mismos asesinos. Cuando la Policía atrapó a la banda de cogoteros, ellas fueron a ver a “los desgraciados” que habían llevado su libertad al desenfreno, cuando atentaron sin escrúpulos contra la vida de sus seres queridos. Se encontraron un 6 de julio. Todas vestían de luto. Lloraban, gritaban, intercambiaban historias y números de teléfono y de celulares. Había que hacer frente a los cogoteros, cuyo cinismo había sobrepasado el límite, aquel que pende de un pelo cuando no es posible comprender que alguien quite la vida a otra persona, sin razón alguna. En sus declaraciones, los asesinos afirmaron que se les “había pasado la mano” y que “sin querer los habían matado”. Hoy, esas mujeres luchan por quitar la libertad de los que la quitaron a más de un familiar. Los asesinos no mataron simplemente a un hombre, a un esposo, a un hijo o a un novio. En muchos casos, asesinaron a la persona que llevaba el sustento al hogar.

De aquellas tragedias compartidas surgió la Asociación. Las mujeres recuerdan que, al principio, juntaron dinero y contrataron a un abogado para que se hiciera cargo de todos los casos. Sin embargo, éste se aprovechó y quiso cobrarles 10 mil bolivianos —1.414 dólares— por sus servicios. Ese monto no fue posible recolectar entre las personas que conforman la Asociación. El salario mínimo boliviano equivale a alrededor de 90 dólares. Al final, el abogado las abandonó.

Al asociarse, los familiares de las víctimas superaron sus casos individuales. Se convirtieron en un “sujeto colectivo”. Recién los escucharon. Las puertas se les abrieron. Otras organizaciones comenzaron a apoyarlos. El Estado les prestó atención. Consiguieron que tres abogados del Ministerio de Justicia los “patrocinen”. Lograron aparecer en los medios de comunicación como Asociación. Aún está en trámite su personería jurídica. No recuerdan con precisión la fecha en que decidieron asociarse. Por ahora, eso no importa. Lo que les urge es luchar por justicia. Aquello que les parece sorprendente es que el Estado boliviano dé a los delincuentes abogados de oficio. Pero aún les sorprende más que los cogoteros no utilicen ese privilegio, ya que tienen sus propios abogados. A ellas les costó tener el “patrocinio” de tres abogados y a ellos no les cuesta ni un pelo no utilizar uno.

La última vez que vi a los familiares de las víctimas, estaban en el Ministerio de Justicia conversando con uno de ellos. Mantienen algunas cosas en reserva, ya que no quieren entorpecer las investigaciones. Su fe en la justicia parece de otro mundo. Sin embargo, hasta la fe se cansa de esperar. Ellas lo saben. Apuestan a que la justicia sentencie a los asesinos a 30 años de cárcel, la pena máxima, aunque dicen que estarían conformes con una cadena perpetua. “Tampoco queremos que los maten. Es una salida muy fácil para ellos. Pero si no podemos llegar a eso, la pena máxima ya en algo nos mitigaría el dolor”, dijo Rosario Pérez el día que la conocí.

Según cuentan los familiares, ninguna de las personas que se subió al “minibús de la muerte” estaba ebria. Los borrachos se salvaban de morir asesinados. Los delincuentes no los atracan porque deducen que no andan con dinero.

“Él no estaba borracho”, me contó Nancy Conde, pareja de Benito Térrez Limachi, de 44 años, que salió rumbo a la casa de su madre después de pintar junto a Nancy un cuadro sobre los cinco sentidos del ser humano. Ese trabajo lo habían realizado para el hijo mayor de Benito. Nancy recuerda que cuando Benito dejó su casa se había despedido con una sonrisa, un beso y un abrazo. Nunca más volvió a escuchar su voz ni volvió a sentirlo.

Benito era profesor de música. cursaba el tercer año de Derecho en la universidad pública de la ciudad de El Alto. Lo mataron el 24 de mayo, tres días antes de la conmemoración del Día de la Madre en Bolivia. Ensayaba una canción para dedicarla a todas las mamás del colegio donde trabajaba. Su deseo no pudo ser cumplido. Esa noche, dos horas después de despedirse de Nancy, fue encontrado tirado en la calle. Junto a su cuerpo, estaba el cuadro de los cinco sentidos, además de las llaves de su casa, a la que nunca más llegó. Ahora, Nancy espera que se haga justicia y que se castigue a los que mataron a su pareja.

El día de la Audiencia Cautelar a la que sólo Rosario pudo ingresar, Nancy esperaba junto a las demás mujeres la resolución tomada en contra de los cogoteros. La expectativa se sentía. Alguna charla fugaz surgía para mitigar el paso lento del tiempo. Cuando Rosario salió, comunicó al grupo que el Juez había determinado una detención preventiva para los delincuentes.

Antes de que los cogoteros fueran trasladados a sus celdas, la Policía hizo rápidamente un cordón humano, a fin de evitar que los familiares se abalanzaran y los golpearan. En una audiencia pasada, luego de zafar la seguridad policial, los familiares golpearon a los cogoteros, les jalaban de los cabellos y, con dureza, les gritaron: ¡Asesinos...! “Dicen que nos tienen miedo, y deben tenernos miedo”, me aseguró Rosario. Sin embargo, en esta ocasión, los recaudos de la Policía tampoco resultaron efectivos. Los cogoteros salieron lentamente, con pasos timoratos. Hubo un momento en el que el freno policial detuvo a los familiares, pero no logró coartar su voz. Después, ni siquiera fue posible detenerlos.

Cuando los sacaron, las voces —y luego los gritos— se unieron con fuerza al mismo tiempo: “¡Asesinos...! ¡Asesinos...! ¡Asesinos...!”. De un momento a otro, los familiares se abalanzaron sobre ellos. Corrieron detrás de los cogoteros y de los policías que los trasladaban. En el trajín, algunas mujeres comenzaron a llorar y sus palabras se transformaron en quebradas protestas de pena y de sufrimiento: “Asesinos...”, “cogoteros...”, “malditos asesinos...”, “desgraciados, van a pagar lo que han hecho”, se escuchaba en el lugar.

Ese día, el reclamo también fue para los policías, ya en el patio trasero donde resguardaban a los cogoteros de los familiares. “Deberían cuidar a las personas, no a esos delincuentes”, gritaban las mujeres. Al salir, un poco más calmadas, una de ellas dijo “qué cosa les vamos a hacer, pues”, como cuestionándose a sí misma y afirmando que no serían capaces de matarlos, que no querían ser como ellos.

Loreta Tellería asegura que el Estado está perdiendo el control legítimo de la fuerza. “Hay mucho debate sobre el tema, porque hoy en día, si bien la seguridad ciudadana es como un bien público, está siendo privatizada. Esto pone en tela de juicio esta capacidad del Estado de dominio legítimo de poder, del uso de la fuerza”, sostiene la Directora del Observatorio de Democracia y Seguridad. “El Estado ha perdido la capacidad de brindar mínimamente este bien público a sus ciudadanos y, por lo tanto, los ciudadanos o se organizan u optan por un bien privado, la seguridad privada”, añade. “Si el Sistema Policial funcionara, no habría razón para que muchos grupos se junten. No habría asociaciones. La gente no tendría que organizarse”, agrega Juan Mollericon. Para este sociólogo, el surgimiento de la Asociación “muestra la ineficiencia de la Policía”.

Varios miembros abandonaron la agrupación por el tiempo que tardan los procedimientos judiciales. Prefieren que los asesinos salgan libres, para vengarse de ellos. Esperan que la justicia, en un descuido, los deje en libertad, y así puedan lincharlos y hacer justicia por mano propia. “El tema de la burocracia, de la retardación de justicia, sin duda amplía la problemática de inseguridad ciudadana, porque esto repercute en la impunidad. Mientras los sectores delictivos vean que existe impunidad, obviamente tienen un campo libre para poder realizar acciones de manera más expedita”, afirma Loreta Tellería. Por su parte, Juan Mollericona aclara que, “en la medida en que alguien tenga confianza en la justicia, no tomará justicia por mano propia”.

“Si seguimos con la lógica ‘ojo por ojo, diente por diente’, podemos terminar ciegos todos”, expresa el abogado y ex Defensor del Pueblo Waldo Albarracín, que se desempeña en el área de los Derechos Humanos. Para Albarracín, en la actualidad, el Sistema Judicial en Bolivia es “muy mediocre”, continúa politizado y “sometido” a la influencia económica, cuyas causas revelan que, hasta hace poco, los que definían las listas de jueces y de fiscales eran las “células” de los partidos políticos, que también aglutinaban a abogados. Si bien “la historia ha borrado del mapa” a esos partidos, “los vicios continúan”, afirma el especialista.

En ese marco, al parecer, la pregunta que salta a la mente de cualquiera es si debería existir una transformación de la justicia. Según Albarracín, el Sistema Judicial sí debería cambiar y debería hacerlo a partir del “mejoramiento de la norma con el mejoramiento de los que apliquen la norma”. El desafío de optimizar la calidad de la justicia no ha sido tomado con la “debida seriedad”, sostiene la ex autoridad, que también destaca que para mejorar la democracia es necesario garantizar un Órgano Jurisdiccional cualitativamente distinto al que existe ahora. “Y no es problema de las leyes. Yo creo que es un problema de las personas, de los malos administradores de justicia”, aclara Albarracín.

Por su parte, Loreta Tellería considera que en cuestión de seguridad ciudadana, en el país, no se cuenta con “políticas concretas”, por lo que en esta materia están pendientes “una agenda y un debate”. Para Tellería, “otra gran parte del problema son las reformas institucionales, reforma de la Policía, del Sistema de Justicia”, que deben realizarse. La autoridad también recuerda que los distintos planes de seguridad ciudadana que el Estado ha puesto en marcha desde el año 1997 no han rendido frutos. En consecuencia, “los resultados han sido casi invisibles”, entre otros aspectos, debido a que los planes no fueron diseñados “bajo un diagnóstico integral de la seguridad”, que involucra el concepto de seguridad ciudadana adoptado desde la propuesta elaborada en 2003, la cual no sólo implica “dar más equipamiento a la Policía, infraestructura o crear más unidades”, sino la participación de la sociedad

y de otras instituciones. La especialista asegura que no existen diagnósticos sobre la inseguridad ciudadana a escala nacional ni expertos que conozcan la temática. “No se conoce el problema en su verdadera dimensión y, si no se lo conoce, no se puede actuar sobre él”, asegura Tellería.

“Ellos quieren ‘ojo por ojo, diente por diente’”, me dijo Nancy, la pareja del maestro de música que fue asesinado en mayo, al referirse a los miembros que abandonaron la Asociación. Ellos conocen las casas de los asesinos, tienen sus fotografías. “Nosotras estaríamos protegiéndolos [a los cogoterros] de manera indirecta, porque, si salen, los matan”, afirma Nancy. La línea que divide la zona de venganza de la justicia es muy sutil. Ellos quieren venganza; ellas, justicia.

La Paz, 15 de noviembre de 2009

RATICIDA: UN PASAJE BARATO HACIA LA MUERTE

Sólo necesitó 20 bolivianos para irse de este mundo, llevándose a sus dos hijos. Pero la mala suerte que le achacaron durante casi toda su vida se interpuso, una vez más, en su camino. Paulina no murió.

DEHYMAR Antezana
dehymar@hotmail.com

Dehymar Jesús Antezana Antezana (Oruro, 1975), egresó de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la UTO, ha trabajado en radio Arco Iris, en el periódico *La Patria* de Oruro y en ATB. Ha publicado *Noche Oscura*, que presentó al Segundo Concurso Nacional de Novela Juvenil (Santillana).

“Ni la muerte te quiere, yo no te quiero, nadie te quiere”, son las tres negaciones que Paulina escuchaba como eco en su cabeza todavía adolorida y sintiendo los efectos que le dejaron los retorcijones de estómago. Había tomado raticida. Buscaba morir. Ni eso pudo. El dolor de cabeza aumentaba.

El lunes 21 de septiembre, día de los enamorados en Bolivia, Paulina decidió quitarse la vida y terminar también con la existencia de sus dos hijos menores de edad, para que éstos no llevaran sobre sus espaldas el sufrimiento y el desamor de una familia desdichada. Se trataba de una solución definitiva y radical.

Paulina tomó raticida, pero no murió. Ahora, está tirada boca arriba en la cama número dos de la Sala de Medicina Mujeres del Hospital General de la ciudad de Oruro. Aún mareada por la intoxicación, la mujer hace el esfuerzo por hablar acerca de lo sucedido, no ahora, sino durante toda su vida, que sólo fue sufrimiento y dolor, golpes y llanto.

Si la muerte hubiera aceptado a Paulina, ésta se habría convertido en el caso 18 que se registraba en ese momento en la ciudad de Oruro y habría quedado en las estadísticas de los cuadernos del personal de la División Homicidios de la Fuerza Especial de Lucha Contra el Crimen (FELCC) que, hasta ese día, logró anotar dos suicidios en enero, cuatro en febrero, uno en marzo, dos en junio, dos en julio y seis en septiembre.

El drama

De la nariz de Paulina salían dos pequeños tubos y un tercero estaba conectado a su boca. Junto a ella había una bacinica, por si los vómitos le venían nuevamente como consecuencia del lavado de estómago que le hicieron para limpiarle el veneno que había tomado. Ojalá todo fuera tan fácil para salir de esta vida terrenal por medio de un viaje corto y pagando un pasaje barato. Pero no, así no pasan las cosas.

Como era 21 de septiembre, Paulina se levantó para alistar a sus dos hijos menores, que tenían que ir a sus colegios a festejar el día del estudiante. En ese interín, Juan, su concubino, que había tomado bebidas alcohólicas la noche anterior, se le acercó para pegarla. Paulina escapó como pudo hacia la cocina. El hombre tiraba todo, mientras la insultaba y la trataba de golpear. Ella corrió hacia el cuarto, que resultó ser una trampa, porque él la cercó para darle una paliza con toda su fuerza. Hubo puñetes, empujones, golpes e insultos. Siempre era lo mismo, al igual que las escenas que Juan había visto tantas veces siendo un niño.

La situación que vivió Paulina el día de los enamorados fue el resultado de la violencia intrafamiliar que se ejercitaba en su casa, como ocurre en muchos hogares

orureños, donde la violencia contra la mujer revela datos alarmantes sobre casos que son denunciados a diario en la Brigada de Protección a la Familia. Solamente el año 2008, se registraron 3.460 denuncias de mujeres maltratadas por sus maridos, concubinos o parejas. De ellos, 1.375 terminaron en agresiones físicas, 806 fueron de maltrato psicológico, tres de abuso sexual, 330 por otras situaciones y 946 casos de reincidencia. En lo que va del año 2009, esa cifra se ha incrementado. Sólo en los primeros nueve meses de la gestión, se denunciaron 2.886 situaciones de violencia contra la mujer: 399 en enero, 383 en febrero, 415 en marzo, 332 en abril, 272 en mayo, 346 en junio, 232 en julio, 262 en agosto y 245 en septiembre.

La mayor cantidad de casos registrados se debe a la incompreensión y a la falta de comunicación entre las parejas, ya sean matrimoniales o de concubinato, además de otros factores como la infidelidad, el exceso en el consumo de bebidas alcohólicas, las limitaciones económicas y el desamor, por citar algunos.

Dolor y llanto, llanto y dolor

La golpiza de ese día fue una de las tantas que su concubino dio a Paulina a lo largo de 25 años de amor forzado, debido a las pretensiones machistas de Juan, que cuando era joven se veía como un cisne enamorado y que, con el tiempo, se fue transformando en una fiera y en una máquina que producía golpes e insultos.

La relación de ambos sólo estaba atada por sus cuatro hijos: Marcial, de 24 años; Alfredo, que ahora tendría 18 si no hubiese muerto ahogado a los 14 años; Eliana, de 10; y Luis, de 6. Desde el principio, los hijos de Paulina y de Juan vivieron la desdicha del desamor del padre y de sus parientes, siempre indiferentes ante el amor, la solidaridad y la felicidad.

Paulina, desde su nacimiento, padeció el constante sufrimiento trazado por el destino: dolor y llanto. Cuando conoció a Juan, en su juventud, pensó que sus días de sufrimiento terminarían, pero, al contrario, su crisis se agudizó. En varias ocasiones, esto le hizo pensar en la muerte, que siempre la rechazó, pues tuvo varios intentos fallidos de suicidio. No sólo sufrió la indiferencia de su pareja, sino también la indiferencia de la familia de su concubino. A ese mal, se sumó la falta de cariño, de comprensión y de amor de Juan que, como una onda expansiva, también afectó a los dos hijos menores de Paulina.

Todas esas muestras de dolor fueron determinantes para que aquel 21 de septiembre Paulina, de 40 años, tomara la fatal decisión de preparar el “elixir” que sería su pasaje y el de sus dos pequeños hacia el otro mundo. En el instante en que Paulina preparaba el “brebaje mágico”, recordaba aquello que un día le advirtió un

doctor acerca de las consecuencias de tomar raticida. En su mente, se había quedado la escena de la visita que hizo a José Beltrán, su médico, que estaba sentado en una silla giratoria junto al escritorio de su consultorio. Ahí, Paulina preguntó sobre los efectos de tomar raticida y las consecuencias en su organismo si es que se salvara por algún milagro.

Beltrán le dijo: “Paulina, no estarás pensando en tomar raticida, porque las consecuencias son fatales. Primero te dará dolor abdominal, vómitos, tu frecuencia cardiaca será débil, tendrás convulsiones, la piel se te enfriará, tendrás temblores en las piernas, se te humedecerá la piel y, si te salvas, las lesiones neurológicas serán irreversibles, se te puede paralizar el sistema nervioso, habrá trastornos de conductos, padecerás de una constante psicosis y depresión”.

Esas palabras, que debieron frenar las acciones de Paulina, no fueron suficientes. Al contrario, para asegurarse de que su viaje al más allá, y el de sus dos hijos, sea efectivo, aumentó su dosis con tabletas de Diazepán, que las mezcló con los dos sobres de raticida comprados en el mercado a 10 bolivianos cada uno y que los tenía guardados desde hace un par de meses no precisamente para eliminar a los roedores que habitaban su casa, sino para su suicidio.

Según la psicóloga Giovanna Echeverría, el suicidio es un síntoma de la desestructuración de la sociedad. “Se nota una situación de desamparo en estas mujeres y no se puede hablar de una sola razón, son varias las que las llevan a tomar una medida así, pero, en general, tiene que ver con una familia desestructurada, que es la base de la sociedad”, explica la experta. La psicóloga no precisó datos estadísticos. Sin embargo, avalada en su experiencia, estimó que los casos de esa naturaleza se han incrementado. Argumentó que uno de los principales motivos para tomar la decisión de suicidarse es sentimental; después está el económico. Echeverría considera que ambas situaciones van de la mano y que la crisis que vive el país es parte determinante de tan extrema medida.

Los estudios psicológicos demuestran que la mujer piensa más que el hombre en la opción del suicidio, pero con medidas más blandas. Los métodos más comunes del suicidio en mujeres, que están registrados en la División Homicidios de la FELCC, se deben al consumo de productos fosforados, como el raticida.

El intento

La desafortunada mujer abrió los dos sobres de raticida. En su interior, éstos contenían algo parecido a unas pequeñas galletas, sólo que de veneno, supuestamente letal. Paulina las trituró y las mezcló con Diazepán para, según ella, asegurar su viaje.

A fin de que sus hijos no notaran el brebaje envenenado, Paulina compró un jugo de esos espesos que parecen casi naturales y hechos en casa. Se lo dio a los pequeños. Éstos aparentemente no notaron el mal sabor pero, instantes después, empezaron a sufrir el dolor producido por el efecto negativo de los elementos fosforados del raticida.

Una vez que la suicida se aseguró de que sus dos hijos habían tomado el brebaje, ella también lo tomó, pero en doble cantidad. Un par de minutos más tarde, la aparente alegría de los niños por tomar el jugo para calmar su sed se convirtió en uno de los momentos más espantosos de sus vidas: vieron de cerca la muerte, que los llamaba insistentemente.

Paulina estaba segura que no volvería a esta vida. Sin embargo, no contaba con que en la casa donde vivía estaba su cuñada. La mujer escuchó los quejidos y el llanto de los niños, e ingresó violentamente a la habitación de Paulina. Allí observó al trío tirado sobre el suelo, en medio de convulsiones, vomitando y con espuma que salía por las bocas. En el lugar, había un olor extraño. Inmediatamente llamó a Juan para que auxilie a su familia y la traslade al hospital; para que la vida de su esposa y de sus hijos sea salvada.

El concubino hizo parar un taxi. Le pidió al conductor que esperara unos minutos. Uno a uno, fue sacando a sus hijos y a Paulina de la casa. Llegaron al hospital en medio de bocinazos, como dando la alerta de que trasladaba a personas que necesitaban una atención urgente. Al escuchar la alerta, el personal médico rápidamente salió de la sala de emergencias y preparó camillas para trasladar a las víctimas. Los galenos efectuaron el lavado estomacal de los dos niños y de la mujer, peleando contra el reloj, con la finalidad de salvarles la vida.

Los dos pequeños estaban prácticamente inconscientes y a un paso de la muerte, pero, con la intervención oportuna, fueron salvados: sus signos vitales volvieron a comunicar que estaban vivos. El mayor trabajo lo dio Paulina, por haber ingerido una mayor cantidad de raticida y Diazepán molido. Después de lavarle el estómago, la internaron en la cama dos de la sala de Medicina Mujeres, con un control médico riguroso.

La burla

Para Paulina, el hecho de decidir terminar con su vida y fallar en ese nuevo intento fue motivo de burla por parte de su concubino. Éste, en su lecho, le gritaba: “Ni la muerte te quiere, yo no te quiero, nadie te quiere”.

Después de pasar por el trance entre la vida y la muerte, las palabras de su pareja iban matando sus pocas ganas de quererse; eran como cuchillas que van dejando huellas imborrables. Al mismo tiempo, Paulina recordaba que su concubino la quiso matar en varias oportunidades, pero fue salvada por su hijo mayor, que la defendió en todo momento. La muerte no la quería. Era la pura verdad. Las veces que Juan intentó matarla, ella no se dejó; pensaba que si moría su concubino iría a la cárcel y sus hijos pequeños quedarían desamparados bajo la indiferencia de la familia de Juan. Por ese motivo, trató de llevárselos con ella.

Ahora, en la cama del hospital, Paulina lloraba por el fracaso de un nuevo intento de quitarse la vida y se lamentaba por el desamor de su concubino. Para completar su lamento, recordó que su vida era sólo sufrimiento, porque desde que nació no tuvo la dicha de conocer a sus papás y menos la felicidad de sentir su amor. Todo se le mezcló: sus dos hijos pequeños, el vivir junto a Juan. ¡Ay Diosito cómo vivir!

Oportunidad

Al conocer el intento de suicidio, las autoridades policiales y del Ministerio Público se pusieron en contacto con Paulina, para conocer todos los pormenores. En medio del llanto y del dolor que sentía en el corazón, ella les contó los motivos que la llevaron a tomar dicha decisión. Después de expresar su dolor y su desencanto por la vida, les pidió su comprensión y su ayuda para superar el mal momento que pasaba. “Necesito ayuda psicológica para encaminar mi vida y la de mis dos hijos”, les dijo desesperadamente.

El Fiscal Aldo Morales decidió darle una oportunidad para reinsertarse en la vida, mediante el cariño que pudiera darle su familia. “Ella necesita cariño, necesita amor. Por lo tanto, le pedimos que haga un esfuerzo en darle confianza a su pareja y cuide a sus hijos, que también lo necesitan mucho”, le dijo Morales a Juan. Pero, sobre todo, el Fiscal pidió que dejara de humillarla y de golpearla.

¿Será que Juan entendió el mensaje? ¿Será que comprendió la necesidad que tiene su mujer de ser amada y estimada?

Por ahora, sólo queda confiar en que Juan haya cambiado. Paulina estaba dispuesta a hacer su parte, con la única motivación que le quedaba hasta ese instante: sus tres hijos que estaban a su lado y que eran la pequeña luz que alumbraba su oscuro pasado.

Oruro, 1 de diciembre de 2009

BALA POR BALA

“Tú mataste a mi hijo”, fue lo último que escuchó Jorge Guzmán Carvalho (28) antes de que ocho impactos de bala atravesaran su cuerpo. Al verlo agonizante, el pistolero exclamó “Soy el padre de Álex Arteaga Cárdenas (26) y él mató a mi hijo”, ante un mar de testigos que la tarde del 1 de octubre de 2009 estaba a dos cuadras de la Corte de Justicia y vio a Jorge Arteaga Maldonado (56) disparar a quemarropa al homicida confeso de su descendiente, que desde hace tres meses estaba libre. “El mató a mi hijo”, repitió el coronel Jorge Arteaga, después de disparar contra Jorge Guzmán, acusado del homicidio del abogado Álex Arteaga, ocurrido el 9 de marzo de 2007, según declararon varios testigos.

KATIUSKA Vásquez
kavasquez@lostiempos.com
www.lostiempos.com

Periodista. Reportera del periódico *Los Tiempos* desde el año 2000. Cubre noticias policiales y sociales. En 2007 obtuvo el Premio Nacional “Periodista Amiga de la Infancia”.

Una semana más tarde de haber fulminado al homicida, recostado en una cama del Hospital Viedma y atendiendo de vez en cuando a alguna visita que llegaba con una tarjeta de apoyo, el militar reveló cómo el crimen de su hijo acabó con su paz hace ya más de dos años. “Él se burlaba de nuestro dolor y yo no iba a permitir eso”, dijo el Coronel. Tras una pausa, comenzó a explicar los pormenores legales y las irregularidades durante el juicio contra Jorge Guzmán: “La primera tipificación era intento de homicidio, por Tatiana (la Fiscal), pero la doctora Lilian Ferrufino (segunda Fiscal) cambió el tipo de delito a lesión seguida de muerte, que no era real. Esa noticia para mí ha sido terrible, el primer golpe duro de mi vida aparte del fallecimiento de mi hijo. El sobreseimiento (libertad) de Valeria (la novia de Jorge Guzmán) también me afectó”.

Durante dos años, siete meses y 23 días, Jorge Arteaga recorrió la Fiscalía y los tribunales buscando justicia. Su voz llana había cambiado al rememorar los debates con los abogados con los que combatió para meter preso a Jorge Guzmán. “No hay ética. Hay algunos abogados que tienen ética, normalmente son los que defienden a las víctimas, pero aquellos que defienden a los criminales no tienen moral ni ética. Parece que no tienen ni Dios”, expresó.

Al recordar su batalla en los tribunales, el militar contó lo que le dijeron ese día los testigos que aseguraron que el carro desde donde le dispararon a su hijo se detuvo y luego aceleró para escabullirse en medio del tráfico: “El día de la muerte de mi hijo Álex Arteaga, había cuatro personas que vieron el hecho. Todos coincidieron en que Valeria Daza (24), la enamorada de Jorge Guzmán, frenó el carro, esperó a que su pareja disparara y, luego, se fugó. Ella fue sobreseída sin ninguna culpa. Sin ningún fundamento, un juicio que debería durar seis (meses) duró 48. Los abogados defensores recusaban a los jueces. Han hecho uso y abuso de todos los recursos. ¿Cuál era el propósito de esa etapa? Llegar a los 18 meses sin sentencia y que Jorge Guzmán salga libre, pero no pudieron. Y salió la sentencia con 18 años de cárcel, pero después comenzaron a pedir la cesación de la detención preventiva. Para pedir la libertad condicional, utilizaron un contrato de trabajo fraudulento, porque la odontóloga Wilma Conde, al emitir el documento, indicó que era para la visa de un chico que iba a viajar a España. Ese documento fue mostrado en 10 audiencias”.

Después del juicio y cuando creía que el autor del balazo que había matado a su hijo iba a permanecer 18 años tras las rejas, el proceso dio un giro: un Tribunal de Apelación redujo la condena de Jorge Guzmán. Acerca de ese episodio, el padre de Álex contó: “(Silencio)... No sé. Creo que lo hicieron por ayudarlo, la Sala Penal Tercera, y es la misma que ordenó su libertad después de los 24 meses”.

La pugna en los tribunales continuó después de que Jorge Guzmán obtuviera una reducción de su condena, ya que se aprestaba a tramitar su libertad condicional,

arguyendo que el proceso estaba estancado en la Corte Suprema de Sucre y utilizando como carta de presentación para alcanzar ese beneficio un certificado de trabajo fraudulento. De ese modo, el 1 de octubre de 2009, Jorge Arteaga y Jorge Guzmán —libre desde tres meses antes— se volvieron a ver frente a frente en la Corte. “Éste (Jorge Guzmán), en todas las audiencias, se burlaba de nuestro dolor. Se reía y me hacía así (señaló el dedo medio de la mano y el cuello), pero en todas las audiencias. En ésta, la Jueza le llamó la atención. Dijo: “¡Compórtense las partes!”, contó Arteaga.

¿Pero qué llevó al Coronel a empuñar su arma ese día, luego de dos años, siete meses y 23 días en pleitos legales? ¿Qué fue aquello que lo colmó ese 1 de octubre? “Que se ría y me haga las señas. Que me amenace. Que falte a la memoria de mi hijo. ¿Cómo después de asesinar, sabiendo que estamos padeciendo nosotros, se va a burlar? Tenía que respetar la memoria de mi hijo. Yo no lo iba a permitir. Eso me engeguenció y no recuerdo más...”, dijo Jorge Arteaga.

Días después de ajusticiar a Jorge Guzmán, el Coronel, hospitalizado por una crisis cardíaca, comparó así la justicia militar con la justicia común que juzgó al asesino de su hijo y que esta vez lo interpelaría a él: “La justicia (común) debería aprender de la justicia militar. Ahí hay ética. Yo he sido Vocal del Tribunal Supremo de Justicia Militar cuatro años y no se ven estas cosas. No hay retardación de justicia, a los abogados no se les permiten demasiadas chicanerías y, sobretodo, la ética de los administradores de justicia militar (...), no se les permite que se desvíen. Si lo hacen, tienen mucho que perder: su jubilación, los dan de baja y pierden sus beneficios. Entonces, es un freno para que administren bien la justicia”.

Invadido por un instante de reflexión, Jorge Arteaga continuó hablando sobre las reacciones ciudadanas que su historia fue provocando. A 20 días de ser encarcelado, expresó: “Yo pienso que la gente se identifica con mi causa, porque no hay una sola persona en Bolivia que no tenga un familiar que haya sido asesinado, asaltado, acogotado, o haya sufrido una violencia de parte de los criminales”.

Una vez detenido en la cárcel de San Sebastián, la misma en la que Jorge Guzmán estuvo hace casi tres años, el Coronel habló acerca de las fallas que considera que interfirieron en el proceso contra el homicida de su hijo: “Yo no creo mucho que sea falla de los operadores de justicia. Tienen sus limitaciones. Donde está la falla es en el Código de Procedimiento Penal. Los abogados de delincuentes aprovechan. Lo han tomado como una biblia”. También se refirió a su caso: “La justicia está llena de sorpresas. Sin embargo, creo que van a actuar bien en este caso (su proceso por el homicidio de Jorge Guzmán). Al menos tengo la esperanza”.

Jorge Arteaga ha caído en manos de la misma justicia que liberó al asesino confeso de su hijo. Sabe que le esperan más batallas: una en los tribunales, donde

cuenta con un movimiento espontáneo denominado Comité Contra la Corrupción y tiene en contra a la Fiscalía, que ha redoblado esfuerzos para asegurar que el militar comparezca por homicidio; y otra debido a la acusación particular de Jorge Guzmán, que peleará por una condena por asesinato. Por lo pronto, el Coronel es un convicto más de los 300 de la cárcel de San Sebastián y lucha por su salud: su corazón está delicado, ya no escucha de un oído y está bajo tratamiento antidepresivo.

Álex, el último día

Álex Arteaga Cárdenas regresaba de su oficina por la calle España, situada en el centro de la ciudad, a las 17:10 del 9 de marzo de 2007. Coincidió con Valeria Daza, que pasaba en su auto con tres amigos y su novio, Jorge Guzmán.

Desde el vehículo, su amigo de colegio, en San Joaquín (Beni), Osvaldo Mejía “Nenito”, le gritó: “¡Hola fiera!”. Valeria preguntó a quién saludaba, pero el disparo rompió el diálogo. Jorge Guzmán salía de su letargo y, sin dudarlo, sacó el arma que llevaba entre las piernas. El sonido del disparo acabó de despertarlo de una borrachera de tres días, según le contó a la Policía.

El carro partió, mientras el abogado se retorció de dolor y maldecía. Después, se derrumbó sobre la acera y cayó en estado de coma. Murió el 18 de marzo, luego de nueve días en terapia intensiva.

Jorge, fiesta y muerte

Jorge Guzmán Carvalho iba a cumplir 27 años el 10 de marzo de 2007, pero festejaba desde dos días antes. El viernes de vísperas, junto a sus amigos y a su novia, salió a beber. El último paradero fue el local Las Palmeras, un boliche céntrico y solitario durante el día. Valeria, su novia, había cambiado sus prácticas laborales en la terminal de buses para unirse a la celebración desde las 16:00. Una hora después, el grupo cambió de planes y se animó a ir al café Dalí, cerca de la oficina de Álex Arteaga. En el trayecto, sucedió la balacera y Jorge Guzmán cayó preso. Pasó dos años y cuatro meses tras las rejas. El 21 de julio de 2009, salió con libertad condicional, ante la falta de una sentencia definitiva. Según las leyes, si en 24 meses la Corte Suprema no se pronuncia, podría pedir que le levantaran la detención.

Desde que salió libre hasta el día de su muerte, continuó sus litigios con Jorge Arteaga, por una demanda de falsificación del certificado laboral que utilizó para interrumpir su detención en la cárcel de San Antonio, donde estuvo recluso luego de ser expulsado del penal de San Sebastián por abusos contra los demás internos.

Valeria iba al volante

Valeria María Daza Salvatierra estudiaba ingeniería financiera en la Universidad Privada Boliviana (UPB). El 9 de marzo de 2007, por la mañana, fue a su pasantía en la terminal de buses; por la tarde, se reunió con su novio, atendiendo una llamada de su pareja. Esa tarde, manejaba el vehículo desde el que Jorge Guzmán disparó contra Álex Arteaga, camino hacia el café Dalí, un Suzuki con placa número 1608-FAE.

Dos muertes, el costo de la injusticia

“Mi ojo, hijo de...”, fueron las últimas palabras que los testigos escucharon decir a Álex Arteaga, después de que una bala le perforara el ojo izquierdo y traspasara su cerebro, según consta en el certificado de su autopsia. Corría el 9 de marzo de 2007 cuando Jorge Guzmán, entonces de 26 años, disparó contra el abogado frente a la puerta de su bufete, en la céntrica calle España. Álex Arteaga murió nueve días después, pero el hecho volvió a sacudir las fibras de la justicia el 1 de octubre de 2009. Ese día, el militar Jorge Arteaga, padre de la víctima, fulminó al homicida con ocho impactos de bala, a dos cuadras del Palacio de Justicia.

El crimen de Álex Arteaga es imborrable para Maiba, una testigo que narró el hecho de la siguiente manera: “A las 17:00, me encontraba por la España, entre México y Mayor Rocha, y pude notar que un vehículo paró y, en unos segundos, escuché un ruido como una detonación de un petardo fuerte. No le di importancia. Luego, escuché a Álex gritando y agarrándose la cara. Vi una vagoneta grande, que partió girando hacia la calle México. Luego, Álex se agachó, dio tres pasos hacia su oficina y se desplomó”. Ella es una de las pocas personas que escuchó el sonido del arma homicida que nunca fue encontrada por la Policía. “Pude ver que alguien que ocupaba ese vehículo ocultó un arma de fuego, pequeña, plateada, del lado derecho de la vagoneta”, aseguró Maiba.

Hasta el final, Valeria Daza, conductora de la vagoneta y novia de Jorge Guzmán, sostuvo: “Cuando estábamos cerca de la calle México, sobre la España, escuché la detonación de un arma y, en eso, vi a Jorge que metió el arma entre sus piernas (...) Yo seguía avanzando, el semáforo estaba en verde, y me molesté con él (...) Fui por la Ramón Rivero, hasta la avenida del Ejército, al puente Muyurina. Por ahí, les dije que estaba cerca de mi casa y por ahí los dejé. Todos se bajaron y yo me fui a mi domicilio”.

La última teoría, la que Valeria Daza y Jorge Guzmán manejaron, fue la que prevaleció en el juicio: Jorge Guzmán, bajo el influjo de alcohol y de drogas, mató fortuitamente a Álex Arteaga cuando realizó un disparo al aire por algarabía, en

vísperas de su cumpleaños, con tan mala suerte que el proyectil impactó contra un auto y rebotó hacia el rostro del Álex Arteaga. Por el resultado de un laboratorio se conoció que Jorge Guzmán tenía 65,7 mg/dl de alcohol en la sangre y que había consumido cocaína.

Sólo “lesiones graves”

El crimen de Álex Arteaga tuvo varias etiquetas. La más polémica fue la recalificación de tentativa de homicidio a lesiones graves, seguida de muerte —penada con cuatro años en la legislación—, que fue hecha luego de que el abogado muriera. Por insistencia de la acusación y a partir de versiones de testigos que mostraban otra realidad, la Fiscalía cambió la figura a homicidio, sancionado con una pena mínima de 10 años y máxima de 20, que no alteró la teoría de un crimen accidental. Ese hecho llevó a que la Sala Penal Tercera reconsiderara la sentencia de 18 años impuesta por el Tribunal de Sentencia a Jorge Guzmán, el 24 de abril de 2008, y la redujera a 10 años, por atenuantes generales, como la juventud del acusado y la falta de planificación, según coincidieron en señalar los abogados del homicida confeso.

La reducción de la condena en una sesión extraordinaria, celebrada un año después de la primera audiencia y anteponiendo el caso Arteaga-Guzmán a 525 expedientes en lista de espera en la Sala Penal Tercera, pudo ser el detonante para que Jorge Arteaga comenzara a tramar la muerte de Jorge Guzmán, dijo uno de los abogados.

Principios de octubre

El padre de la víctima y el homicida volvieron a ponerse frente a frente el 1 de octubre de 2009, como tantas veces lo habían hecho en un tribunal. Ese día, se discutía sobre el fraudulento certificado de trabajo que la defensa de Jorge Guzmán usó en 10 audiencias para lograr que el imputado dejara la prisión, hasta que la Sala Penal Primera de la Corte Suprema de Justicia de Sucre, la máxima instancia judicial en Bolivia, se pronunciara sobre el homicidio de Álex Arteaga en lo que se considera la última apelación, anotó el abogado de la familia Arteaga, Luis Butikofer.

El 21 de julio de 2009, una maniobra legal devolvió la libertad a Jorge Guzmán. Su defensa alegó el paso de 24 meses sin una sentencia final de la Suprema Corte. Si bien el Nuevo Código de Procedimiento Penal prevé una duración de tres años para los procesos, desde la denuncia hasta la sentencia en Sucre, también contempla la tramitación de libertad de los acusados a los dos años, cuando no existe una sentencia definitiva.

El Tribunal de Sentencia Tercero, el mismo que condenó a Jorge Guzmán a 18 años de cárcel, posteriormente tuvo que dar luz verde a su pedido de libertad condicional, acatando un fallo de la Sala Penal Tercera.

Jorge Arteaga está convencido de que la defensa de Jorge Guzmán siempre buscó retrasar el proceso, incluso antes del juicio. El juicio oral que debía durar seis días duró 94, por los incidentes planteados por ambas partes y por la Fiscalía.

Daño colateral

En los papeles, un proceso penal debería durar tres años. Pero, en la realidad, algunos juicios duran hasta cinco años. Los escollos comienzan con la investigación, que en vez de seis meses demora algo más de un año (374 días), en delitos con una pena superior a los cuatro años, según reveló la última propuesta de seguridad ciudadana basada en consultas a los Fiscales. La averiguación suele durar más en los delitos con una pena menor a cuatro años. Se estima que esos casos tardan más de un año (439 días). Sin embargo, en ciertos procesos, sobre todo en los de linchamientos, la investigación se extiende por un año y medio (18 meses). A ello se suma que desde el hecho hasta el juicio se debe esperar un año y algo más (369 días), y que para la sentencia ejecutoriada debe pasar otro año y fracción (445 días). El tiempo total máximo que toma un proceso es de cinco años (1.764 días).

Mientras los investigadores y los juzgados se toman su tiempo para resolver los litigios, ya sea porque están saturados de demandas o porque faltan manos para atender los aproximadamente 50 mil casos que se tramitan cada año en el Distrito Judicial de Cochabamba —28% de ellos relacionados con delitos contra la vida—, los plazos para que los acusados tramiten su libertad condicional se aplican con rigurosidad. De hecho, al cabo de 18 meses sin sentencia, pueden pedir su liberación, como también a los 24 meses, si no existe una condena final.

Señas mortales

El 1 de octubre de 2009, el Coronel Arteaga reclamó porque Jorge Guzmán le hizo gestos obscenos durante la audiencia. Después de una hora de alegatos y del virtual triunfo de Jorge Guzmán, la Jueza Mirtha Montaña suspendió el acto, por no existir más elementos de análisis, debido a que tanto la abogada defensora y también acusada de falsificación del certificado, Rocío Peñaranda, como la Fiscal que seguía el caso, Leonor Rodríguez, se olvidaron de presentar la imputación contra la dentista que emitió el documento en el Juzgado Primero de Instrucción Cautelar.

Según algunos testigos de esa audiencia, el militar salió primero. Al poco rato lo hizo Jorge Guzmán, con sus abogados y un asistente, en dirección al bufete de Rocío Peñaranda, a dos cuadras de la Corte de Justicia, para tomar un café sin tropezarse más con Jorge Arteaga. De acuerdo con otra versión, Jorge Guzmán había vuelto a burlarse de Jorge Arteaga en la puerta de la Corte de Justicia, provocando que éste lo siguiera por dos cuadras hasta dispararle.

Según la primera historia, Jorge Guzmán y sus tres acompañantes se alejaron de la Corte caminando, en tanto que el Coronel Arteaga cruzó a la vereda de enfrente, habló con unas vendedoras de frutas, se escondió por un instante entre los puestos y, al ver que se alejaban, corrió tras de ellos hasta alcanzarlos dos cuadras adelante. Los cuatro iban en fila india, por una acera estrecha, cuando Jorge Arteaga rebasó al último de la línea, el asistente de Rocío Peñaranda, y se colocó delante de Jorge Guzmán, dándole el primer disparo. Éste gritó “¡No dispare!”. Después, empujó a su abogada, que iba por delante, y se desplomó. Tendido sobre el asfalto, recibió de Jorge Arteaga otros siete balazos.

“Cuando lo vio en el suelo, le siguió disparando, hasta llenarlo de balas”, contó un universitario que vio la balacera. “¿Por qué mataste a mi hijo?”, repetía el padre y otra vez le disparaba”, agregó un comerciante de la cuadra. “Se le acabaron las balas. Quería darle en sus partes, pero ya no había municiones. Entonces se puso a bailar de gozo”, dijo otro testigo.

El abanico

Aunque Jorge Guzmán fue sentenciado por la muerte del abogado, la Policía nunca dio con los móviles del crimen de Álex Arteaga. Sin embargo, durante la investigación afloró que la víctima tuvo una relación fugaz con la hermana de Valeria Daza, la modelo Vanessa Daza Salvatierra (22). Valeria Daza declaró después que se trató de una relación casual y esporádica. Vanessa Daza también reconoció el romance y añadió: “Valeria, mi hermana, no conocía a Álex. Recién se lo mencioné el 25 de diciembre de 2006, cuando traté de hablar con él desde su celular”.

Otras versiones sobre la muerte de Álex Arteaga apuntan a que fue un crimen planeado presuntamente por un triángulo amoroso, pero, durante el proceso, ninguna de las partes presentó pruebas que sustentaran esa posibilidad.

Detrás de las mentes

Según la psiquiatra Elizabeth Patiño, detrás del doble crimen existen dos mentes trastornadas. Para la especialista, el caso Arteaga-Guzmán devela las consecuencias

de la retardación de justicia en la vida de las víctimas, al igual que el descuido en la clasificación de criminales como Jorge Guzmán, que posiblemente presentaba una conducta psicopática o antisocial.

“Jorge Arteaga sufrió, por un lado, una situación muy fuerte por la muerte de su hijo y, luego, conoció las falencias de un sistema de justicia inoperante. Por todo eso, ha estado expuesto a un estrés postraumático que lo llevó al desborde”, aseguró la analista y defensora de los derechos en Bolivia. “El duelo contribuye, pero también tiene que ver el hecho de que la persona se ha sentido violentada. El aplazo de la justicia es un factor que va cargando de frustración a las víctimas”, añadió Patiño.

Para la profesional, la sensación de que no se está haciendo justicia, más las agresiones constantes, podrían llevar a que una persona “se disocie, como si fuera otra la que está actuando, y llegue a cometer el acto. Es una causa de estrés tan grande que la persona no puede soportar”.

Acerca de Jorge Guzmán, Patiño dijo: “la conducta, que se conoce por los medios, demuestra que no había hecho ninguna autocrítica o mostrado algo de arrepentimiento. En cambio, denota soberbia, lo cual quiere decir que podía haber un trastorno de su personalidad, que pudo ser psicopático o antisocial; es decir, puede cometer la peor barbaridad y no se arrepiente”.

Voces en la Red

El drama Arteaga-Guzmán inspiró comentarios diversos sobre las decisiones en los tribunales y dio lugar a la creación de dos sitios en Internet, bautizados como “Álex Arteaga” y “Apoyo al coronel Arteaga”, con más de mil visitas cada uno. Por otra parte, las páginas web de los medios escritos superaron las 200 consultas, cuando lo habitual es registrar 20 por noticia.

“Yo en su lugar hubiera hecho lo mismo”, “es el resultado de la corrupción en la justicia”, son algunas de las frases más comunes en los foros. “Señor Arteaga, aunque me parece que la medida que usted tomó es drástica, lo apoyo completamente. Personalmente, haría lo mismo si un hijo mío me fuese arrebatado”, expresó en la web Eduardo G.

Entre las voces discordantes está la de Felipe Q., que cuestionó el caso de la siguiente manera: “O sea, ahora está permitido matar. El asesinato de otro ser humano no es justificado. Ninguna muerte justifica otra muerte”. En el mismo sentido, Arturo K. manifestó: “La naturaleza nos dio el privilegio de pensar y razonar, y Dios nos dio el corazón para poder tolerar a todos nuestros semejantes”.

Álex Arteaga, el abogado

Álex Arteaga Cárdenas nació en Cochabamba. Era hijo de Jorge Arteaga y de Carmen Cárdenas, y hermano de la presentadora de televisión Paola Arteaga. Sus padres lo describen como un niño precoz: a los 3 años iba al kínder, a los 6 ya nadaba en el río Beni, a los 11 aprendió a conducir y un mes antes de cumplir 15 años obtuvo el bachillerato. Siguió la carrera de Derecho en la Universidad Mayor de San Simón y se graduó a los 21 años. Desde entonces, descolló como jurista, con una fuerte inclinación por el área laboral. También incursionó como productor del programa televisivo *Contra Pesos*. Murió a los 26 años, cuando ejercía el cargo de subdirector del Estudio Jurídico de Bernardo Gutiérrez.

Sus amigos lo recuerdan como alguien jovial: “era un tipazo”, dicen. Su padre lo describió como “muy identificado con los pobres, especialmente con los changuitos de la calle. Les preguntaba ‘¿has desayunado?’ y les daba sus pesitos”.

Pertenecía a “Los Ulinchos” (Pichones), un grupo de amigos, y se lo veía como alguien hogareño, amante de las mascotas, en especial de Timothy, su perro.

Jorge Guzmán, condenado y víctima

Jorge Guzmán Carvalho tenía 26 años el día del crimen y 28 cuando fue abatido con ocho tiros. Nació en San Joaquín, un reducto ganadero de Beni. Llegó a Cochabamba para estudiar, donde se convirtió en mecánico dental. Estudió y trabajó como instructor de gimnasio y también como mensajero. Mantuvo contacto con los residentes benianos, entre los que conoció a Valeria Daza.

Quienes lo conocieron dicen que acostumbraba andar armado, sobre todo desde que lo asaltaron en un cajero automático. Por ello, sacó un permiso para portar armas. Sin embargo, durante la investigación a la que fue sometido, nunca se dio con su pistola.

Mientras permaneció en la cárcel de San Sebastián, se ganó la fama de “desalmado”, porque desde que asumió el control de la prisión como delegado se infligían castigos y se seguían reglas para todo, incluso para usar las duchas. Por ese motivo, un día, los presos se revelaron y le quemaron las manos con agua hervida, en las regaderas. Tras el atentado, fue trasladado al penal de San Antonio.

En el segundo reclusorio, retomó su trabajo como mecánico dental. Al salir de la cárcel, intentó normalizar su vida y estuvo pendiente de la sentencia final para volver tras las rejas a cumplir su condena. Según uno de sus amigos, quería comenzar una nueva vida.

Valeria Daza, la novia

Valeria Daza Salvatierra tenía 24 años cuando comenzó esta historia. Es hija del ganadero Víctor Hugo Daza y la mayor de cuatro hermanos. Dejó su natal San Joaquín (Beni) hace varios años para estudiar en Cochabamba. Se educó en colegios privados. Cuando ocurrió el crimen de Álex Arteaga, había terminado sus estudios de ingeniería en la UPB y, a la vez, hacía sus prácticas en la terminal de buses.

Dos años antes del luto de la familia Arteaga, comenzó un romance con su paisano Jorge Guzmán, que también había dejado San Joaquín para estudiar una carrera en la ciudad de Cochabamba.

Luego de ser apartada de la investigación, se mudó a Estados Unidos de América. Regresó el año 2009 para asumir el manejo de los negocios familiares, tras la muerte de su padre. Éste, que había financiado la defensa de Jorge Guzmán por dos años, encontró la muerte al cruzar un bajío (laguna), el 5 de mayo de ese año, cuando su canoa se volcó mientras trasladaba ganado a su hacienda, según declararon fuentes cercanas a la familia Daza. Los testigos afirmaron que intentó nadar hasta la orilla y que sus fuerzas fallaron, por lo que se hundió a casi 50 metros de llegar a tierra firme. Las mismas fuentes sostuvieron que Jorge Arteaga, al enterarse de esa noticia, ironizó con la defensa de Jorge Guzmán, en uno de sus encuentros en los pasillos de la Corte de Justicia, diciendo que al padre de Valeria Daza “se lo habían comido las pirañas”.

Jorge Arteaga, el militar

Jorge Arteaga Maldonado tiene 56 años. Es militar de reserva y abogado. Alcanzó el grado de Coronel en el arma de caballería. Entre los últimos cargos que desempeñó figura el de vocal del Tribunal Supremo de Justicia Militar. Dedicó los últimos dos años a impulsar el juicio contra Jorge Guzmán y Valeria Daza. Su abogado, Luis Butikofer, aseguró que lo vio derramar lágrimas y, finalmente, aceptar a regañadientes que la novia del homicida confeso fuera liberada de cargos. Desde el 1 de octubre de 2009, se ha convertido en uno icono de los litigantes y movimientos ciudadanos que protestan por la deficiente administración de la justicia.

Su esposa, Carmen Cárdenas, contó que desde la muerte de su hijo la salud del Coronel se fue deteriorando paulatinamente y que sufre de hipertensión. En medio de esta tormenta, se convirtió en abuelo de una niña, hija de Paola Arteaga, una ex reina de belleza y presentadora de noticias.

Cochabamba, la ciudad del miedo

Aunque aún no se dio con las claves del homicidio de Álex Arteaga, su muerte sugirió que en Cochabamba, en cualquier momento, alguien más podría ser asesinado. Por otra parte, después de que su padre diera muerte al homicida Jorge Guzmán, la justicia está en el ojo de la tormenta.

El drama de la familia Arteaga se repite a diario y en silencio en los estrados judiciales. De cada cien demandas, 20 quedan frustradas por artimañas legales o por retardación de justicia. Otras 20 están en lista de espera para un juicio que podría tardar hasta dos o más años en los que los juzgados, donde se registran 80 acefalías, se cuenta con bajo presupuesto y se tienen prohibidas las nuevas nominaciones por dilemas políticos, hasta el funcionamiento de la Asamblea Legislativa Plurinacional, que reemplazará en 2010 al Congreso Nacional y modificará el panorama legal del país.

A los escollos políticos, que auguran un colapso de la administración de la justicia, se suma el desgaste del Poder Judicial. De hecho, en el imaginario colectivo, prevalece la percepción corrupta de los juzgadores. De ahí que los ajusticiamientos estén precedidos de una crítica a los policías, a los fiscales y a los jueces, basada en la idea de que los delincuentes “tardan más en entrar que en salir”, debido a que el Nuevo Código de Procedimiento Penal está de su lado. A ese paso, en 2009, más de 800 procesos con sentencia en primera instancia quedarán cerrados, evitando que varios hampones purguen su pena. De tales procesos, 15% corresponden a delitos por atentados contra la vida, según cálculos de la Corte Suprema de Justicia.

En la última propuesta sobre política criminal, varios expertos en derecho dijeron que el desarrollo está ligado a la seguridad, sobre todo cuando el delito está globalizado, plasmándose en nuevas formas de criminalidad y denotando un menosprecio por la vida.

Como sostuvo la penalista Fresia Vargas, “La prevención del delito es insuficiente, excusándose siempre en lemas como la falta de policías, la falta de presupuesto y el poder judicial con su eterno problema de no contar con los operadores de justicia suficientes para no generar retardación de justicia”. En palabras de Vargas, “Evidentemente no se puede reparar la vida, pero sí se puede frenar la ola de crímenes, que muchas veces quedan impunes”. Por su parte, el abogado Abel Suazo enfatizó en la necesidad de fijar “sanciones ejemplificadoras que demuestren que las actitudes dolosas tendrán una pena, a fin de restablecer la convivencia pacífica”.

Desde la mirada de los expertos, el caso Arteaga-Guzmán marcó un hito y obligó a los juristas a “revisar la prescripción penal por retardación”. También impulsó a

entender que “debe retirarse o cambiar el criterio de cómputo, y que el nuevo debe contemplar la recargada labor de los juzgados”. Sin embargo, mientras la propuesta no se refleje en acciones palpables, la violencia suscitada en Cochabamba continuará siendo una radiografía que coloca a Bolivia como el cuarto país con más crímenes en Sudamérica. En efecto, según el último estudio sobre seguridad realizado por el Instituto Nacional de Estadística (INE), entre 2002 y 2004, Bolivia registró 18% de los crímenes ocurridos en esta parte del continente, seguido de Paraguay, con 19%, de Brasil, con 23%, y de Colombia, con 55%. Contrariamente, Chile sobresale como el país con menos muertes: 2%.

El homicidio es el delito más denunciado en las tres principales capitales bolivianas: La Paz, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra. De ellas, Cochabamba es la que presenta más muertes violentas. Según los resultados de un estudio de 2007, en Bolivia, de 164 tentativas de asesinato, 86 ocurrieron en Cochabamba, 27 en La Paz y ocho en la capital cruceña. En tanto que de los 804 homicidios denunciados el año que murió Álex Arteaga con un disparo en el ojo, 579 sucedieron en La Paz, 139 en Cochabamba y 86 en Santa Cruz de la Sierra.

Por otra parte, en Bolivia, en un lapso de cinco años, se denunciaron más de 40 mil casos, entre tentativas de asesinato y homicidios: 7.751 en 2003, 9.911 en 2004, 7.898 en 2005, 8.919 en 2006 y 8.537 en 2007. De acuerdo con datos de la Policía Nacional, en 2003, murieron asesinadas 1.877 personas, 370 de ellas en Cochabamba; en 2004, las víctimas fueron 2.426, 485 de ellas en esa misma ciudad; en 2005, de 660 casos registrados, 122 ocurrieron en la ciudad cochabambina; en 2006, de 1.861 hechos, 462 también corresponden a Cochabamba; y, finalmente, en 2007, de 804 denuncias, 139 se produjeron en la ciudad que ocupa el centro del país.

En el país, la violencia está latente. Más allá de las cifras, el caso Arteaga-Guzmán es una historia común en los pasillos de los juzgados.

Es cierto que nadie puede tomar la justicia en sus manos. Es verdad que la justicia para el ser humano es imperfecta. Es indudable que el costo de la injusticia se traduce en muertes. “Ojalá la justicia cambie para que nunca más un padre tenga que irse a dormir con las manos manchadas de sangre”, fue lo que dijo Gonzalo Lema, escritor y concejal de la ciudad, a los pocos días de que Jorge Arteaga disparara ocho veces contra Jorge Guzmán, el asesino confeso de su hijo.

Cochabamba, 1 de diciembre de 2009

BOLIVIANOS VENDEN A BOLIVIANOS

Un joven matrimonio de escasos recursos se aventuró a traspasar las fronteras del país en busca del “sueño americano” en Sao Paulo, Brasil. La pareja buscaba el paraíso, pero cayó en el infierno. Vendidos como esclavos, los jóvenes vivieron una dura experiencia que les estrujó el corazón y les templó el espíritu, hasta lograr el milagro de la libertad, una odisea que para muchos de sus compatriotas, atrapados como ellos, aún es una utopía.

BERTHY Vaca Justiniano
bvaca@eldeber.com.bo
kivac@hotmail.com

Periodista del diario *El Deber*, de Santa Cruz de la Sierra. Lleva 23 años de trabajo en ese matutino, desarrollando tareas en diferentes áreas, entre ellas, diagramación y diseño de páginas, sección deportiva y, en los últimos ocho años, en el ámbito de temas policiales y judiciales.

La tentadora oferta de 500 dólares como sueldo mensual sedujo irresistiblemente a la pareja que, sin pensar dos veces, aceptó la propuesta de trabajar en Brasil. Esto era inusual, pero eso no importó. Al fin y al cabo, Rafael Quispe y Angélica Contreras habían experimentado tantas penurias económicas durante sus poco más de 10 años de convivencia que nada podía ser peor que continuar siendo pobres.

En Bolivia, según el Censo Nacional de Población y Vivienda de 2001, realizado por el Instituto Nacional de Estadística (INE), 58,6% de los bolivianos son pobres (los datos del Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario - CEDLA revelan un porcentaje de 62,7%). Es decir, seis de cada 10 ciudadanos sobreviven con menos de dos dólares por día, al igual que Rafael, Angélica y sus dos hijos, Juliana Nicol, de 10 años, y Kevin Jesús, de 8 años.

La familia Quispe Contreras vivía en un cuarto más largo que ancho, construido en el pequeño lote de terreno que la madre de Angélica compartía generosamente con sus seis hijos —cada uno con sus respectivas proles—, en el barrio Max Fernández, enclavado en la populosa zona Los Lotes, uno de los sectores más deprimidos de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Por ello, la propuesta de trabajar en Brasil, por 500 dólares mensuales, resultaba buena. ¿Cómo iban ellos a saber que, según informó la Consulesa de Bolivia en Sao Paulo, Rosa Virginia Cardona, por lo menos 15 mil bolivianos son sometidos a trabajos forzados en esa ciudad o que en Buenos Aires existen cerca de 20 mil talleres clandestinos donde aproximadamente cien mil compatriotas trabajan en condiciones próximas a la esclavitud o que en España, otro destino frecuente, sobreviven alrededor de 350 mil bolivianos, la mayoría en situación irregular?

Historia conocida

Si bien los padres de Rafael son del Altiplano, él nació en Santa Cruz de la Sierra. De ahí el origen de su acento camba. Tiene 27 años. Mide 1,65 metros. Es de contextura delgada. Sus ojos son vivaces. Es amiguelero y se caracteriza por entablar fácilmente una conversación, hasta con extraños. Angélica, de 28 años, es tres meses mayor que su marido. A pesar de ser callada, tiene un carácter jovial. Se conocieron y se enamoraron en el colegio, en la secundaria, época en la que concibieron a Juliana Nicol, que fue el pretexto para que ambos dejaran los estudios y unieran sus vidas. Dos años después nació su segundo hijo, Kevin Jesús.

En sus noches de reflexión, pensaban, por ejemplo, en reemplazar su vieja cama por una nueva. La que tenían era de dos plazas, sostenida por cuatro patas delgadas que fueron clavadas más de 10 veces. También anhelaban comprar un terreno y edificar la casita de sus sueños, para vivir de modo independiente y, sobre todo, para contar con recursos que aseguren una buena educación para sus hijos.

Su cotidiano transcurría lento, pero bajo el signo de la esperanza. Así fue hasta la tarde del domingo 11 de enero de 2009, cuando el máximo sueño de Rafael era que su equipo de fútbol, Oriente Petrolero, el más popular de Santa Cruz de la Sierra, ganara. Esa jornada se enfrentaba a su clásico rival Blooming, en la copa AeroSur, un torneo de verano organizado por esa aerolínea entre los clubes más importantes del país. Rafael era una pieza clave para emocionar a la fiel hinchada albiverde: era la mascota oficial del club. Cada que Oriente Petrolero jugaba de local, Rafael dejaba de ser él para convertirse en “Orientito”, un lorito verde, del color de su equipo, y animar a la barra con su nueva identidad. Era feliz. A cambio recibía poco más de 70 dólares al mes. Aquel domingo, al final del partido, salió cabizbajo, igual que los demás hinchas, pues Blooming les agüó el festejo al ganar 1-0.

Sin embargo, ese día, no todo fue tristeza. En el pasillo del estadio, una proposición le dibujó su acostumbrada sonrisa e hizo que le brillaran los ojos. De la nada, alguien se le acercó y le dijo que podría multiplicar por 10 el monto que recibía haciendo el trabajo de mascota, pero en Brasil, el país del mejor fútbol del mundo, donde ganaría mucho más por hacer lo mismo. Su papel consistiría en representar a la mascota de una empresa de productos plásticos, en Sao Paulo. A Rafael eso le pareció fácil, pues lo hacía con gusto para su equipo favorito. Además, había empezado a trabajar desde pequeño para ganarse la vida, debido a que quedó huérfano. Ya a los 8 años vendía asaditos en la curva norte del estadio Tahuichi Aguilera, donde Oriente Petrolero se hizo dueño de sus afectos.

Rafael aceptó la propuesta y esa noche hizo números con su esposa, soñando con su jugoso sueldo y, tal vez, con el de ella, si es que lograba llevarla con él. “Voy, pero con mi esposa”, había respondido Rafael a la oferta laboral. Su contrapropuesta fue vista con buenos ojos por el contratante, que accedió de inmediato a otorgar otro pasaje en bus para la inesperada compañía.

De acuerdo con datos del Instituto Boliviano de Comercio Exterior (IBCE), los 2,5 millones de bolivianos que emigraron al exterior (un millón desde el año 2000) inyectan en remesas a la economía del país alrededor de mil millones de dólares anuales, convirtiéndose en la segunda fuente de divisas para Bolivia. Sin embargo, en el extranjero, los compatriotas perciben sueldos por debajo del promedio otorgado a los trabajadores locales, en oficios como costureros, albañiles, pintores, mecánicos, plomeros, agricultores, choferes y trabajadoras del hogar.

De engaño en engaño

Con el trato cerrado, Rafael y Angélica se deshicieron de todo su patrimonio: su pequeña tienda de abarrotes, su televisor, su cocina y su heladera. Necesitaban dinero para el viaje.

Tras dejar a sus hijos al cuidado de la abuela materna, el 2 de febrero de 2009, se embarcaron en un bus que partió de la terminal Bimodal de Santa Cruz de la Sierra hacia Brasil, previa escala en Ciudad del Este (Paraguay). Se acomodaron en sus respectivos asientos. Detrás de ellos iba el hombre que los había contratado, el mismo que tan pronto pasaron la frontera les dijo que la empresa había quebrado y que debían someterse a otros oficios. De ahí en adelante, las ilusiones de Angélica y de Rafael se esfumaron. Lo que siguió fue una película de terror. Ambos fueron encerrados en un garaje clandestino en Ciudad del Este. Allí vieron a decenas de bolivianos que, como ellos, cayeron en la misma trampa. Todos estaban obligados a comer pan duro y a tomar leche en descomposición. “Ustedes están vendidos en mil dólares, tienen que trabajar duro para pagar la deuda”, espetó con crueldad uno de los matones del lugar.

La joven pareja recordó así lo vivido durante los primeros días de encierro:

—Las noches eran un parto con dolor. Sólo podíamos dormir cuatro horas para que otra persona se acueste. Había varios haciendo fila por el colchón.

—Nuestro hotel era el almacén de un bus grande en desuso, donde, en vez de asientos, había 16 camas de una plaza, como en el cuartel, una encima de otra. Nosotros dormíamos en una, pero eso no es nada. En un galpón del mismo garaje, dormían unas 200 personas y en otro cuarto vi a unas 26, al parecer, todos bolivianos. Me hubiera gustado tomar fotos.

—Yo enfermé por tomar una leche descompuesta, contó Angélica.

Después del quinto día, abatidos, Rafael y Angélica continuaron su viaje hacia Sao Paulo. Llegaron a esa ciudad el 17 de febrero, directo al encierro en un taller de costura ubicado en el barrio Da Peña, cuyos propietarios eran bolivianos. Esa noticia tomó por sorpresa a los nuevos esclavos e incluso les hizo sentir cierto alivio, el cual no duró mucho tiempo, pues ambos pasaron a engrosar la cifra de 15 mil ciudadanos bolivianos que sobreviven sometidos en talleres de la metrópoli paulista, a juzgar por los personeros del consulado de Bolivia en Sao Paulo. La explicación es sencilla: según datos proporcionados por María Helena Tomita, de la Comisaría de Infracciones al Medio Ambiente y Relaciones de Trabajo de la Policía Civil de Sao Paulo, los costureros pagan para obtener mano de obra barata sin importar de dónde provengan los trabajadores.

Lloran los esposos, pero también ven llorar

Durante las largas jornadas de trabajo, Angélica cargaba sobre sus hombros la dura tarea de coser docenas de prendas en tiempo récord. La mujer, a lo largo

de su vida conyugal, había aceptado silenciosamente las decisiones de su marido. Sin embargo, en el pequeño habitáculo cerrado con llave, más de una vez, echó en cara a su marido el haberlos metido en la desgracia. Él entendía sus reproches, consciente de haber sido quien aceptó el trabajo. “Nos hacían costurar hasta 16 horas al día. Mi mujer sabía algo, yo no tenía ni idea, pero había que hacerlo, porque debíamos entregar 500 prendas al día. Éramos vigilados por dos hombres grandotes y armados. Nos daban media hora cada semana para salir a comprar lo necesario en un supermercado, pero siempre escoltados desde cierta distancia por un guardia”, contó Rafael.

Por las noches, ambos lloraban tomados de las manos, acurrucados en el rinconcito que les servía de dormitorio y donde intercambiaban trémulas palabras de aliento, muchas veces interrumpidas por incontenibles sollozos de sus compañeros. “Lo único que éste hacía era llorar encima de la máquina”, reprochó Angélica en tono condescendiente. “La comida era aceptable porque cocinaba yo, pero el trabajo era duro. Empezábamos a las 7:00 y terminábamos a la medianoche. Ahí vi sufrir mucho a una mujer llegada de Cochabamba, pues aparte del trabajo vivía deprimida por haber dejado en Bolivia a su bebé de meses; la mujer no sabía costurar”, recordó la afligida joven.

Rafael y Angélica añoraban abrazar a Juliana Nicol y a Kevin, la razón de sus vidas, y traían a sus memorias los momentos felices que pasaron junto a ellos en el destartelado cuarto del barrio Max Fernández, en Santa Cruz de la Sierra. Recordar a sus hijos era como anestesiar sus cerebros, pero el efecto era pasajero: la preocupación de no verlos nuevamente los torturaba sin piedad. Por ello, en sus pocas horas de descanso, no dormían por estudiar los movimientos de los celadores.

La fuga

Durante varias noches de desvelos, marido y mujer constataron que alrededor de las 4:00 el sueño vencía a los vigilantes, que dormitaban en sus puestos de custodia. Una madrugada, se armaron de valor, corrieron hacia la ventana y saltaron a la calle desde un segundo piso. La caída estremeció sus piernas. Éstas transmitieron el impacto hasta la base de la cabeza, pero no había tiempo para aflicciones. Caminaron por varias horas, con los pies heridos, por rutas desconocidas y sin rumbo fijo. El corazón se les encogió al ser interceptados por un individuo al que habían visto antes en el taller. Era un tal Milton Conde, boliviano, aparentemente integrante de la red de traficantes. Él los llevó a otro telar, en el barrio Mocca, donde los vendió por 600 dólares a María Magdalena Mamani, una boliviana económicamente bien establecida en la megametrópoli brasileña, a fuerza de explotar a sus coterráneos. Se confirma: “bolivianos venden a bolivianos”.

“¡Pagué tres mil dólares por vos y tu esposo, así que no los voy a dejar ir hasta que me paguen!”, fue lo que dijo la patrona a Rafael y a Angélica. Sin embargo, en el nuevo confinamiento, los esposos empezaron a reclamar sus derechos, ante una nueva ama más indulgente que, al transcurrir los días, los dejó ir por miedo a tener problemas de amotinamiento de los otros esclavos y a la posible intervención de la Policía Federal.

Negocio organizado, negocio sin fin

A principios de noviembre de 2009, en Brasil, salió a la luz una de las tantas historias deprimentes sobre el negocio de trata de personas. Se detuvo a cuatro costureros bolivianos que tenían como esclavos a 15 compatriotas, 12 hombres y tres mujeres, que vivían y trabajaban en una casa de dimensiones reducidas, construida con chapas metálicas, donde también estaba instalado un taller. El lugar era un infierno de caliente y contaba con varios habitáculos de condiciones precarias en los que incluso subsistían niños. Los trabajadores no sólo estaban prohibidos de salir de la casa, sino que debían pagar gastos de alquiler y de alimentación, los cuales eran descontados de su salario, por lo que nunca conseguían saldar su deuda.

La banda en la que cayeron aquellas víctimas estaba financiada por una mafia coreana, limitada a pagar a los reclutadores bolivianos por captar trabajadores en su país, a fin de obtener grandes beneficios por contar con mano de obra barata de gente atemorizada constantemente debido a su situación irregular en Brasil.

Problemática mundial

El año 2008, con motivo de la primera conferencia internacional de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sobre la trata de personas, se divulgaron algunos datos sobre ese problema a escala mundial. La información revelada dio cuenta de una cifra de aproximadamente 2,5 millones de personas que cada año son víctimas de dicho negocio, en el que se las obliga a realizar distintos trabajos forzados y a dedicarse a la prostitución, y son explotadas laboralmente en sectores como la industria textil y las tareas domésticas. Según la ONU, la edad de la mayoría de esas personas oscila entre 18 y 24 años, aunque se estima que 1,2 millones de menores de edad también caen en manos de la mafia internacional.

Del total de personas que se trafican en el mundo, 250 mil (10%) tienen procedencia latinoamericana y 1,4 millones (56%) provienen de Asia. El resto de las víctimas son de África, Europa del Este y Oriente Medio. De acuerdo con los datos ofrecidos por la ONU, 161 países están afectados por el tráfico de personas, ya sea como país de origen, de tránsito o de destino.

Este negocio clandestino, con la consecuente explotación laboral y sexual, mueve alrededor de 31.700 millones de dólares por año. De ese volumen total, 1.300 millones de dólares corresponden a América Latina y el Caribe, aunque la mayor parte (15.500 millones de dólares, equivalentes a 49% del total calculado) procede de los países industrializados. Otros puntos geográficos importantes son Asia y el Pacífico, que generan 9.700 millones de dólares por año, en tanto que Oriente Medio y el Magreb (norte de África) produce 1.500 millones anuales.

Esfuerzos legales en Bolivia

Según un informe presentado el año 2006 por el Departamento de Estado de Estados Unidos de América, Bolivia no cumple a plenitud con los estándares mínimos para la eliminación de la trata y del tráfico de personas. Sin embargo, está realizando esfuerzos importantes para lograr ese propósito. De hecho, en la gestión 2005, el gobierno central registró progresos claros en varias áreas. Esto significó el ascenso de Bolivia en la Lista de Observación (del nivel 3 al nivel 2), por demostrar una mayor determinación para combatir este delito mediante la promulgación de leyes y la generación de una conciencia pública en torno a esta problemática.

Las recomendaciones contenidas para Bolivia en ese informe están referidas a intensificar los esfuerzos para investigar y enjuiciar a los traficantes, así como a trabajar conjuntamente con las organizaciones no gubernamentales y con los gobiernos locales para elevar la conciencia pública e incrementar la asistencia a las víctimas.

La Fiscalía, los policías, los abogados, los defensores de los derechos humanos y las instituciones encargadas de velar por el bienestar de los menores de edad coinciden en que Bolivia, si bien cuenta con la moderna Ley 3325 (2006) para castigar la trata y el tráfico de personas, junto a otros delitos relacionados, no tiene las herramientas logísticas necesarias ni el capital humano suficiente para luchar seriamente contra sus autores. Muestra de ello es lo que ocurre en Santa Cruz de la Sierra, donde la oficina de trata y tráfico de personas de la Fuerza Especial de Lucha Contra el Crimen (FELCC) funciona sólo con cinco agentes investigadores, sin un vehículo propio para movilizarse y sin un albergue adecuado para curar las heridas físicas y psicológicas de las víctimas rescatadas.

Se busca a los más vulnerables...

En general, las mafias no son visibles como tales: tienden redes casi imperceptibles que actúan de manera eficaz. Una vez escogido su objetivo, entre hombres, mujeres y niños, usan tácticas ingeniosas y despiadadas, creadas para engañar, coaccionar

y ganarse la confianza de las potenciales víctimas. Con frecuencia, esos ardides incluyen promesas de una vida mejor, como mejores oportunidades de empleo, de educación o de matrimonio.

En Bolivia, grupos organizados crean oficinas de pseudo empleos en quehaceres domésticos para satisfacer la “demanda” de casas de familia que terminan explotando laboralmente a adolescentes. También emplean a jovencitas en locales nocturnos, como meseras o damas de compañía, que acaban siendo prostitutas sin posibilidad de escapar, ya que hábilmente las endeudan con el cuento de que deben pagar la comida y el alojamiento dispensado “generosamente” por los proxenetas.

Las tácticas, en realidad, son muy variadas. Entre ellas se tiene aquella que por medio de “cazadores” solitarios busca víctimas a las que se les prometen jugosos sueldos y viajes, aprovechando el mal momento económico familiar. Igualmente está la de los “coyotes”, que rondan en las terminales terrestres ofreciendo el cielo y la tierra a cientos de pasajeros incautos que arriban desde poblaciones deprimidas en busca de mejores opciones de vida. En el departamento de Santa Cruz, muchas de las víctimas de esta estrategia terminan en los sembradíos de caña de azúcar, con salarios de hambre, aunque la mayoría es trasladada a talleres clandestinos en Buenos Aires y en Sao Paulo. Una tercera modalidad es la de los esclavos “voluntarios”, que viajan por sus propios medios de Bolivia hacia Argentina y Brasil, y terminan atrapados en las redes de los mafiosos.

Muchos casos, pocos en juicio

En Santa Cruz de la Sierra, entre enero y octubre de 2009, fueron denunciados 12 casos de proxenetismo y sólo cuatro terminaron en procesos judiciales. Uno de ellos es el de Feliza Elsa Bedoya y Javier Tarrazona Bueno (peruanos), condenados a seis años de cárcel al ser encontrados culpables por el delito de proxenetismo, lucrando con jovencitas de 16 a 18 años, en un local nocturno, el año 2007. Todo comenzó con la denuncia de una madre que notificó la desaparición de su hija, de 17 años, y de una trabajadora del hogar, de 16. Durante varios días, las buscó por todas partes, hasta que las encontró en ese local, junto a otras jovencitas. Las autoridades evidenciaron que ambas eran víctimas de violencia sexual comercial.

Según la coordinadora de la Unidad de Víctimas Especiales (UVE), Francisca Rivero, uno de los problemas, especialmente en la figura de proxenetismo, es que las denunciadas son mayores de edad y desisten de continuar con la acción, evitando que se llegue a una sentencia. Para Rivero, es lamentable que gran número de hechos quede en la impunidad por los arreglos a los que llegan las denunciadas con la parte agresora. La clave, entonces, sería no desistir desde la denuncia hasta el veredicto.

Cuando los delitos por abuso sexual se cometen contra menores de 16 años, la Defensoría de la Niñez y Adolescencia, dependiente de la Alcaldía Municipal, en coordinación con la UVE y la FELCC, lleva de oficio las investigaciones. Sin embargo, cuando las víctimas pasan de los 16 años y, por tanto, son imputables ante la ley penal, la acción sigue a instancia de parte. Esto significa que la Fiscalía se hace cargo del caso, con denuncias y querellas concretas de los afectados.

En cuanto al caso de Rafael y de Angélica, éste fue denunciado ante las autoridades brasileñas por la Consulesa de Bolivia en Sao Paulo, Rosa Virginia Cardona, luego de que los esposos se dieran modos de llegar al Consulado boliviano, donde les facilitaron una llamada telefónica a Santa Cruz de la Sierra y los ayudaron a retornar al país en junio de 2009. Los pasajes para el ansiado retorno fueron regalados por una compañía aérea boliviana. “No podía creer que estaba volviendo a mi tierra, ni más ni menos que en avión y sabiendo que por fin mis hijos iban a ver y dormir con su madre”, afirmó Angélica. Fruto de la denuncia, en septiembre de ese mismo año, la Policía Federal de Brasil detuvo a un hombre de 54 años y a su hijo de 25, ambos bolivianos, dueños de un taller ilegal en el barrio Mocca. En el lugar, también encontraron a siete adultos y a dos niños proscritos en un pequeño cuarto donde trabajaban 16 horas diarias al servicio de sus patrones.

Alrededor de 70% de la ropa con la que se visten los 10,2 millones habitantes de Sao Paulo es fabricada por manos bolivianas. Pero ése no es el dato más contundente. A la ciudad paulista llegan todos los días entre ocho y 10 buses, con 45 pasajeros bolivianos cada uno, cuyo destino ya está escrito: alimentar los talleres de costura clandestinos de esa metrópoli.

Tras las pistas de una red de traficantes

Antes de conocer a los esposos Quispe, la Consulesa de Bolivia en Brasil ya tenía datos de las mafias que se ocupan de traficar seres humanos como si se tratara de cualquier otra mercancía. De tanto indagar sobre este tema, la autoridad también estaba enterada de que 90% de las personas que llegaban a Sao Paulo en calidad de esclavos provenían de pueblos rurales de los departamentos de Santa Cruz, Chuquisaca y Potosí, principalmente, y que la estrategia de reclutamiento consistía en ofrecer falsos paraísos que después se transformaban en verdaderos infiernos.

En Bolivia, se desconoce el alcance de estos grupos organizados. Sin embargo, en Santa Cruz de la Sierra, éstos se mueven impunemente, aunque a partir de la denuncia hecha por los esposos Quispe ante la Fiscalía de Distrito se inició una investigación que significó la detención del administrador de una empresa de transporte, sospechoso de ser integrante de una red.

El hecho ocurrió en un operativo sorpresa en la terminal Bimodal de la capital cruceña, encabezado por el Fiscal Joadel Bravo. El detenido, de aproximadamente 50 años y 1,75 metros de estatura, encorvado, semicalvo y flaco, pero con una petaca en crecimiento, se mostró inmutable al momento de ser arrestado en el atestado patio central de la terminal de buses; ni siquiera botó el cigarrillo que fumaba. Pero consciente de que su detención era inminente, entregó sus cosas a una de las encargadas de su oficina, dio algunas instrucciones y se marchó escoltado por varios policías.

En el careo entre Rafael y el investigado, el primero empalideció y dejó escapar un alarido de espanto al ver al detenido al frente suyo. Asustado hasta las lágrimas, el joven se atrevió a señalarlo como el hombre que facilitó el pasaje por cobrar en un bus paraguayo. Durante el interrogatorio, el acusado convenció al Fiscal de estar al margen de las redes de tráfico de personas y aclaró que los pasajes por cobrar son una política corriente en su línea de buses, a fin de captar pasajeros en el competitivo negocio del transporte internacional. Por su parte, el Fiscal Bravo, con el ceño fruncido y retorciendo hacia el lado izquierdo su boca, con los labios apretados, releyó una y otra vez la declaración del paraguayo, como buscando argumentos para procesarlo. No hubo caso. No tenía elementos concluyentes en contra del individuo, por lo que no tuvo más remedio que dejarlo libre, con el compromiso de citarlo cuando fuera necesario.

Días después, de forma anónima, Bravo recibió una carta de un funcionario de la terminal de buses en la que se describía la manera de operar de los “reclutadores” de esclavos. “Las 9.00 es la hora pico. Llegan varios buses de Cochabamba, Sucre, Potosí y La Paz. Son 15 los mafiosos que disimuladamente se acercan a las víctimas y les ofrecen trabajos con jugosos sueldos. Cada uno gana 40 dólares por enganchar un pavo (víctima); luego los llevan a una oficina y les dan pasajes por cobrar en destino. Yo le cuento esto con reserva, no me vaya a vender porque me causa problemas”, alertó el confidente. Los datos proporcionados anónimamente no pudieron ser corroborados por el Ministerio Público, por lo que la investigación tiende a diluirse.

Una luz posible pero insuficiente

La trata de seres humanos es tipificada como delito en el Código Penal boliviano, que castiga con años de cárcel (entre ocho y 12) a la persona que mediante engaño, coacción, amenaza, uso de la fuerza o situación de vulnerabilidad traslade, reclute o reciba a seres humanos con fines de lucro, explotación laboral y sexual. Pese a la Ley, pocos infractores van a prisión por este delito, en tanto que el drama continúa para miles de bolivianos seleccionados para la esclavitud. Y es que en Bolivia las

instituciones gubernamentales y privadas trabajan a media fuerza en pro del bienestar de los ciudadanos que salen del país en busca de mejores días.

Es la situación de 2,5 millones de bolivianos que en los últimos nueve años se marcharon a Estados Unidos de América, a Europa (principalmente España) y a otros destinos, entre ellos Brasil y Argentina, donde la mayoría copó espacios en los sectores de la construcción, la limpieza, las labores domésticas y los talleres de costuras, en condiciones de desventaja por su situación ilegal. A otros las circunstancias los empujó a la prostitución y a la delincuencia. Muchos incluso murieron en accidentes laborales y en actos violentos intrafamiliares, debido a rompimientos matrimoniales como consecuencia de infidelidades. Esto se debe a que la emigración produce un alto índice de disgregación familiar y abandono de los hijos, según la explicación de la Fiscal Pura Cuéllar, integrante del equipo de la UVE.

En Sao Paulo, de los 200 mil bolivianos que radican en esa metrópoli, conforme a datos del Consulado de Bolivia, 80% vive bajo la sombra de la clandestinidad, por no tener documento de radicadoria ni cédula de identidad, la cual, en muchos casos, fue retenida por los traficantes de personas para impedir su salida en busca de ayuda. Ante esa situación, la Cancillería de Bolivia está ejecutando dos programas de apoyo al emigrante: uno para dar carné a los compatriotas que perdieron o les quitaron su cédula de identidad y otro para facilitarles los papeles que necesitan para beneficiarse con la Ley de Amnistía aprobada por el gobierno del presidente Luiz Inácio Lula da Silva.

La capital bonaerense es la meca de los talleres de costura encubiertos. Por estimaciones del Cónsul de Bolivia en Buenos Aires, Alberto Gonzales, existen alrededor de 20 mil talleres clandestinos que funcionan con una fuerza laboral de cien mil bolivianos sometidos. Sin embargo, a pesar de que varias veces se denunció este fenómeno en medios de comunicación y por medio de campañas, los “esclavos” siguen llegando en grupos a los centros de costura. Muchos entran y son pocos los que zafan, como los esposos Quispe, que tras el infierno vivido lograron retornar a su vida de necesidades, felices de estar libres en su tierra y junto a sus seres queridos.

Final feliz después del infierno

Pasada la mala experiencia, Rafael está triplicando sus esfuerzos para obtener mayores ingresos. Recuperó su trabajo como mascota de Oriente Petrolero, dispuesto como nunca a contagiar de entusiasmo a la fiel hinchada albiverde en las jornadas futboleras. También trabaja en AeroSur, la línea aérea que lo repatrió, la cual le dio un puesto como agente de rampa en el aeropuerto internacional de Viru Viru, a 15 kilómetros de la ciudad, donde presta sus servicios cuatro días a la semana, con un sueldo de 2.500 bolivianos y seguro médico incluido. Además, en

un mercado temporal que se instala en Santa Cruz de la Sierra entre septiembre y octubre, al estilo persa, donde se comercializan objetos en miniatura para la buena suerte, vende tarjetas prepago para celulares. “Se nos han abierto las puertas de muchas instituciones. Hasta en el Blooming (equipo archirival de Oriente Petrolero) me apalabraron para disfrazarme con la mascota que piensan crear, pero rechacé la propuesta porque soy hincha de Oriente”, contó Rafael.

Definitivamente, la vivencia que tuvo el joven matrimonio dio un vuelco a sus vidas. Rafael, acostumbrado a reaccionar por impulso ante cualquier reto, se declara más cauto y responsable con su familia: “Ahora disfruto al máximo lo que es ser papá. Valoro más a mis hijos y he aprendido a respetar a mi esposa. Creo que gracias a Dios estamos aquí, porque día y noche oramos para volver.” A su vez, Angélica comparte su tiempo entre sus hijos y su nuevo trabajo como costurera en un taller situado en el barrio Alto San Pedro. Trabaja de 10:00 a 19:00 y allí no es obligatorio estar al pie de la máquina, como en Da Peña y en Moooca, donde debía coser sin esperanzas de poder abrazar a sus hijos al final de la jornada.

Después del horror, Rafael y Angélica pueden narrar un final feliz. Pero, ¿y los otros más de 200 mil esclavos bolivianos que siguen sufriendo? ¿Y los compatriotas que están siendo traficados porque existen bolivianos que venden a bolivianos?

Santa Cruz de la Sierra, 29 de noviembre de 2009